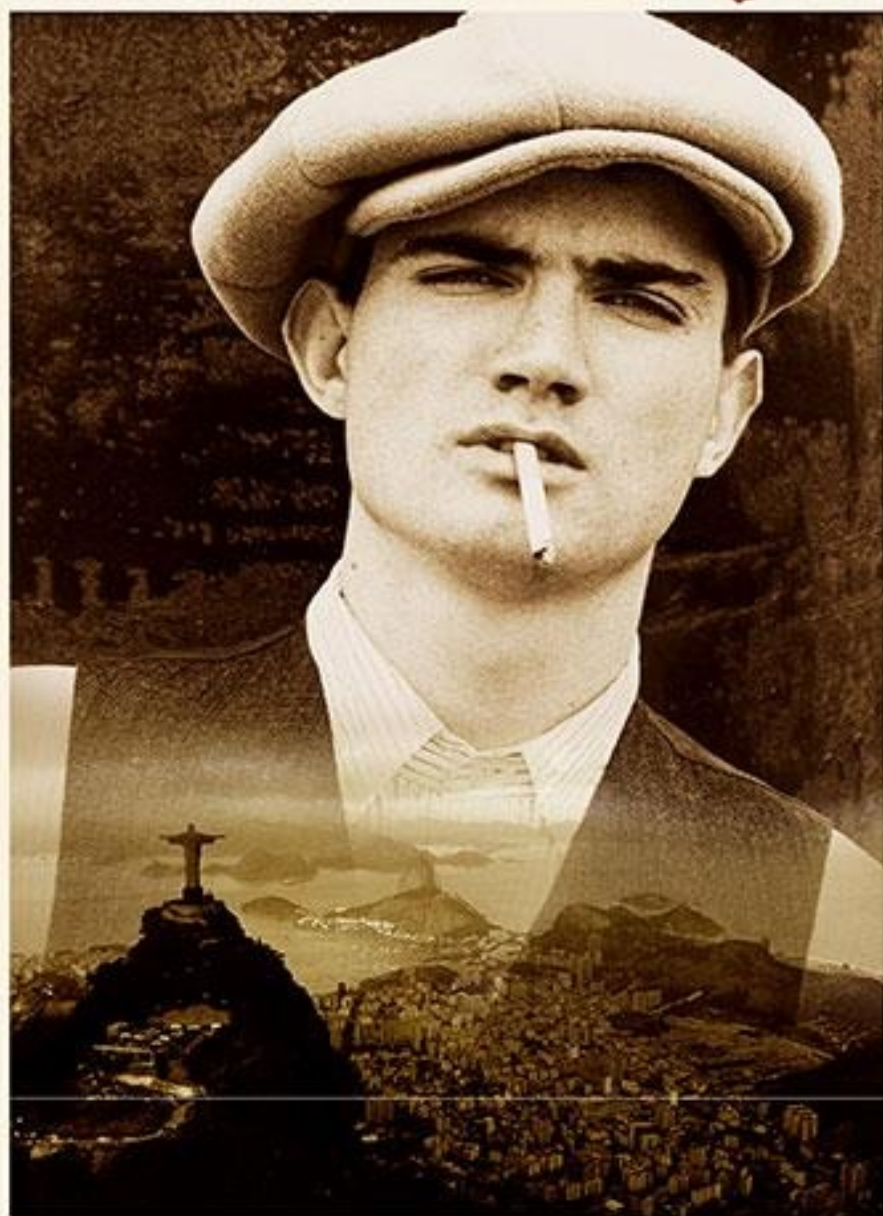


LECHE DERRAMADA CHICO BUARQUE



Postrado en cama por el peso de la edad, Eulálio Montenegro d'Assumpção va desgranando los recuerdos atesorados en su memoria. Su frágil cuerpo es testimonio de una existencia centenaria cuyos detalles rememora frente a su octogenaria hija, Eulália, o a quien se preste a escucharlo. Los acontecimientos de su vida y la de sus antepasados se suceden sin orden cronológico, entreverados de digresiones, insidias y mentiras piadosas, tejiendo un tapiz fascinante que condensa más de dos siglos de historia de una familia brasileña. Heredero de una poderosa estirpe de próceres —su tatarabuelo llegó de Portugal con la corte del rey Pedro IV—, Eulálio ha visto desvanecerse una inmensa fortuna y el buen nombre de la familia. Con loca y juvenil pasión amó a su esposa, la sensual Matilde, cuya pérdida ha llorado durante ochenta años. Y ahora, desde su aristocrática perspectiva de la realidad, emerge con voz cautivadora una compleja saga familiar, a la vez liviana y exuberante, vívido reflejo de un Brasil desconocido y alejado de los tópicos que se ha dado a sí mismo para construirse una imagen ante el mundo.

Personaje orgulloso y altivo, pero profundamente sincero y con una redentora capacidad para reírse de sí mismo, Eulálio despliega un agudo sentido del humor que, unido a su particular interpretación de las cosas, hace de *Leche derramada* una novela de una exquisita voluptuosidad, tierna, conmovedora y trágica.

Lectulandia

Chico Buarque

Leche derramada

ePub r1.0

jugaor 28.08.15

Título original: *Leite Derramado*

Chico Buarque, 2009

Traducción: Rita da Costa

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Cuando salga de aquí nos casaremos en la hacienda de mi feliz infancia, al pie de la montaña. Te pondrás el vestido y el velo de mi madre, y no lo digo porque me haya puesto sentimental, no es por la morfina. Tuyo serán los encajes, la cristalería, la vajilla, las joyas y el nombre de mi familia. Darás órdenes a los criados, montarás el caballo de mi antigua mujer. Y si todavía no hay electricidad en la hacienda, haré traer un generador para que puedas ver la televisión. También habrá aire acondicionado en todas las piezas de la casa, porque hoy en día hace mucho calor en la cañada. No sé si siempre ha sido así, si mis antepasados sudaban bajo tanta ropa. Mi mujer sí, sudaba bastante, pero ya pertenecía a una nueva generación y no poseía la austeridad de mi madre. A mi mujer le gustaba el sol, siempre volvía arrebolada de las tardes en la playa de Copacabana. Pero nuestro chalet de Copacabana se vino abajo, y de todos modos no viviría contigo en la casa de otro matrimonio, nosotros viviremos en la hacienda al pie de la montaña. Nos casaremos en la capilla que consagró el cardenal arzobispo de Río de Janeiro allá por mil ochocientos y pico. En la hacienda me cuidarás a mí y a nadie más, por lo que me repondré del todo. Y plantaremos árboles, y escribiremos libros, y si Dios quiere incluso criaremos hijos en las tierras de mi abuelo. Pero si no te gustara vivir al pie de la montaña por culpa de las ranas y los insectos, o la lejanía o cualquier otra cosa, podríamos vivir en Botafogo, en la mansión que construyó mi padre. Allí hay habitaciones inmensas, baños de mármol con bidets, varios salones con espejos venecianos, estatuas, columnas monumentales y tejas de pizarra importadas de Francia. Hay palmeras, aguacates y almendros en el jardín, que se convirtió en aparcamiento cuando la embajada de Dinamarca se mudó a Brasilia. Los daneses me compraron la mansión a precio de ganga por culpa de los chanchullos de mi yerno. Pero si mañana vendo la hacienda, que tiene doscientas hectáreas de campos de labranza y pastos surcados por un arroyo de agua potable, tal vez pueda recuperar la mansión de Botafogo y restaurar los muebles de caoba, mandar afinar el piano Pleyel de mi madre. Tendré chapuzas con las que mantenerme ocupado durante años, y si quisieras seguir ejerciendo tu profesión podrías ir al trabajo caminando, ya que en el barrio abundan los hospitales y consultas. De hecho, justo encima de nuestro terreno han levantado un centro médico de dieciocho pisos, lo que me hace recordar que la mansión ya no existe. Y tampoco la hacienda al pie de la montaña, creo que nos la expropiaron en 1947 por el trazado de la autopista. Estoy pensando en voz alta para

que me escuches. Y hablo despacio, como quien escribe, para que me transcribas sin necesidad de ser taquígrafa, ¿sigues ahí? Se ha terminado el culebrón, las noticias, la película, no sé por qué dejan el televisor encendido cuando se acaba la programación. Quizá para que el zumbido disimule mi voz, para que no moleste a los demás pacientes con mi cháchara. Pero aquí sólo hay hombres adultos, casi todos medio sordos, si hubiese señoras mayores en la sala me mostraría más discreto. Por ejemplo, jamás hablaría de las putitas que se acuclillaban con frenesí cuando mi padre les arrojaba monedas de cinco francos en su suite del Ritz. Allí estaba él, muy convencido, y las *cocottes* en cueros y en postura de sapo, empeñadas en atrapar las monedas de la alfombra sin valerse de los dedos. A la vencedora la mandaba bajar conmigo a mi habitación, y de vuelta en Brasil le confirmaba a mi madre que iba perfeccionando el idioma. En casa, como en todas las buenas casas, delante del servicio los asuntos de familia se trataban en francés, aunque para mi madre hasta pedir el salero era un asunto de familia. Y además hablaba con metáforas, porque en aquellos tiempos cualquier enfermera de tres al cuarto tenía nociones elementales de francés. Pero ya veo que hoy no estás para charlas, has vuelto enfurruñada, vas a ponerme la inyección. El somnífero ya no me hace efecto inmediato, y sé que el camino del sueño es como un pasillo lleno de pensamientos. Oigo ruidos de gente, de vísceras, un tipo intubado emite sonidos rasposos, quizá intente decirme algo. El médico de guardia entrará apresurado, me tomará el pulso, quizá me diga algo. Un cura vendrá a visitar a los enfermos, susurrará palabras en latín, pero no creo que se dirija a mí. Una sirena en la calle, un teléfono, pasos, siempre hay alguna expectativa que me impide conciliar el sueño. Es la mano que me sujeta por los pocos pelos que me quedan. Hasta que me tope con la puerta de un pensamiento hueco, que me engullirá y me arrastrará a las profundidades, donde acostumbro a soñar en blanco y negro.

No sé por qué no alivias mi dolor. Cada día levantas la persiana con brusquedad y me arrojas el sol a la cara. No sé qué gracia les ves a mis muecas, siento una punzada cada vez que respiro. A veces inspiro con ganas y me lleno los pulmones de un aire insoportable para tener unos segundos de consuelo expeliendo el dolor. Aunque puede que mi vida ya fuera un poco así, mucho antes de la enfermedad y la vejez, un dolorcillo tonto que me fastidia todo el rato, y de pronto un zarpazo atroz. Cuando perdí a mi mujer fue atroz. Y cualquier cosa que recuerde ahora me dolerá, la memoria es una vasta herida. Pero ni así me das las medicinas, qué crueldad la tuya. No creo ni que seas enfermera, nunca he visto tu cara por aquí. Claro, eres mi hija, estabas a contraluz, dame un beso. Justamente iba a llamarte para que vinieras a hacerme compañía, leerme la prensa, novelas rusas. Dejan ese televisor encendido día y noche, la gente aquí no es nada sociable. No me quejo de nada, hacerlo sería una ingratitud hacia vosotros, tu hijo y tú. Pero si el chico tiene tanto dinero, no sé por qué demonios no me ingresa en un sanatorio tradicional, de religiosas. Yo mismo podría costearme el viaje y el tratamiento en el extranjero si tu marido no me hubiese llevado a la ruina. Podría establecerme en el extranjero, pasar el resto de mis días en París. Si me diera la gana, podría morirme en la misma cama del Ritz en la que dormí siendo niño. Porque en las vacaciones de verano tu abuelo, mi padre, siempre me llevaba a Europa en vapor. Más tarde, cada vez que veía uno de aquellos grandes barcos en el horizonte, rumbo a Argentina, llamaba a tu madre y señalaba: ¡ahí va el *Arlanza!*, ¡el *Cap Polonio!*, ¡el *Lutétia!*, y se me llenaba la boca al contarle cómo era un transatlántico por dentro. Tu madre nunca había visto uno de aquellos barcos de cerca, después de casada apenas salía de Copacabana. Y cuando le anuncié que pronto iríamos al puerto para recibir al ingeniero francés, se hizo de rogar. Que si eras una recién nacida y no podía dejarte, que si esto, que si lo otro, pero en cuanto pudo se fue en tranvía a la ciudad y se cortó el pelo a lo *garçon*. Llegado el día, se vistió como consideró que merecía la ocasión, con un vestido de satén naranja y un turbante de fieltro más anaranjado aún. Yo ya le había sugerido que reservara todo aquel lujo para el mes siguiente, cuando la despedida del francés, pues subiríamos a bordo para la recepción oficial. Pero ella estaba tan ansiosa que acabó de arreglarse antes que yo y se quedó plantada en la puerta, esperándome. Con aquellos tacones, parecía que se aupara sobre los dedos de los pies, y estaba demasiado sonrosada o se le había ido la mano con el colorete. Cuando vi a tu madre

en semejante estado le dije: tú no vienes conmigo. Por qué no, preguntó ella con un hilo de voz, pero no le di explicaciones, cogí el sombrero y me fui. Ni me detuve a pensar de dónde procedía aquella ira repentina, sólo sentí que la ira ciega que me producía su entusiasmo era anaranjada. Y voy a dejarme de tanta palabrería porque el dolor no hace más que empeorar.

Esa que ha venido a verme, nadie se lo cree, es mi hija. Se ha quedado así, maltrecha y desquiciada, por culpa de su hijo. O nieto, ahora mismo no recuerdo si el chico era mi nieto o tataranieto o qué. Al paso que se estrecha el tiempo futuro, las personas más recientes se amontonan en un rincón de mi cabeza. En cambio, para el pasado tengo un salón cada vez más espacioso en el que caben con holgura mis padres, abuelos, primos distantes y colegas de la facultad a los que ya había olvidado, con sus respectivos salones repletos de parientes y contraparientes y tipos que se han colado con sus amantes, más las reminiscencias de toda esta gente, hasta los tiempos de Napoleón. Fíjate, ahora mismo te miro, a ti que llevas toda la noche aquí conmigo, tan cariñosa, y no tengo valor para preguntarte una vez más cómo te llamas. Sin embargo, recuerdo cada pelo de la barba de mi abuelo, al que solamente conocí por un retrato al óleo. Y por el librito que debe de andar por ahí, en la cómoda, o arriba, en la mesilla de noche de mi madre, pregúntaselo a la doncella. Es un libro pequeño con una secuencia de fotografías prácticamente idénticas que, si se hojean deprisa, crean ilusión de movimiento, como en el cine. Retratan a mi abuelo caminando en Londres, y de niño me gustaba hojear las fotos de atrás hacia delante para hacer que el viejo anduviera marcha atrás. Es con esta gente tan anticuada con quienes sueño cuando me pones a dormir. Si por mí fuera, soñaría contigo en todos los colores, pero mis sueños son como el cine mudo, y los actores llevan mucho tiempo muertos. Hace poco fui a buscar a mis padres al parque infantil, porque en el sueño eran mis hijos. Fui a llamarlos con la buena nueva de que iban a circuncidar a mi abuelo recién nacido, que se había hecho judío sin más ni más. Desde Botafogo, el sueño pasaba a la hacienda al pie de la montaña, donde encontramos a mi abuelo con barba y patillas blancas, enfundado en un frac, caminando frente al Parlamento inglés. Se movía a paso vivo y rígido, como si tuviera piernas mecánicas, diez metros hacia delante, diez metros hacia atrás, igual que en el librito. Mi abuelo fue todo un personaje en los tiempos del Imperio, gran masón y abolicionista radical, pretendía enviar a todos los negros brasileños de vuelta a África, pero la cosa no salió bien. Sus propios esclavos, una vez manumitidos, eligieron permanecer en sus propiedades. Poseía cacaotales en Bahía, cafetales en São Paulo, hizo fortuna, murió en el exilio y está enterrado en el cementerio familiar de la hacienda al pie de la montaña, con su capilla bendecida por el cardenal arzobispo de Río de Janeiro. Su ex esclavo más allegado, Balbino, un hombre fiel como un perro, se quedó sentado para siempre

sobre su tumba. Si llamas un taxi, puedo enseñarte la hacienda, la capilla y el mausoleo.

Antes de enseñarle a nadie lo que te dicto, haz el favor de someter el texto a un gramático, para que no se me imputen tus faltas de ortografía. Y no olvides que mi apellido es Assumpção, y no Assunção, como suele escribirse, y como puede incluso que conste ahí, en la historia clínica. Assunção, en la forma más popular, fue el apellido que adoptó aquel esclavo, Balbino, como si pidiera permiso para entrar en la familia de puntillas. Lo curioso del caso es que su hijo, también Balbino, fue mozo de cuadra de mi padre. Y el hijo de éste, Balbino Assunção Neto, un negro más bien rollizo, fue mi amigo de infancia. Fue él quien me enseñó a remontar cometas, a hacer trampas para cazar pájaros. Me fascinaban sus malabarismos con una naranja en los pies cuando ni siquiera se hablaba de fútbol. Pero cuando empecé a ir a la escuela mis visitas a la hacienda se fueron espaciando cada vez más, él creció sin estudios y perdimos afinidades. Sólo nos reencontrábamos en las vacaciones de julio, y entonces de vez en cuando le pedía un favor cualquiera, más por satisfacerlo a él, que era de carácter solícito, que a mí. A veces también lo llamaba para que se quedara por allí cerca, disponible, ya que la quietud de la hacienda me aburría. En aquel entonces la gente era veloz y el tiempo se arrastraba. De ahí la eterna impaciencia, y me encanta ver tus ojos de muchacha rondando la enfermería: yo, el reloj, el televisor, el móvil, yo, la cama del tetrapléjico, el suero, la sonda, el viejo con Alzheimer, el móvil, el televisor, yo, el reloj de nuevo, y no ha pasado ni un minuto. También me fascina cuando olvidas tus ojos sobre los míos para pensar en el galán del culebrón, en los mensajes del móvil, en la regla atrasada. Me miras tal como miraba yo en la hacienda un sapo, estático horas y horas, con los ojos clavados en aquel viejo batracio para poder dar rienda suelta a mis pensamientos. Durante una temporada, para que te hagas una idea, se me metió entre ceja y ceja que tenía que encolar a Balbino. Tendría entonces diecisiete años, quizá dieciocho, y lo cierto es que ya conocía mujer, francesas incluso. No tenía, por tanto, ninguna necesidad de hacerlo, pero de pronto decidí que quería encolar a Balbino. Le pedía que subiera a cogerme un mango, pero tenía que ser un mango específico, el de arriba del todo, que ni maduro estaba aún. Balbino me obedecía sin dudarle, y lo cierto es que sus zancadas de rama en rama me iban excitando. Cuando alcanzaba el mango señalado, le gritaba una contraorden: no es ése, es el que está más hacia la punta. Le fui cogiendo gusto a aquello, y no pasaba un día sin que mandara a Balbino trepar por los mangos unas cuantas veces. Sospecho que él también se movía allá arriba con

malicia, y luego tenía un modo medio femenino de agacharse con las rodillas juntas para recoger los mangos que yo tiraba al suelo. Para mí estaba claro que Balbino quería que se la metiera. Únicamente me faltaba la osadía para el abordaje decisivo, y llegué incluso a ensayar unas charlas de tradición señorial, derecho de pernada, ponderaciones muy por encima del entendimiento de Balbino, que hubiese cedido sin tanta monserga. Pero, afortunadamente, por entonces conocí a Matilde y borré aquella tontería de mi cabeza. Sin embargo, estoy seguro de que la convivencia con Balbino me convirtió en un adulto sin prejuicios de color. En eso no he salido a mi padre, que sólo apreciaba a las rubias y las pelirrojas, a ser posible con pecas. Ni a mi madre, que al verme cortejando a Matilde me preguntó de buenas a primeras si aquella muchachita no olía un poco. Sólo porque Matilde era de piel canela, la más morenita de la congregación mariana que había cantado en la misa por mi padre. Yo ya la había visto de reojo unas cuantas veces, a la salida de la misa de las once, allí mismo, en la iglesia de la Candelaria. En realidad nunca había podido observarla bien porque no paraba quieta, hablaba, giraba sobre sí misma y se perdía entre las amigas, haciendo ondear su negra melena rizada. Salía de la iglesia como quien sale del cine Pathé, donde por entonces proyectaban seriales americanos. Pero aquel día, en el momento que el órgano tocaba la introducción al ofertorio, mis ojos se toparon con ella sin querer, los aparté, volví a mirarla y entonces ya no pude soltarla. Porque así, en suspenso y con el pelo recogido, era más intensamente ella, en su balanceo contenido, en su agitación interior, en sus gestos y risas por dentro, para siempre, ay. Entonces, no sé cómo, en plena iglesia me dieron unas ganas terribles de conocer su calor. Imaginé que abrazarla por sorpresa, para que se agitara y debatiera contra mi pecho, sería como cobijar entre las manos al pajarito que había capturado en la niñez. Estaba absorto en estas fantasías profanas cuando mi madre me cogió del brazo para la comunión. Vacilé, me demoré un poco, no me sentía digno del sacramento, pero rechazarlo a la vista de todos habría sido un desacato. No sin cierto temor al infierno, fui a arrodillarme al pie del altar y cerré los ojos para recibir la hostia consagrada. Cuando los abrí de nuevo, Matilde se volvía hacia mí y sonreía, sentada en el órgano que ya no era un órgano sino el piano de cola de mi madre. El pelo mojado le caía sobre la espalda desnuda, pero creo que ya he entrado en el sueño.

Otra vez lo mismo, me arrancan de la cama, me pasan a la camilla, a nadie le importan mis molestias. Acabo de despertarme, no me han cepillado los dientes, tengo la cara demacrada y la barba sin afeitar, y con este aspecto lamentable me hacen desfilar bajo la fría luz del pasillo, que es un auténtico purgatorio lleno de tullidos tirados por el suelo, por no hablar de los cretinos que van hasta allí con el propósito de ver las desgracias ajenas. Por eso estiro la sábana y cubro mi otrora hermoso rostro, pero enseguida vuelven a exponerlo para que no parezca que estoy muerto, porque causa mala impresión o al camillero le parece vejatorio transportar difuntos. Luego viene el ascensor, donde todos observan mi cara sin el menor remilgo, en lugar de mirar al suelo, al techo, a la pantallita que señala los pisos, que tampoco cuesta tanto fijar la vista en algún objeto. Una vez arriba, me espera otro pasillo lleno de zigzags, lamentos y aullidos, y al fin la vieja sala de tomografía, y me pregunto a quién le beneficia tanto trastorno. Ya me han hecho no sé cuántas radiografías, ya me han mirado del derecho y del revés, y al final no dicen nada, nunca me han enseñado una placa de pulmón. Hablando de lo cual, me encantaría echar un vistazo a mis fotos personales, así que si no le importa, doctor, usted que parece un hombre cortés, pásese un momento por mi casa. Pídale a mi madre que lo guíe hasta el escritorio barroco de jacarandá, cuyo cajón central está abarrotado de fotografías. Busque bien y tráigame una del tamaño de una tarjeta postal, con un enero de 1929 escrito a mano en el dorso, en la que aparece una pequeña multitud en el muelle, con un barco de tres chimeneas al fondo. De la multitud no se ven más que las espaldas de los trajes y las copas de los sombreros, porque todo el mundo estaba vuelto hacia el *Lutétia*, que en ese momento entraba en la bahía. Pero no se olvide de traerme también la lupa, está en el cajón más pequeño, y le enseñaré una cosa. Si observa la foto con detenimiento, podrá ver un único rostro, del único hombre vuelto hacia el objetivo, y le aseguro que ese hombre de traje negro y bombín soy yo. De nada serviría buscar una lupa más potente, porque si se ampliara demasiado la fisonomía se deformaría, no se vería la boca, ni la nariz, ni los ojos, sería como una careta de goma con un bigote oscuro. Y aunque la imagen resultara nítida, los rasgos afilados de mi semblante, a mis casi veintidós años, tal vez le parecerían menos verosímiles que una careta de goma. Pero allí estaba yo, y me acuerdo bien de toda aquella gente, hipnotizada por la aparición del *Lutétia*, que se desarrolló de un modo algo teatral, al irrumpir entre una densa niebla. De pronto miré

hacia atrás y vi a un fotógrafo con su equipo a unos veinte metros de distancia. Su presencia no era una novedad, hacía ya algún tiempo que proliferaban los diletantes o profesionales de la fotografía, captando instantáneas para la posteridad, como solía decirse. Entonces deduje, no sin vanidad, que cuando se revelara aquella instantánea yo sería el único que pasaría a la posteridad mirando a la cámara de frente. Y transcurridos muchos, muchísimos años, una vez consumada la escabechina del tiempo, seguiría siendo de algún modo un rostro superviviente, gracias a que tuve el instinto de volverme hacia la cámara en aquel preciso instante. Junto con aquella foto, adquirí en una librería de lance otra similar, de igual tamaño, sacada pocas horas después de la primera, desde el mismo ángulo y con la misma lente, y a todas luces por el mismo fotógrafo. Para entonces, el *Lutétia* ya había atracado y los pasajeros caminaban por el muelle, rodeados de amigos y familiares, en dirección al edificio de la aduana. Yo estoy allá abajo, a la izquierda, junto a un tipo más alto que yo, con un traje gris o beige y un canotier medio torcido en la cabeza. Miro a la cámara de nuevo, esta vez contrariado por aparecer casi como un lacayo, cargando un abrigo y una cartera de piel ajenos. El nombre del monsieur de mi lado era Dubosc, y si la fotografía fuese sonora se oiría una voz muy grave preguntando por la delegación francesa. En aquel momento probablemente aún no me había reconocido, pues tras dejar caer el abrigo y la cartera en mis manos miraba por encima de mi persona y no paraba de repetir *l'ambassadeur?, l'ambassadeur?* Estaba previsto que el embajador lo recibiera en sus salones la noche del sábado, en una gala que contaría con la presencia del cuerpo diplomático, autoridades y figuras ilustres de la sociedad local, pero Dubosc no se daba por satisfecho. En buen francés, le dije encantado de volver a verlo tras aquellos inolvidables *rendez-vous* parisinos en compañía de mi difunto padre, el senador Assumpção. Pero ni la mención de mi padre surtió efecto, insistía en preguntar por el cónsul, por el agregado militar, y protestó en voz alta por la demora en la entrega del equipaje. Sabido es que ciertas personas viajan mal, del mismo modo que algunos vinos se estropean con el transporte, por lo que juzgué prudente conducirlo en silencio hasta el Palace Hotel y dejarlo a sus anchas hasta el día siguiente para que se recuperara. También me apetecía volver cuanto antes a casa, donde mi mujer quizá me agradecería el haberle ahorrado una jornada de lo más pesada. Ya en el vestíbulo, el hombre denostó el Palace, que no se podía comparar con el Ritz de París, qué duda cabe, pero era el mejor hotel de la avenida Central, que a su vez le resultó tediosa debido a sus pretensiones europeas. El tal Dubosc, déjame que te diga, no sé cómo acabaría, pero si por entonces tenía unos cuarenta años, según mis cálculos lleva ya más de veinte muerto. Ojalá haya fallecido en la paz de los suyos, pero de un ataque fulminante, para que no se doliera para el resto de sus días como yo, tal como ahora me duelen los huesos y las llagas al volver a la camilla. Imagino lo mucho que, estando en mi lugar, hubiese blasfemado contra el frío de esta sala y las vaharadas de calor de allá fuera. Espero de corazón que nunca se haya servido de ascensores hediondos, ni haya visto estas cucarachas trepando por las

paredes, ni haya probado la bazofia de un hospital como éste, ni repetido *merde alors* hasta el momento de la muerte. Porque todo es realmente una mierda, aunque luego mejora un poco, cuando llega la noche y con ella mi amada.

Cuando salga de aquí, empezaremos una nueva vida en una ciudad antigua, donde todos se saluden y nadie nos conozca. Te enseñaré a hablar bien, a usar los distintos cubiertos y copas de vino, escogeré con sumo cuidado tu guardarropa y libros serios para que leas. Creo que lo harás bien, porque eres aplicada, tienes manos cariñosas y no pones mala cara ni siquiera cuando me lavas. En resumen, pareces una chica digna a pesar de tus orígenes humildes. Mi otra mujer recibió una educación estricta, pero aun así mamá jamás comprendió por qué la había elegido precisamente a ella entre tantas jóvenes de familia distinguida. Mi madre era de otro siglo, en cierta ocasión llegó a preguntarme si no me parecía que Matilde olía un poco. Sólo porque Matilde era de piel canela, la más morenita de siete hermanas, hijas de un diputado correligionario de mi padre. No sé si te he contado alguna vez que ya había visto a Matilde de pasada, en la puerta de la iglesia de la Candelaria. Pero nunca había podido estudiarla como aquel día, cuando la sorprendí en la pausa que precedía al ofertorio. Ella estaba en el coro que cantaba el Réquiem, y el traje de congregante mariana no le sentaba bien, era como si lo llevara a su alrededor, apartado de la piel. Una ropa rígida como una armadura, extraña incluso a su cuerpo, y un cuerpo desnudo allí debajo podría hasta bailar sin llamar la atención. Eran las exequias de mi padre, y sin embargo yo ya no sabía liberarme de Matilde, trataba de adivinar sus movimientos más íntimos y sus pensamientos, tan distantes. Percibía de lejos su rubor, su mirada de ping-pong, su risa contenida mientras cantaba: *libera anima omnium fidelium defunctorum de poenis inferni*. Y sentí como una descarga eléctrica cuando mi madre me tocó el codo, requiriéndome para la comunión. Pero en cuanto me levanté, me abalancé sobre el reclinatorio, evitando así un escándalo. De ningún modo podía dejarme ver en pie, y mucho menos al lado de mi madre, dado el estado indecente en que me hallaba. Entonces, cubriéndome el rostro con las manos, haciendo pasar por luto mi vergüenza, procuré pensar en las cosas más tristes mientras mamá me consolaba. Cuando logré deshacerme en parte del embarazo, cabizbajo acompañé a mamá hasta el altar mayor y comulgué, consciente de estar cometiendo un sacrilegio por el que no tardaría en ser castigado. Y con la hostia todavía íntegra en la lengua, medio sin querer, entreabrí los ojos en dirección al coro, que se había disuelto. Asistí, contrito, al desenlace de la ceremonia, y en cuanto concluyó me aposté junto a mamá para atender la larga fila de saludos. Recibí condolencias formales, efusiones de desconocidos, manos pegajosas y alientos agrios,

ya sin grandes esperanzas puestas en Matilde. Hasta que la avisté junto a sus padres, luego rápidamente entre sus hermanas, más tarde en el grupo de congregantes marianas. La vi acercarse, no en línea recta sino como en zigzag, entreteniéndose con quienes tenía a su lado, como si estuviese en la cola de la heladería. Cuanto más se acercaba, más ansiaba yo tenerla delante de mí, y más me angustiaba la posibilidad de volver a perder la compostura. Llegó, me miró con ojos súbitamente llorosos, me abrazó y me susurró al oído: valor, Eulálio. Matilde dijo Eulálio, y eso me confundió. Sentí un escalofrío causado por su cálido aliento en mi oído, y otro escalofrío a contrapelo, por oír un nombre que casi me humillaba. No quería ser Eulálio, sólo los curas me llamaban así en los tiempos del colegio. Antes que llamarme Eulálio, prefería envejecer y que me sepultaran con mis apodos infantiles, Lalinho, Lalá, Lilico. El Eulálio de mi tata-tatarabuelo portugués, y de éste al tatarabuelo, al bisabuelo, al abuelo y a mi padre, no era tanto un nombre como un eco para mí. Entonces la miré a los ojos y dije: no entiendo. Matilde repitió: valor, Eulálio, y de pronto, en su voz ligeramente ronca, el nombre Eulálio parecía tener cierta textura. Pronunció mi nombre como si lo arañara un poco, y cuando se retiró con un revoloteo tuve, como me temía, un nuevo arrebató obsceno. Ya se acercaban sus seis hermanas blanquitas, seguidas de cerca por su padre, el diputado federal, del brazo de su señora madre. A continuación venían las congregantes marianas, más una fila todavía larga, y no había escapatoria. Me incliné hacia delante, me retorcí como si tuviera un cólico, me zafé de mi afligida madre y salí disparado por la primera puerta que encontré. Crucé la sacristía, para sobresalto del cura y los monaguillos, y alcancé una salida lateral de la iglesia. Al toparme con gente en la acera, me quité la chaqueta para cubrirme la entrepierna y me metí por una callejuela. Un poco más allá, en la avenida Beira-Mar, ya podía caminar como conviene a un caballero, a no ser por el sombrero olvidado en el banco de la iglesia. Y al final de una larga caminata llegué con la camisa remangada a la mansión de Botafogo, donde el viejo chófer de mi madre estaba apoyado en el capó del Ford. Entré por la puerta de atrás y fui directo al cuarto de baño, pues había sudado mucho y necesitaba una ducha fresca. Además, me urgía comprender mejor aquel deseo que me había hecho perder el control, jamás había sentido nada igual. Si aquello era el deseo, puedo afirmar que antes de Matilde yo era casto. Quién sabe si, inadvertidamente, no me había apropiado de la voluptuosidad de mi padre, tal como de la noche a la mañana había heredado corbatas, puros, negocios, bienes inmuebles y una posible carrera política. Fue mi padre quien me presentó a las mujeres en París, si bien, más que las francesas en sí, lo que me impresionó fue su forma de mirarlas. De la misma manera que el aroma de las mujeres de aquí no me impresionaba tanto como su propio olor, que impregnaba el piso de soltero que me prestaba. Debajo de la ducha, me miraba casi con temor, imaginando en mi cuerpo toda la fuerza y la insaciabilidad de mi padre. Viendo mi propio cuerpo, tuve la sensación de poseer un deseo potencial equivalente al suyo por todas las hembras del mundo, pero concentrado en una sola mujer.

Buenos días, bonita mañana, aunque debe de haber modos menos agoreros de despertarse que con una hija lloriqueando a la cabecera. Y, por lo visto, una vez más no me has traído mis cigarrillos, por no hablar de los puros. Que está prohibido fumar aquí dentro ya lo sé, pero eso tiene arreglo, tampoco te estoy pidiendo que entres en el hospital con cocaína. Te voy a contar cómo un buen día, en París, tu abuelo decidió llevarme a una estación de invierno. Papá era un hombre de múltiples intereses, pero hasta entonces desconocía aquella faceta deportiva suya. A mis diecisiete años, según él, ya tenía edad más que suficiente para conocer la nieve, por lo que emprendimos un largo viaje en tren hasta Crans-Montana, en los Alpes suizos. Por la noche, nos registramos en el hotel equipados con botas, guantes y gorros de lana, varios pares de esquís y bastones, en fin, toda la parafernalia. Ya me iba a acostar cuando papá me llamó a su habitación, se sentó en una *chaise longue* y abrió un estuche de ébano. ¿Qué es eso, papá? Pues qué va a ser, la nieve, dijo él muy serio, papá se empeñaba en no perder jamás la compostura. Con una diminuta espátula separó el polvo blanquísimo en cuatro rayas, luego me pasó una cánula de plata. Pero no se trataba de esa porquería que se meten los idiotas por ahí, era cocaína de la más pura, que sólo tomaba quien podía. No trababa la lengua, no quitaba el apetito y tampoco el deseo sexual, tanto es así que mi padre no tardó en mandar subir a las putas. A veces siento lástima por mi madre, porque papá no la dejó tranquila ni después de muerto. Tu abuela tuvo que recibir en casa al jefe de policía y aguantar preguntas insolentes, pues corría el rumor de que a mi padre lo habían matado por encargo de un cornudo. Y todo porque lo ametrallaron al entrar en su piso de soltero, pero mamá sólo leía *O Paiz*, cuyos reportajes atribuían el crimen a la oposición. También es verdad que a mamá las desgracias no le sentaban mal, los trajes negros se adecuaban a su naturaleza. Del mismo modo que en ti todos los colores resultan chillones y el sol no te broncea. Hoy puedo decirte que de jovencita me dabas lástima, cuando se te iba la mano con el maquillaje. Nunca me convenciste en tus días de gloria, melena al viento en el Bentley deportivo de tu novio. Resultabas irreconocible vestida de novia, o algo achispada en la recepción del Jockey Club, y parecías enloquecida al saludarme con la mano desde la cubierta del *Conte Grande*, con gafas de sol y guantes rojos. Volviste de la luna de miel pletórica, hablabas con deleite hasta de una audiencia con Pío XII en el Vaticano. Y yo me esforzaba por compartir tus deslumbramientos, hasta el punto de felicitarte cuando me enseñaste tu

pasaporte, en el que al apellido Assumpção se había añadido un Palumba. Confieso que también me divertía con Amerigo Palumba, sobre todo al ver aquel pequeño escudo en su solapa, con la corona del partido monárquico italiano. El pañuelo de seda, los gemelos de brillantes, la perla en la corbata, tenía su gracia el estilo, considerando que el viejo Palumba se había enriquecido en São Paulo destripando cerdos. No sé si el hijo se avergonzaba de las salchichas, pero debió de dar gracias al cielo durante la guerra, cuando las bandas antifascistas incendiaron sus neveras. Después de la guerra se vino a la capital, pasó a invertir en la bolsa de valores, trataba al dinero de tú a tú, y cuando te llevó recién casada a vivir a un palacete con vistas en Flamengo, le pareció oportuno comentarme cuánto pagaba de alquiler. Y tú seguías extrañamente feliz, ocupada con la decoración del palacete estilo Segundo Imperio. Ibas a las carreras del Hipódromo, a la piscina del Copacabana Palace, casi me recordabas a tu madre cuando bailabas el tango. Hasta que Amerigo Palumba me la jugó y luego se lo tragó la tierra. Al mes siguiente, desalojada del palacete por insolvente, regresaste a tu estado natural y, un poco encorvada, me mirabas como quien dice: ¿has visto? Llegaban las facturas, los plazos del descapotable, de la naviera, del anticuario, por todas partes aparecían pólizas, hipotecas, avales, y tú no dejabas de repetirme: ¿no te lo dije? De Amerigo Palumba recibí noticias dudosas. No sé si invirtió mi dinero en títulos nobiliarios, dicen que hasta trabó amistad con el rey destronado de Italia. Lo vieron perdiendo dinero a espuertas en el casino de Estoril, para regocijo de unos duques de avanzada edad, porque ganar en la ruleta era cosa de nuevos ricos. Como se decía antiguamente, padre rico, hijo noble, nieto pobre. Al nieto pobre le tocó estar en tu vientre, Eulálio d'Assumpção Palumba, el chicarrón al que hemos criado nosotros, que ha crecido rebelde con causa. Ya maduro entró en vereda, pero seguro que aún recuerdas cuando se le metió en la cabeza que quería ser comunista. Imagina lo que diría tu abuela, su nieta casada con el hijo de un inmigrante y el bisnieto comunista, maoísta por más señas. Ese hijo tuyo dejó embarazada a otra comunista, que tuvo un hijo en la cárcel y en la cárcel murió. Dices que él mismo murió a manos de la policía, y en efecto, guardo un vago recuerdo de ese asunto. Pero los recuerdos de los viejos no son de fiar, y ahora estoy seguro de haber visto a Eulálio, el chicarrón, hace tan sólo unos días, fuerte como siempre. Hasta me regaló una caja de puros, pero qué tonterías digo, el que se murió fue el otro Eulálio, uno que se parecía a Amerigo Palumba pero más delgado. Fue ese Eulálio delgado el que se hizo comunista, porque ya nació en la cárcel y dicen que tuvo un destete precoz. También fumaba porros, pegaba a las maestras, lo expulsaron de todas las escuelas. Pero, pese a ser semianalfabeto y pirómano, encontró trabajo y prosperó. El otro día me regaló una caja de puros. Vino a verme a casa con una amiguita con la barriga al aire y un pendiente en el ombligo. A ésa sí que me gustaría tenerla por nuera, pero la que parió en la cárcel fue otra. No olvido el día que me llamaron para ir a recoger al bebé al hospital militar, el coronel se mostró atento, dijo que me conocía de otros saraos. Incluso me emocioné al ver al pimpollo,

prácticamente huérfano de padre y madre, porque Amerigo Palumba estaba lejos, y tú detenida e incomunicada. Pero espera un momento, eso no puede ser porque saliste del hospital conmigo, y con el niño en brazos. Sólo sé que a Eulálio d'Assumpção Palumba Júnior lo bautizamos y criamos nosotros, y hoy es ese chicarrón que te lleva a pasear en coche y me regala puros habanos. Vino aquí a casa el otro día con una amiguita que llevaba un imperdible en el ombligo y no parecía nada comunista. Y tampoco tiene pinta de ir por ahí repartiendo panfletos contra la dictadura. Te estarás confundiendo con el otro, aquel Eulálio más moreno, mujeriego, que tuvo un asunto con una japonesa y dejó en estado a su prima. Pero ése, si no me equivoco, era hijo del Eulálio chicarrón y la muchacha del ombligo, a veces se me va la cabeza. Es un lío tremendo, hija mía. ¿Ni siquiera vas a darme un beso? Qué desagradable es que lo dejen a uno así colgado, hablando con las paredes.

La memoria es verdaderamente un pandemonio, pero en su interior está todo. Por poco que hurgue, su dueño podrá encontrar cualquier cosa. Lo que no puede ser es que venga alguien de fuera a entrometerse, como la criada que remueve los papeles para limpiar el polvo del despacho. O como la hija que pretende disponer de mi memoria siguiendo su propio orden, cronológico, alfabético o temático. Hace tiempo me encontré con cierto coronel en un sombrío pasillo del hospital militar. Afirmaba que habíamos coincidido cuando él no pasaba todavía de sargento, pero su rostro en penumbra no me decía gran cosa. Ni el mío a él, desde luego, pues me reconoció por el nombre. Cosa que yo no hice porque mi recuerdo no era recíproco, y en estos casos, para no herir al prójimo, solemos decir: ah, sí, claro, cómo estás, y la conversación no pasa de ahí. Porque da pereza pasarse todo el tiempo escarbando en la memoria, pero él creyó que me empeñaba en recordarlo, y quiso colaborar. Y sólo logró confundirme más aún cuando dijo, en francés, que cuarenta años pasan volando, no entendí si estaba citando a algún poeta. Iba a despedirme cuando mencionó la exhibición de artillería en Marambaia, y no sé por qué no empezó por ahí, en un instante todo se iluminó. De nada hubiese servido revolver los archivos de nombres y rostros, porque mi memoria había guardado al sargento en aquel paisaje. Hacía un día soleado, y desde la cima de la duna yo contemplaba el trecho más delgado de la restinga, una lengua de blanquísima arena que el océano no engullía por capricho, o piedad, o desvelo maternal, o sadismo. Las olas rompían simultáneamente a derecha e izquierda de la franja de arena, era como una playa frente al espejo. Al pie de mi duna estaba el sargento, entre un grupo de jóvenes soldados, todos con pantalón verde oliva y sin chaqueta, camisetas empapadas, pegadas al cuerpo. Él ayudaba a colocar un cañón en la arena, según las instrucciones del ingeniero francés. Destacaba por poseer cierto conocimiento de la lengua de éste, y se ofrecía para traducir las instrucciones a los compañeros, lo que me dejaba libre para la contemplación. Los muchachos echaban el bofe en las tareas pesadas, pero era Dubosc, sentado en una caja de municiones, el que daba más síntomas de sufrir el calor. Y al final todo aquel ajetreo resultó en vano pues, ya con la batería a punto en la línea de fuego, recibimos la noticia de que el ministro de la Guerra cancelaba su visita a la exhibición. El sargento tradujo el mensaje del emisario, pero fue a mí a quien Dubosc miró acto seguido. Y debo reconocer que en aquel francés el mal humor era premonitorio, pues tarde o temprano los disgustos

venían a darle la razón. A mí me tocaba amortiguar sus accesos de ira, dos horas en coche hasta el Palace Hotel haciendo de chivo expiatorio. Hipócrita, pérfido, incompetente, indolente, impuntual e incluso mal conductor, muchos improperios oí sin abrir la boca, puesto que en realidad no iban dirigidos a mi persona, sino a mis compatriotas en general. Dubosc exageraba alguna que otra vez, era un ingeniero nervioso. Recién llegado al país ya pretendía encontrar todas las puertas abiertas, o bien volarlas con dinamita. Yo sabía que las puertas estaban sólo entornadas, mi padre las había franqueado varias veces. Por mi condición de joven inexperto, como me juzgaba el francés por mi aspecto, quizá el día de mañana me viera perdido en un laberinto de setecientas puertas. Pero no me cabía duda de que, en mi caso, la puerta adecuada se abriría sola. Desde el otro lado, me llamaría por mi nombre justamente la persona a la que buscaba. Y me anunciaría con prontitud a la persona influyente, que bajaría las escaleras para recibirme. Y me abriría su despacho, donde ya me esperarían varias llamadas telefónicas. Y, por teléfono, personas poderosas me susurrarían las palabras que deseaban oír. Y yo, con los ojos cerrados, untaría por el camino las mismas manos que untaba mi padre. Y por el triple del precio acordado me comprarían los cañones, los obuses, los fusiles y toda la munición que la Compañía tuviese para vender. Me llamo Eulálio d'Assumpção, ése y no otro es el motivo por el cual Le Creusot & Cie. me nombró su representante en el país. Y mientras yo avanzaba en mis gestiones, era incluso bueno que Dubosc saliera a tomar el aire en los paseos en barco o las excursiones al monte para cazar capibaras, siempre con sus conocidos de la colonia francesa. Pero tampoco se privaba de llamarme a horas intempestivas, a falta de mejor compañía, para que lo escoltara hasta un restaurante o sala de baile. Cuando no estaba de servicio revelaba otro temperamento, se jactaba de sus progresos en las clases de tango, foxtrot, charlestón y maxixe, la última novedad era la samba. Y en cierta ocasión, en el cabaret Assirius, tras bailar con unas señoritas de otra mesa, pidió otra *batida*^[1] de limón y me preguntó por qué nunca me hacía acompañar por mi mujer, que según todos decían era tan atractiva. No sé de dónde sacaría aquello, en su círculo nadie conocía a Matilde. Comentó incluso que, por teléfono, mi esposa tenía una voz cálida y hablaba un excelente francés. Esto último lo dijo sin duda para complacerme, y me hizo reír porque Matilde hablando francés parecía casi tartamuda. Es verdad que había pensado llevarla conmigo a la recepción de la embajada, y para la ocasión ella se había arreglado las uñas y había elegido un vestido de color naranja. Pero llegué a la conclusión de que no valía la pena, Matilde se sentiría intimidada en aquel ambiente. No le interesaba la política, mucho menos los negocios, le encantaban las películas de *cowboys* pero no soportaría una conversación sobre literatura. Poco sabía de ciencia, geografía e historia, pese a haber estudiado en el Sacré-Coeur. A los dieciséis años, cuando dejó el instituto para casarse conmigo, no había completado aún la enseñanza secundaria. Había estudiado piano, como todas las niñas de buena familia, pero tampoco destacaba en esa materia. Todavía éramos novios el día que se sentó al

Pleyel de mi madre y me dispuse a escuchar alguna pieza de Mozart, compositor al que ella había cantado, o fingido cantar, en la misa del séptimo día de mi padre. Pero, con manos pesadas, tocó una melodía machacona titulada *Macumba Gegê*, a saber dónde la había aprendido. Y mamá bajó apresurada la escalera para averiguar qué demonios estaba pasando. Al día siguiente, mi madre me preguntó si los padres de Matilde la dejaban estar a solas conmigo en casa toda la tarde al salir de clase. No podía sospechar que por la noche, asomado a la ventana de mi habitación, que daba a la parte de atrás de la casa, aguardaba el momento en que Matilde pisaba el césped del jardín de puntillas, entre los almendros y la casa del servicio. Entonces bajaba corriendo y le abría la puerta de la cocina, cuyo umbral ella apenas cruzaba. Se pegaba a la pared de la cocina, con la respiración acelerada, y me miraba con sus ojos negros muy abiertos. Nos observábamos en silencio durante cinco, diez minutos, ella con las manos a la altura de las caderas, sujetando, retorciéndose la falda. Y se ruborizaba poco a poco hasta ponerse muy roja, como si en diez minutos pasara por su rostro toda una tarde de sol. A un palmo de distancia de ella, yo era el hombre más grande del mundo, yo era el sol. Veía cómo sus labios se entreabrían, y por encima de éstos brotaban diminutas gotas de sudor, mientras sus párpados cedían lentamente. Y entonces me lanzaba contra su cuerpo, lo presionaba contra la pared de la cocina, sin contactos de piel y sin avances de manos ni piernas, por algún acuerdo jamás hecho explícito. Con mi tronco yo la aplastaba, casi, hasta que ella decía: que voy, Eulálio, y todo su cuerpo temblaba, arrastrando al mío en su temblor. Me sobrevinía entonces un desencanto, luego unos pensamientos paralelos, el perro del vecino, la cerveza helada en la nevera, el lago caliente en mis muslos, el perro, mis pantalones y calzoncillos manchados de esperma, la nevera que mi padre había hecho traer de Estados Unidos, la lavandera enseñándole mis ropas a mamá, la cerveza en la nevera que papá no llegó a ver. Cuando recobraba la conciencia, estaba pegado a los azulejos de la pared, porque en un descuido Matilde siempre se me escapaba. Y entonces me iba a inspeccionar salas, habitaciones, cuartos de baño, sótano y buhardilla, fingiendo creer que habría huido por equivocación hacia el interior de la casa. Mucho más tarde, después de que saliera de mi vida, conservé el capricho de buscarla del mismo modo, todas las noches, en el chalet de Copacabana. Y hasta el último momento dejé todas las puertas abiertas para ella, pero no debería hablarte tanto de mi mujer. Ahí vienes con la jeringa, será mejor que duerma, ten mi brazo.

Cuando me muera, mi chalet caerá conmigo para dar paso a otro edificio de apartamentos. Habrá sido la última casa de Copacabana, que entonces se equiparará a la isla de Manhattan, abarrotada de rascacielos. Pero antes de eso Copacabana se parecerá a Chicago, con policías y gánsteres intercambiando disparos por las calles, y aun así dormiré con las puertas abiertas. Poco me importa que entren maleantes en mi casa, y mendigos y lisiados y leprosos y drogadictos y locos, con tal de que me dejen dormir hasta más tarde. Porque todos los días pasa lo mismo, me despierto con el sol en la cara, la televisión a todo volumen, y ya he comprendido que no estoy en Copacabana, el chalet lo perdí hace más de medio siglo. Estoy en este hospital infecto, dicho sea sin ánimo de ofender a ninguno de los presentes. No sé quiénes sois, no conozco vuestros nombres, apenas puedo mover el cuello para ver qué cara tenéis. Oigo vuestras voces y deduzco que sois gente humilde, sin muchas luces, pero mi linaje no me hace mejor que nadie. Aquí no gozo de privilegios, grito de dolor y no me dan mis opiáceos, todos dormimos en camas chirriantes. Sería incluso cómico, yo aquí, con los pañales todos cagados, presumiendo de buena cuna. A nadie le interesa saber si mi tatarabuelo desembarcó en Brasil con la corte portuguesa. De poco me serviría jactarme de que fue confidente de doña María la Loca, puesto que nadie aquí tiene ni la más remota idea de quién fue dicha reina. Hoy formo parte de la escoria, igual que vosotros, y antes de que me ingresaran vivía con mi hija de prestado en una casa de una sola habitación en un rincón perdido. Apenas puedo pagarme el tabaco, no tengo ropa apropiada para salir de casa. Mi último paseo sólo lo recuerdo por una desavenencia con un taxista. No quería esperarme media horita delante del cementerio de São João Batista, y cuando se dirigió a mí en tono grosero perdí la cabeza y levanté la voz, oiga usted, que soy bisnieto del barón Dos Arcos. Llegados a ese punto, el taxista nos mandó a tomar por culo, a mí y al barón, desafuero que no le puedo reprochar. Hacía mucho calor en el coche, él era un mulato sudoroso y yo dándomelas de hidalgo. Me comporté como un esnob, que como todos sabréis quiere decir individuo sin nobleza. Muchos de vosotros, si no todos los que aquí estáis, sois descendientes de esclavos, por eso afirmo con orgullo que mi abuelo fue un gran benefactor de la raza negra. Os aseguro que visitó África allá por mil ochocientos y pico, con el sueño de fundar una nueva nación para vuestros antepasados. Viajó en un buque de carga hasta Luanda, estuvo en Nigeria y Dahomey, y por último, en la Costa de Oro encontró antiguos esclavos de Bahía manumitidos en

la comunidad de los Tabom, así llamados porque conservaron la costumbre de emplear esa muletilla^[2]. Y delante de mi abuelo la repetían una y otra vez, como queriendo corroborar que la Costa de Oro era una tierra auspiciosa para su empresa. Y tras un acuerdo con los colonizadores ingleses, mi abuelo lanzó en Brasil una campaña para la fundación de la Nueva Liberia. El abuelo era realmente un visionario, dibujó de su propio puño la bandera del país, rayas multicolores con un triángulo dorado en el centro, y dentro del triángulo un ojo. Encargó el himno oficial al gran Carlos Gomes, mientras arquitectos británicos proyectaban la futura capital, Petrovia. Consiguió el apoyo de la Iglesia, la masonería, la prensa, los banqueros, los hacendados y el propio emperador, a todos les parecía justo que los hijos de África pudieran volver a sus orígenes en lugar de vagar por Brasil sumidos en la miseria y la ignorancia. Pero a vosotros nada de todo esto os interesa, y subís el volumen del televisor por encima de mi voz ya temblorosa. Yo quería decir que mi abuelo compartió mesa con don Pedro II, que se carteó con la reina Victoria, pero me obligan a ver a estas bailarinas estrafalarias teñidas de rubio. Y, sin pedirme permiso, los camilleros me arrastran de nuevo hacia la tomografía, siempre pasa lo mismo. Venga a correr con mi camilla, venga curvas y rampas abruptas que más parecen el Trampolín del Diablo^[3], el día menos pensado voy a tener un accidente mortal. Y todo para hacerme otro examen de rutina, y usted, doctor, que es un hombre influyente, quizá me consiga el traslado a un sanatorio tradicional, de religiosas. Que quede entre nosotros, pero últimamente me noto muy agitado, seguro que alguien me cambia las medicinas. No me extrañaría que me echaran arsénico en la comida, y si ocurre lo peor, tenga por seguro que los diarios se encargarán de dar la noticia. Y volverá a la palestra el asesinato de mi padre, político importante, además de hombre culto y bien parecido. Sepa usted que mi padre fue un republicano precoz, íntimo de presidentes; su brutal muerte tuvo eco incluso en los diarios de Europa, donde gozaba de un inmenso prestigio y ejercía de intermediario en el comercio del café. Tenía negocios con armeros de Francia, amigos importantes en París, y en el umbral del nuevo siglo, todavía muy joven, se asoció con varios empresarios ingleses. Espíritu pragmático, fue socio de los ingleses en la Manaus Harbour, pero no en la aventura africana de su padre, víctima de envidias y maledicencias como él. Sepa usted que mi abuelo ya nació muy rico, no iba a mancillar su nombre por llenarse los bolsillos con dinero público. Sin embargo, con la caída del Imperio hubo de buscar asilo en Londres, donde murió sumido en la amargura. Y vosotros no corráis con la camilla, tened cuidado al pasarme a la cama, y traedme almohadas de algodón de ceiba para la espalda y el culo, porque me duelen las llagas y las articulaciones. Si mañana me muero envenenado, todos los que están aquí me verán en ese televisor que no apagan nunca. Esta pocilga quedará precintada por las autoridades sanitarias y yo volveré como un fantasma para daros un susto de muerte.

Si por mí fuera no celebraría ningún cumpleaños, pero el chicarrón se presentó en casa sin previo aviso. Me exhibía ante su novia, aquella muchachita con el ombligo al aire, abuelo esto, abuelo lo otro, y mi hija era la única que no le reía las gracias. Aunque se divirtiera a mi costa, sé que el chicarrón se enorgullecía de mis cien años, todo el mundo se enorgullece de tener parientes longevos. A mí también me hubiese gustado conocer a mi tatarabuelo, me hubiese gustado que mi padre me acompañara un poco más, y sobre todo me hubiese gustado que Matilde me sobreviviera, y no al revés. No sé si existe el destino, si alguien lo hila, lo enrolla, lo corta. En los dedos de alguna hilandera, probablemente la línea de la vida de Matilde sería una fibra mejor que la mía, y más larga. Pero a menudo una vida se detiene a medio camino por ser la línea no corta, sino tortuosa. Desde que me dejó, no alcanzo a imaginar cuántas angustias pasó Matilde en su existencia. Sé que la mía se alargó más allá de lo soportable, como un hilo que se va deshilachando. Sin Matilde, yo iba por el mundo llorando en voz alta, acaso como aquellos esclavos libertos de los que se habla. Era como si a cada paso me rasgara un poco, porque mi piel había quedado ligada a aquella mujer. Y un día mamá me llamó para charlar, al parecer algo decepcionada por descubrir a alguien más infeliz que ella. Se guardó de mencionar el nombre de Matilde, a sabiendas de que la herida aún estaba abierta, y me ofreció un pasaje para Europa. Sin levantar la mirada, me tendió la libreta de direcciones parisinas de mi padre al tiempo que decía: espero que te distraigas, Eulálio. No sé si me llamó Eulálio por un lapsus, ya que para ella siempre fui Lalinho, entre otras cosas para distinguirme de su marido. Le di las gracias y rechacé el pasaje y la libreta, pero mamá pretendía curarme a la fuerza y acabó obligándome a aceptar el viaje, como una cuchara de jarabe en la boca de un niño. Porque si no iba yo, se iría ella a Europa, iría a decirles cuatro cosas a los agentes financieros de mi padre, que no contestaban a sus telegramas. Sería ella el hombre de la familia, y yo un tunante que vivía de la mesada. No había pasado ni un mes desde que Le Creusot había prescindido de mis servicios, pese a la confianza depositada en mi persona hasta entonces. Tanto era así que llegaron a enviarme un nuevo lote de morteros y modernos aparatos de puntería, a fin de reponer en el Ejército Nacional el material ya obsoleto, que en realidad ni siquiera se había vendido aún. Por aquí las cosas empezaban a ir más despacio de lo previsto. Sacar de la aduana artefactos y explosivos, por ejemplo, era algo que mi padre resolvía con una llamada, o

recurriendo a cualquier agente de aduanas. Yo, en cambio, me veía obligado a presentarme en la oficina de atención al público a primera hora de la mañana, abrirme paso a codazos entre extraños, alargar mi tarjeta de visita, llamar la atención del funcionario, oiga usted, me llamo Eulálio d'Assumpção. Aún recuerdo el asombro del individuo que finalmente me atendió, ¿el senador? Su hijo, contesté, y lo vi caminar hacia sus colegas medio de lado. Y por sus cuchicheos comprendí que el nombre de mi padre, personaje ilustre de la República, sonaba de un modo grosero entre el populacho, ¿Assunção, el asesino? ¿Assunção, el cornudo? El momento político también era delicado, los ministros dudaban, y pasamos muchas horas languideciendo en las antecámaras del gobierno, Dubosc y yo. El francés, que había estimado en un mes su estancia entre nosotros, estuvo casi un año lanzando proyectiles al océano Atlántico para impresionar a oficiales de bajo rango o para su propio descargo. No me cabe duda de que, en sus informes a la Compañía, incluía comentarios perjudiciales para mi reputación profesional. Y si yo fuese vengativo habría aprovechado mi viaje para dar a la casa matriz cumplida cuenta de las actividades de Dubosc en las noches de Río, sin olvidar sus cacerías en el monte o sus incursiones en Mato Grosso a la caza de indios salvajes, todo ello a costa de sus empleadores. Sobre esto cavilaba yo en la cubierta del *Lutétia*, mientras perdía la ciudad de vista, cuando el mayordomo vino a saludarme. En aquel barco me conocían de otras travesías, y todo el personal de a bordo me expresó el pésame por la muerte del senador. Admiraban a papá por su impecable francés y sus generosas propinas, sobre todo en los viajes de ida, o rumbo a la civilización, como solía decir él. Ya en la primera noche, me invitaron a cenar en la mesa del capitán, que, en presencia del arquitecto Le Corbusier y la cantante Josephine Baker, hizo un brindis a la memoria de mi padre y recordó su talante dicharachero. Animado, hablé de su vigorosa amiga La Comtesse, que practicaba pompoarismo con moneditas de medio franco, pero el capitán no acabó de pillarlo y la cantante entabló conversación aparte con el arquitecto. En las noches siguientes me acomodaron en mesas de argentinos, y poco a poco vi cómo mi prestigio en el *Lutétia* se iba desvaneciendo, quizá porque ya me fallaba el francés fluido de papá. O bien porque el dinero de que disponía para mis gastos, como todo lo que venía de mi madre, era limitado. De madrugada, me sentaba a la barra del bar y el camarero me servía automáticamente una copa de Krug, el champán del senador. Yo dejaba que la bebida se calentara en la copa, fumaba tabaco negro, y siempre había una mesa de brasileños exaltados en la sala, hablando de reses, ingenios, tierras, dinero. Es esa gente del Norte, solía decir mi padre, y aquellos hombres de risa estentórea lo superaban con creces en materia de propinas, que dejaban con ostentación. El bar cerraba al alba, y yo me iba a dormir un poco mareado. Ajustaba la escotilla de mi camarote de popa para no ver la acumulación de océano que me alejaba cada vez más de mi mujer. Me preguntaba si no habría sucumbido yo también a la llamada de la tierra, algo, según mi padre, propio de la gente del Norte. Y al desembarcar en Burdeos, donde nadie me esperaba, lo hice

convencido de que aquélla era mi última visita a la civilización. En París me recibieron con pasmo, me preguntaron si a América del Sur no llegaban noticias del mundo. Hacía más de un mes que se había suspendido la importación de café en toda Europa, hecho que había llevado a la ruina a los socios mayoristas de mi padre. En Londres me hablaron de calamidades financieras, millones de libras esterlinas fulminadas de la noche a la mañana debido al Crack de la Bolsa de Nueva York. Tal era el caso del patrimonio de la familia Assumpção, en mala hora colocado en el mercado de acciones estadounidense. Dicen que las desgracias nunca vienen solas, y es bueno que así sea, los golpes me resultarían muy dolorosos si no estuviera ya en el suelo. Incluso le di las gracias a aquel míster por el discurso conciso y el rápido desenlace de nuestra entrevista. Cogí un tren expreso a Southampton, y en todas partes me sentía espiado con la desconfianza que suscita un extranjero taciturno. Antes hubiese preferido que me señalaran y se rieran de mí, como en las calles de Río de Janeiro, donde el motivo de mi tormento era de todos sabido. En el último momento zarpé en un carguero holandés, y hasta conseguí una litera de proa. En lo tocante al dinero, lo quisiera o no, mamá siempre sería para mí una salvaguardia. Su familia era quizá más acaudalada que los Assumpção, sólo en pastos los Montenegro poseían la mitad del estado de Minas Gerais. Cierto es que la prole era numerosa, mamá tenía cerca de veinte hermanos, pero una sola hacienda de ganado lechero me bastaría para vivir holgadamente, aunque cumpliera cien años. Mi pequeña hija crecería rodeada de todas las comodidades, y más bonanza tendría mi mujer, si algún día volviera a casa.

Creía que hoy ya no vendrías, que tenías el día libre. La otra chica no es mala persona, pero con las prisas siempre vuelca mis medicinas, y además no toma nota de nada de lo que digo. Así que, si un día de éstos te vas de vacaciones, por favor, avísame. Últimamente te noto arisca, temo que te canses de todo y te marches de nuevo para siempre. No temas, porque jamás te preguntaré dónde pasas las tardes, ni quiero saber si vas al cine con esos médicos. Cuando salga de aquí, te llevaré conmigo a todas partes, no me avergonzaré de ti. No criticaré tus vestidos, tus modales, tu forma de hablar, ni siquiera tus silbidos. Con el tiempo he aprendido que los celos son un sentimiento que hay que proclamar a pecho descubierto, en el instante mismo de su origen. Porque cuando nace es en realidad un sentimiento cortés, debe ofrecerse enseguida a la mujer como una rosa. De lo contrario, se cierra al instante, como si de un repollo se tratara, y en su interior fermenta todo el mal. Los celos se convierten entonces en la forma más introvertida de la envidia y, rabiando por dentro, echan a los demás la culpa de su fealdad. Sabiéndose despreciables, se presentan bajo nombres falsos, y como ejemplo cito a mi pobre abuela, que conocía sus celos como reumatismo. Cuentan que aullaba de dolor en las articulaciones, en la hacienda al pie de la montaña, cada vez que mi abuelo iba en busca de las negras. Pero se declaraba indiferente a las andanzas del marido, que siempre tuvo aquel vicio; desde que era un mequetrefe se metía entre las esclavas en las propiedades de su padre, el barón negrero. Mi abuela no se andaba con remilgos, juraba que su marido era el padre de los hijos de Balbino, el fiel criado. Decía estas cosas con resignación en el alma, pero transida de dolor en todo el cuerpo, a tal punto que mi abuelo hizo venir a reumatólogos de toda Europa. Finalmente, trajo de Suiza a un jefe de obra que construyó un chalet en la lejana playa de Copacabana. Y allí la aisló el abuelo, para que mitigara su sufrimiento con baños terapéuticos. Yo, en cambio, me casé y me fui a vivir con Matilde al viejo chalet con el propósito de pasar toda la vida a su lado. Sólo salía para ir a trabajar, lo que en un primer momento no me exigía gran esfuerzo. Bastaba con ponerme una de las corbatas inglesas de mi padre y andar por donde él había andado, como quería mamá, hasta que algún día encontrara mi propio paso. En el Senado siempre era bien recibido, tomaba café en distintos despachos, circulaba por los pasillos, me quedaba por allí fumando, no pocas veces me invitaban a almorzar con políticos en La Rôtisserie. Cuando no, comía solo en alguna casa de comidas, luego me pasaba por

las oficinas de Le Creusot, le llevaba unos bombones a la secretaria, preguntaba por algún cablegrama, me sentaba en la silla que mi padre había dejado vacía. Con los pies sobre la mesa, fumaba, miraba el teléfono, listo para asumir las funciones de papá en cualquier instante. Alguna que otra vez me detenía en la redacción de *O Paiz*, tomaba un café, encendía un puro, iba al banco y antes de las cuatro ya estaba en casa. Nada más apearme del coche, ansiaba escuchar los discos raros de Matilde en el gramófono que le había regalado por su cumpleaños. Si no había música, bajaba hasta la playa con el fin de arrastrarla hacia casa, y la criada sabía que había llegado el momento de ir a la tienda de ultramarinos, presintiendo nuestro alboroto. Lo hacíamos en la cocina, en el salón, en la escalera, horas y horas en el baño, podíamos pasar todo un fin de semana en la cama. A veces, los domingos salíamos a pasear en coche, pero apenas parábamos en la mansión de mamá, pues no era algo que ilusionara especialmente a Matilde. Prefería ir a la hacienda porque le encantaba montar, y avanzar al trote tras ella me turbaba, sentía casi deseo por el caballo. Y no olvido el sobresalto que nos produjeron sus contracciones precoces, en plena cabalgada, y nosotros allí, lejos de todo. Por suerte, llegamos a casa a tiempo de llamar al obstetra y las enfermeras, por lo que Maria Eulália nació sana, un poco menuda por ser sietemesina. También recuerdo cómo Matilde, sin decir nada, se enfadó con mi madre, que sólo regaló a la niña ropitas azules, de niño. Como excusa, mamá me dijo que las había mandado bordar con gran antelación, porque los Assumpção únicamente hacen hijos varones. Y dijo que los Assumpção siempre tienen un solo hijo, es una maldición familiar, antes de nacer yo ella misma había perdido cinco hijos, y cinco veces había estado en un tris de morir de eclampsia. Pero Matilde siempre había tenido una salud de hierro, y a la semana siguiente ya se paseaba por la playa en bañador, con el cuerpo mejor que antes. Despechada, nunca llevó a la niña a casa de su abuela, esperaba que viniera ésta a verla, y las pocas ocasiones en que lo hacía, Matilde le enseñaba a Eulalinha desnudita. Matilde tampoco usaba los vestidos de manga larga que mamá le había dado, lo que era injusto para los vestidos. Incluso le sugerí uno gris de cuello alto, una noche que salimos a bailar, porque hacía fresco. Pero ella insistió en ponerse el vestido de tirantes, el naranja. Y cuando le abrí la puerta para que subiera al coche, miré sus hombros desnudos y pensé que nunca la había visto tan hermosa. También vi un trozo de sus muslos bronceados cuando el portero del Assirius le abrió la puerta para que bajara. Dubosc nos esperaba en el vestíbulo, y se inclinó mucho para besar su mano, Jean-Jacques, *enchanté*. Nuestra mesa quedaba cerca de la orquesta, y con su voz de trombón Dubosc pidió una batida de limón al camarero. Eran las únicas palabras que sabía decir en portugués, *batida de limão*, y yo le pedí que las repitiera, porque a Matilde le había hecho gracia su acento. Dubosc se dedicó a elogiar nuestra fauna, flora y cascadas, pero no sé si Matilde lo comprendía. Aunque lo miraba muy aplicada, sentada en el borde de la silla, me di cuenta de que de cintura para abajo bailaba el foxtrot. Y tamborileaba en la mesa al compás del charlestón mientras yo le

describía con todo lujo de detalles los acantilados ocres del Rosellón, tierra natal de nuestro Dubosc. En éstas, la orquesta atacó la pieza que tantas veces había oído de lejos, en el gramófono de Matilde. *Le maxixe!*, exclamó el francés, ¡qué magnífico es el ritmo de los negros!, y nos pidió que bailáramos para él. Pero yo sólo sabía bailar el vals, y contesté que sería para mí un honor que sacara a bailar a mi mujer. En medio del salón, los dos se cogieron y así permanecieron, frente a frente. De pronto, él la arrastró en una media vuelta, luego retrocedió con el pie izquierdo mientras con el derecho Matilde daba un largo paso adelante, y los dos se quedaron inmóviles de nuevo, ella arqueada sobre el cuerpo de él. Era una coreografía precisa, y me sorprendió que mi mujer conociera aquellos pasos. Se entendían a la perfección, pero enseguida me di cuenta de que lo que en él era aprendido en ella era natural. El francés, demasiado alto, era un títere jugando con una muñeca de trapo. Tal vez por el contraste, ella brillaba entre decenas de bailarines, y todo el cabaret se extasiaba con su exhibición. Sin embargo, bien miradas, eran personas que vestían, se adornaban y se maquillaban sin elegancia, y empezó a parecerme que en Matilde, en sus movimientos de hombros y caderas, había un exceso. La orquesta no daba tregua, la música era repetitiva, el baile se revelaba vulgar, y por primera vez también me lo pareció la mujer con quien me había casado. Media hora después volvieron abanicándose, y el sudor cubría el pecho de Matilde, deslizándose por su escote. ¡Bravo!, grité, ¡bravo!, e incluso los animé a bailar el siguiente tango, pero Dubosc dijo que ya era tarde y que yo parecía cansado. Quien estaba cansado era él, que me pidió que lo acercara a su hotel, a tan sólo dos manzanas de allí, y se recogió sin despedirse como Dios manda, ni siquiera besó la mano de Matilde. Tal vez a lo largo de la velada llegara a la conclusión de que era la clase de mujer con quien se baila el maxixe, pero no cuya mano se besa. Y de camino a casa, Matilde se puso a silbar la melodía de un maxixe. Parecía mala educación, en cierta ocasión había silbado en una cena de mi madre y ésta se había retirado de la mesa. Pero entonces debió de comprender lo mucho que me exasperaba, porque se interrumpió para preguntarme qué me pasaba. Nada, ardor de estómago, respondí, y no era mentira, mi estómago no toleraba la cachaza, que entonces se había puesto de moda incluso en los locales más refinados. Ella se apeó antes de que yo le abriera la puerta, y en cuanto entramos en casa fue derecha a la cocina. A menudo llevaba a la niña allí, daba conversación a las criadas, estaba acostumbrada a almorzar allí con la niñera. Entonces me sentí poseído por un sentimiento oscuro, entre la vergüenza y la rabia por querer a una mujer que vivía metida en la cocina. La seguí mientras ella hablaba sola y medio canturreando preguntaba por la infusión de boldo, y de pronto no sé qué me pasó, la cogí con violencia por la espalda. La empujé contra la pared y ella no lo entendió, empezó a emitir gemidos nasales, el rostro aplastado contra los azulejos. Sujeté sus puños contra la pared, ella se debatía pero yo la controlaba con las rodillas en sus corvas. Y con mi tronco la apreté, la comprimí con todas mis fuerzas, casi aplastándola contra la pared, hasta que dijo: que voy, Eulálio, y todo su cuerpo tembló, arrastrando el mío

en su temblor.

Ésta ha sido la última noche que he dormido aquí y que soñando con ella he mojado estas sábanas. Como todas las mañanas, arrancaré la ropa de la cama y haré un hatillo que tiraré por la ventana de atrás para que lo recoja la lavandera. Pero quedará una visible mancha húmeda en el colchón, al que intentaré dar la vuelta como hago cada mañana, dejando hacia arriba el lado de las manchas secas. Tendré la sensación de que el colchón pesa un poco más cada día, e imaginaré que la paja que hay en su interior se impregna de la masa de mis sueños y actos solitarios. Y pensaré que, si le hubiese dado la vuelta al cuerpo de mi padre en su piso de soltero, habría pesado lo mismo que el colchón y rezumaría el mismo olor. Siempre recordaré a mi padre de bruces en aquella alfombra ensangrentada, y cómo el comisario me impidió tocar su cuerpo. No hacía falta que me gritara ni que me apretara el brazo, lo único que quería era no dejar a mi padre de aquel modo, con la boca abierta sobre la alfombra. Y quería entender por dónde habían entrado tantas balas, porque parecía que toda la sangre se le había salido por la boca, aquella gran úlcera. Pero siempre me interrumpe usted con esa tontería de doctor Assumpção, ya le he dicho que no soy doctor. Nunca he sido médico, como bien sabe, soy paciente de su establecimiento. También le he dicho ya que la pe de Assumpção es muda. Si la pronuncia suena petulante, parece que insinúa usted que la mía es una familia de pretenciosos. Y ya que tiene usted papel y bolígrafo en la mano, no le costaría nada tomar notas, para ir adelantando el trabajo de su subordinada. La pobre gana unos dinerillos en el turno de noche, atiende a todo el mundo a la vez y encima tiene que escribir mis memorias. Cuando usted me ha despertado, casualmente yo acababa de despertarme en la mansión de Botafogo, y apuesto a que mi madre mandó quemar el colchón aquel mismo día. En el chalet de Copacabana la cama era de matrimonio, si no también lo habría despachado con la mudanza. Mamá aprovechó lo que pudo para equipar la casa, y compró algunos muebles de segunda mano, porque ya había tenido muchos gastos con una reforma a toda prisa. El anuncio de mi boda la cogió desprevenida, y llegó incluso a negarme su bendición hasta que me licenciara o consiguiera un trabajo. La facultad de Derecho no entraba en mis planes, apenas ponía los pies allí, pero enseguida encontré trabajo. El padre de Matilde me recibió con gran simpatía, me garantizó que el hijo del senador Eulálio d'Assumpção siempre tendría un asiento reservado en su despacho, y hasta se ofreció para agilizar mi afiliación al partido. Muy orgulloso de mí mismo, comuniqué el éxito a mi madre,

que tuvo una reacción destemplada, me preguntó si ya me había olvidado del asesinato de mi padre. Por un instante me quedé sin palabras, no podía imaginar a mi futuro suegro pistola en ristre, y mucho menos a su oronda mujer como móvil de un crimen pasional. Pero mi madre se refería a nuestros adversarios políticos, que para ella siempre habían sido los responsables del crimen. Yo vivía más bien ajeno a la actualidad, ignoraba que el padre de Matilde, cuya carrera había medrado a la sombra de mi padre, se había pasado gustosamente a la oposición. Y, consciente ya de que no podía enfrentarse a Matilde, mamá me ofreció una mesada de tres mil reis, más las obras del chalet, con tal de que renunciara a la proposición de aquel traidor. Acabé llevándome cuatro mil reis, y de propina el Ford usado, tras hacerle comprender que un asesor de diputado federal no ganaba menos que eso. Fui a ver a mi futuro suegro y le agradecí su ofrecimiento, pero aduje que mis raíces en el bando conservador no me permitirían servir a un parlamentario liberal. Él contestó que respetaba mis convicciones, pero que tampoco podía confiar la mano de su hija casi impúber a un ciudadano sin palabra. Fue entonces cuando Matilde entró en escena con el lance definitivo, comunicando a sus padres que estaba encinta. No era cierto, Matilde nunca renunció a casarse virgen. Pero a un diputado federal, por muy liberal que fuera, no le convenía en absoluto tener una hija madre soltera. Entonces el diputado cedió la mano de su hija, y sus electores jamás supieron que la desheredó en el acto. De hecho, nadie supo de la boda, la ceremonia en la mansión fue discreta, no imprimimos invitaciones y el edicto matrimonial se publicó en uno de esos diarios que la gente de bien no suele leer. A petición de mi madre, el cura de la Candelaria accedió a abandonar su parroquia, y me dio la impresión de que se ruborizaba al verme de pie ante él. Pronunció el sermón cabizbajo, con un aire más compungido que en las exequias de mi padre, abrumado quizá por el vestido informal de Matilde, con un estampado de flores rojas. Ejercieron de testigos por mi parte mamá y Auguste, el chófer que mi padre había importado de Francia junto con su primer Peugeot, antes de la guerra. Por parte de Matilde se improvisó al tío Badeco, un hermano de mamá que estaba de paso en Río de Janeiro. Y el cuarto testigo iba a ser la lavandera, sustituida en el último momento por la madre de Matilde, que apareció por sorpresa, avanzada ya la ceremonia. Llevaba el mismo sombrero que se había puesto para la misa de mi padre, con un velo oscuro que le cubría el rostro, y fue la única que comulgó, aparte de mi madre. Desde entonces la amistad entre ambas se estrechó, y los tes con bizcocho en la mansión de Botafogo se repitieron, con sus respectivos intercambios de lamentaciones. Y un buen día, a la oronda madre de Matilde se le escapó que la muchacha no era hija suya, sino fruto de una aventura del diputado en algún lugar de Bahía. Mamá no tardó en citarme en la mansión y me hizo la revelación en la biblioteca de mi padre, donde se trataban los asuntos graves. Debe de tener otras, dijo, el muy felón debe de tener otras familias por ahí. Y luego añadió con un suspiro: esta gente del Norte, ya se sabe. Tengo para mí que todo aquello no pasaba de un gran embuste, que la madre de Matilde trataba de eximirse de la culpa

por no haber defendido a su hija del repudio paterno. Ni siquiera me molesté en contárselo a Matilde, que sin duda se habría reído. Igual que hoy me río de mi propia rebelión pueril cuando en el colegio empezó a circular el rumor de que era hijo adoptivo. Era una broma trivial, todos los niños pasan por algo así, y hasta mamá se rió un poco al oír mi relato. Sin embargo, debió de notar que la broma me había afectado, pues al cabo de poco, en un acceso de ira, la usó para castigarme. Por aquel entonces, mi padre presidía la comisión senatorial de asuntos agrarios y se produjo una rebelión de campesinos fanáticos en el sur. Y cada noche una ayudante llamaba a mamá para que no lo esperara, pues el senador se quedaría retenido hasta la mañana en asamblea permanente, o en un consejo del estado mayor del ejército, o en una reunión a puerta cerrada con el presidente Venceslau. Mamá debería haber estado acostumbrada, mi padre dormía fuera con frecuencia, bastaba que el país entrara en crisis. Pero ella siempre se ponía nerviosa, andaba por la casa como alma en pena, subía y bajaba las escaleras sin ton ni son, de lo que yo me aprovechaba para ponerla un poco más nerviosa. Propinaba patadas a las criadas, fingía desmayos. Aquel día apoyé los codos en la mesa y decidí comer con la boca abierta. Después de llamarme la atención dos, tres veces, mamá me ordenó que acabara de almorzar en la cocina. Entonces le planté cara, y con la boca completamente abierta le enseñé el bolo de arroz, judías, bistec y patatas, tenía ganas de ganarme unos bofetones. Igual que, de tarde en tarde, tenía ganas de bajarme los pantalones para que mi padre me zurrara con el cinturón. Luego me gustaba subirme al taburete del cuarto de baño, entre sollozos, para ver en el espejo del lavabo las marcas de la hebilla en mis nalgas. Y cuando mamá se levantó de la mesa y avanzó rauda en mi dirección, me anticipé al bofetón, rompí a llorar y me oriné encima. Ella alzó la mano abierta, pero en el último momento cambió de idea. Me miró muy de cerca y dijo que ningún Montenegro de Minas Gerais tenía labios tan gruesos y abultados como los míos. La comida la escupí en el plato, pero la ofensa se me quedó atragantada durante años. Y aquel día, al salir de la biblioteca le pregunté, como quien no quiere la cosa, por qué nunca me había dicho que mi tío Badeco Montenegro tenía el pelo lanoso y ensortijado.

Eulálio Montenegro d'Assumpção, 16 de junio de 1907, viudo. Padre, Eulálio Ribas d'Assumpção, como esa calle detrás de la estación del metro. Si bien durante dos años fue una plaza arbolada en el centro de la ciudad, más tarde los liberales llegaron al poder y le cambiaron el nombre por el de un caudillo gaucho. Como sin duda habrá leído usted, en 1930 los gauchos invadieron la capital, amarraron sus caballos al obelisco y echaron por tierra nuestras tradiciones^[4]. Andando el tiempo, un alcalde esclarecido rehabilitó a mi padre dando su nombre a un túnel. Pero llegaron los militares y destituyeron a papá por segunda vez para rebautizar el túnel con el nombre de un teniente que había perdido una pierna. Finalmente, con el advenimiento de la democracia, un concejal ecologista, a saber por qué, adjudicó a mi padre aquel callejón sin salida. Mi abuelo también es una calleja, por la zona de los muelles. Y por mi lado materno Río de Janeiro parece un árbol genealógico, si no me cree usted puede mandar a algún granuja a comprar un mapa de la ciudad. Aquí están mis señas personales, por si le interesa actualizar la base de datos. Lo demás son fruslerías de las que no me ocupo, de hecho no pedí venir aquí, quien me ingresó fue mi hija. Los convenios médicos no son asunto mío, y si no está conforme haga el favor de dirigirse a doña Maria Eulália. A efectos contables, quien paga mis gastos es mi tataranieta, Eulálio d'Assumpção Palumba Neto. Y si se empeña usted en saber de dónde proceden sus ingresos, le diré que no tengo ni la más remota idea. Le estoy muy agradecido al muchachote, pero para ganar millones sin formación alguna debe de ser artista de cine o algo peor, puede escribirlo. Pero usted no escribe nada, se limita a asentir con la cabeza y mirarme como si no dijera más que disparates. La gente no se toma la molestia de escuchar a los viejos, por eso hay tantos ancianos turulatos por ahí, con la mirada perdida, en una especie de país extranjero. Quien va diciendo disparates es mi hija, que tiene ochenta años y fíjese usted. El muchachote viaja no sé adónde, va por ahí con maletas llenas de dinero y ella dice: éste sí es un auténtico Assumpção. Pero el dinero de los Assumpção siempre ha sido limpio, era dinero de quien no necesita dinero. Sepa usted que cuando el presidente Campos Sales otorgó la concesión del puerto de Manaus a mi padre, éste era un joven político que gozaba de gran prestigio, su fortuna familiar era antigua. No sé si le he contado alguna vez que a mi bisabuelo lo hizo barón don Pedro I, pagaba grandes tributos a la Corona por el comercio de la mano de obra de Mozambique. Puede que hoy me toque pasar privaciones, pero pronto viviré a todo

tren, son contingencias a las que se enfrentan quienes suelen manejar grandes sumas. Ayer mismo hablé con mis abogados, y por fin estoy a punto de recibir una indemnización por la expropiación de mi hacienda al pie de la montaña. Entra un gobierno, sale otro, ya van sesenta años de un proceso contra la Unión de Estados Federales para que se revise la irrisoria indemnización que me adjudicaron a las primeras de cambio. Quien me puso en alerta respecto a la estafa fue mi yerno, que deseaba conocer la antigua propiedad en la que Maria Eulália estuvo a punto de no nacer. Confieso que me produjo cierta melancolía ver las ruinas de la casa colonial, la capilla reducida al esqueleto, el establo carbonizado, la hierba seca y la tierra estéril de la hacienda de mi infancia. Aquella zona rural había sido ocupada por fábricas, y unas pocas favelas empezaban a infestar los alrededores. Pero Amerigo Palumba, que no había conocido la hacienda en su máximo esplendor, dijo al llegar a la orilla del riachuelo: *cazzo*, esto es el paraíso. En aquel momento, de hecho, el riachuelo era un espectáculo digno de verse, con el sol rasante reflejado en sus densas aguas verdes, que pronto viraron a un tono mostaza. Y una ráfaga de viento, quizá llegada de las inmediaciones de la fábrica de celulosa, nos trajo un olor sulfuroso que provocó náuseas a mi hija embarazada. Pero si la hacienda había salido perjudicada en lo tocante a la explotación agraria y el ocio, sus doscientas hectáreas iban a resultar cruciales para el trazado de la autopista. Y eso el peritaje no lo había tenido en cuenta, según me dijeron en el suntuoso bufete de abogados cuyos servicios contrató Palumba. Antes de traicionar mi confianza, mi yerno daba muestras de un extraordinario olfato comercial, algo que, debo reconocerlo, nunca ha sido mi fuerte. Tuvimos algunas charlas en mi chalet de Copacabana, al que venía a visitarme por la noche con una botella de whisky dentro de un estuche satinado. Decía representar a ciertos grupos financieros internacionales, responsables de cuantiosas inversiones en fondos de reconstrucción europeos. Entre sus clientes se contaban amigos de la nobleza italiana, que con tal de tener liquidez económica no dudaban en vender sus castillos a excéntricos millonarios americanos. Era evidente adónde quería llegar Palumba, cuando se detenía a observar el chalet veía rastros de termitas en la carpintería, preguntaba por la extensión del terreno. Y Maria Eulália, a su lado, no se privaba de desdeñar la casa en que había nacido y se había criado, aquella ridícula arquitectura suiza en un país tropical. La pareja me sugería que vendiera el chalet a alguna constructora para establecerme con mi madre en la mansión neoclásica de Botafogo. Cuando menos, porque de ese modo podría reconfortarla con mi presencia, aunque ella ya no me reconociera. La dolencia de mamá había empezado años atrás con cierta clase de disfasia, hablaba de modo claro y fluido, pero con las palabras todas cambiadas. Y al darse cuenta de que nadie la entendía se enfadó, pasó a hablar solamente en francés. En esta lengua también cambiaba las palabras, pero su chófer Auguste no sólo la comprendía, sino que le contestaba con palabras aún más embrolladas. Ella lo llamaba Eulalie, y él, con una esclerosis avanzada, atendía sin problemas al nombre de su antiguo amo. Y se sentaba con ella en el salón, le daba el

brazo en el jardín, se permitía llamarla por el nombre de pila, también afrancesado como Marie Violette. Cuando Auguste murió en su cama, llevando puesto un pijama con el monograma de mi padre, mamá enviudó de nuevo, con un luto más profundo que el primero. Y ahora ya no hablaba ninguna lengua, no se movía, ni siquiera lloraba; me enternecía verla así, con su tristeza cristalizada al fin. Entretanto, mi hija, rebosante de entusiasmo, con el vientre abultado y planes descabellados, me instigaba a depositar el futuro de la familia en la cartera de inversiones de Amerigo Palumba. Sin embargo, como no me sentía capaz de deshacerme de la casa de Matilde, empecé a sopesar la posibilidad de sacrificar la mansión de Botafogo, que comportaba muchos gastos, con su docena de empleados. Para mantener su tren de vida, mamá contaba con poco más que la pensión vitalicia de mi padre, pues de la herencia de los Montenegro le habían correspondido unos títulos del Tesoro Nacional de escaso valor. Respiré hondo, y con una punzada en el pecho autoricé a los Palumba a vender la mansión. Me encargué personalmente del traslado de mamá, fui con ella en la ambulancia, sin apartar la mirada de sus ojos empañados. La hice instalar con su enfermera en una habitación lateral del chalet, donde no la molestaría el viento del sudoeste. Pero justo al día siguiente, sin sobresaltos, sencillamente dejó de respirar. Y fíjese que tanto antes como después del traslado el médico le había tomado la presión, estable, como la de una niña. Según él, mamá tenía por delante muchos años de vida, aunque vegetativa. En cambio, para el jardinero de la mansión, mamá era como una flor, que puede morir cuando se la cambia de maceta.

Si no puedo ir contigo, en cuanto llegue el dinero a mi cuenta te haré un talón para que te compres un vestido bien bonito. No te cortes, porque en cualquier *boutique* de Ipanema te aconsejarán tan bien como yo. Te vas a reír, pero en mi época ni siquiera había *boutiques*, con mi dinero hubieses comprado una tela para que la modista copiara el patrón de una revista francesa. Las mujeres más acaudaladas hacían como mamá, que cada año acompañaba a mi padre a Europa y se traía el guardarropa para las cuatro estaciones. Eso cuando era joven, porque pasados los treinta desistió de viajar con él, se contentaba con hacerle los encargos. Pero alguien que en una emergencia necesitara un modelo exclusivo podía recurrir a ciertas madames francesas que los vendían en casa, recién importados de talleres de alta costura. Papá era cliente de dichas madames, y días antes de su muerte estuve con él en una de aquellas casas. Volví pasado poco más de un año, en busca de un vestido que hiciera justicia a las formas de Matilde sin ofender a mi madre. La madame me sugirió un traje sastre de seda color arena, sobrio pero que apenas cubría las rodillas, como se estilaba por entonces en París entre las jóvenes de diecisiete años con clase. Y aunque aquel regalo fortuito la conmovió, Matilde se resistió a acompañarme. Ni siquiera consintió en llevar a Eulalinha en el moisés porque, además de una febrícula intermitente, la niña tenía miedo a los ancianos. Debería haberlo sabido, Matilde habría ido gustosa a cualquier sitio que no fuera la casa de mi madre. Menos de una semana antes la había entusiasmado la idea de ir al cabaret, y ahora no sabría qué decirle a Dubosc. Llegar solo a la cena parecería una afrenta al francés, de quien dependía en parte mi éxito profesional. Con este argumento logré que Matilde diera por fin su brazo a torcer; podía confiar nuestra hija, como siempre, a la niñera, una negrita que era casi de la familia. Yo prácticamente la había visto nacer, pues era la hermana pequeña de mi amigo Balbino, el de la hacienda al pie de la montaña. El propio Balbino vino un día al chalet para conocer a Eulalinha, y aprovechó para traernos de la hacienda una cesta llena de mangos. A mí su presencia ya me molestaba un poco, porque siempre se estaba riendo sin ton ni son, y llevaba un pantalón morado que a ningún otro hombre se le habría ocurrido ponerse. Pero le había caído en gracia a Matilde desde el día en que le había enjaezado el mejor caballo de la hacienda. Ella se quedó prendada del alazán y no veía la hora de volver a montarlo, tan pronto como sus senos pesaran menos. La leche de Matilde era abundante, ahora mismo acaba de llenar dos biberones antes de darle el pecho a la

niña. Me gustaba verla amamantando, y a veces, cuando cambiaba a la niña de pecho, me dejaba chupetear el pezón libre. Entre una cosa y otra, acabamos saliendo tarde de casa, y le dejamos los biberones a Balbina por mera precaución, pues una cena en casa de mi madre nunca terminaba más tarde de las once. En los tiempos de mi padre sí, los banquetes en la mansión eran famosos por alargarse hasta el amanecer, y en ellos se daban cita políticos de todos los credos y las mujeres más deslumbrantes de la ciudad. En el jardín ardían antorchas, la casa olía a lavanda, hasta las estatuas se habían bañado, y al niño que yo era le gustaba circular por los salones silenciosos y solemnes minutos antes del inicio de la fiesta. Me gustaba ser el amo de aquellos espacios todavía immaculados, deslizarme por el mármol sin más compañía que mi sombra bajo la mirada de camareros perfilados como centinelas. Pero aquélla iba a ser una cena íntima, sin camareros ni antorchas, porque mamá seguía guardando luto, y bastante me había costado que abriera las puertas de la mansión a un simple ingeniero. Imagino lo mucho que le dolería a su amor propio escribir, una tras otra, varias cartas a la Compañía hasta lograr para su hijo el antiguo puesto del marido. Sin embargo, en cuanto el vigilante abrió la verja, me sorprendió la abundancia de luz en todas las ventanas, como en una casa repleta de niños. Con el jardín a oscuras, la mansión parecía flotar en la noche, casi más imponente que en los tiempos de papá. Quizá mamá quisiera dejar claro a los franceses que, al fin y al cabo, la casa de los Assumpção no les debía ningún favor. Nos esperaba sentada al piano, en el que desde la muerte de mi padre practicaba sin hacerlo sonar, apenas rozando las teclas, para honrar a su difunto marido y no olvidar a Chopin. Se acomodó con Matilde y conmigo en el sofá Luis XV allí mismo, en la sala de música, donde el mayordomo nos sirvió champán y a ella un refresco. Sentado entre ambas me sentía un poco tenso, el sofá Luis XV no era demasiado cómodo. Estuvimos un rato sin hablar, al son del péndulo del gran reloj, mientras Dubosc no llegaba de su habitual cóctel en la embajada francesa. Mamá adoraba el silencio y, para resaltarlo, no tardó en regresar al piano y retomar su vals mudo. Sin embargo, cuando el reloj dio las diez, cerró la tapa con estrépito, llamó al mayordomo con una campanita y mandó servir la cena. Matilde se levantó de un brinco, como de costumbre, y se apostó delante de mí para que admirara el vestido color arena sobre el sol estampado en su piel. Es posible que entonces la desnudara con los ojos, como solía decirse, pero ahora mismo la memoria me juega una mala pasada. Desnudo a Matilde con los ojos, pero en lugar de verla desnuda divisó el vestido sin su cuerpo. Me veo oliendo el vestido, alisándolo por fuera y por dentro, moviéndolo para comprobar la caída de la seda, me lo quedo. A cambio de seiscientos mil reis, recibo el envoltorio de unas manos avejentadas, salpicadas de manchas, y creo que era ahí donde quería ir a parar. He llegado a las manos moteadas de la madame a la que mi padre compró un vestido azul celeste con mucho vuelo la misma semana que lo asesinaron. En aquel momento presté menos atención al vestido que al modo en que mi padre lo cogió, lo olió, lo alisó despacio, lo palpó con aire ausente y lo mandó envolver para regalo. Cómo iba yo a suponer que,

a la noche siguiente, aquel vestido se presentaría en la última gran fiesta de la mansión. Ni siquiera lo distinguí de otros tantos modelos azules cuando pasó por delante de mis narices, en el cuerpo de una mujer que entró del brazo de su marido en la sala de música. Casualmente me fijé en ella, hombros pecosos y pelo castaño, bastante más alta que el marido. La pareja iba al encuentro de mi padre, que tomaba una copa apoyado en el piano, donde un pianista ciego tocaba un ragtime. Vi a mi padre besar la mano de la mujer y estrechar la del marido, que enseguida se volvió hacia un camarero. Y no comprendí por qué la mujer, en aquel instante, se pasó las manos por el cuerpo y sonrió a mi padre, que la observó muy serio y luego apartó la mirada. Solamente hoy, ochenta años después, como una alarma en la memoria, como si el azul celeste fuera el color de una tragedia, reconozco a la mujer y al vestido con mucho vuelo que mi padre había comprado la víspera. Es el mismo, no hay duda, podría reconocerlo aunque estuviera del revés, mi padre lo había alisado por fuera y por dentro, por delante y por detrás, del mismo modo que la mujer lo alisa ahora de arriba abajo. Y es entonces cuando el marido mira de refilón a su mujer, que sonrío a mi padre, que la mira a ella, que mira a su marido, que mira a mi padre, que mira al pianista ciego, y ella se toca el pelo. Es sin duda una escena crucial, pero en la que no reparé aquella noche, entre otras cosas porque papá no solía sentirse atraído por las mujeres de pelo castaño. Abandoné la sala, fui a picar algo en el bufet, y ahora la cabeza me falla, ¿por dónde iba? Creo que me he perdido, dame la mano. Sí, iba por la cena de mi madre, y el mayordomo me llamaba gesticulando con aire compungido. En la despensa me encontré con una decena de botellas de borgoña abiertas, oliendo a moho y fruta podrida, y deduje que los tintos de papá, intactos en la bodega, no habían sobrevivido al verano carioca. Lo mandé a por cervezas a la nevera, pues, aunque fuera abstemia, mi madre no hubiese soportado ver un vino blanco en una mesa de carne roja. Mamá, Matilde y yo ya habíamos degustado los entremeses, la ensalada, la galantina, e íbamos por las piernas de cordero cuando llegó Dubosc. Traía dos rosas medio marchitas, blanca para mi madre y roja para Matilde, además de un plato de cartón con empanadillas que mamá ordenó al mayordomo dar a los criados. Desolado por el retraso, se sirvió cordero y enseguida se lanzó a hablar de unos indios xavantes con los que sus amigos franceses tenían intención de establecer contacto. Matilde soltó un breve silbido y preguntó si aquellos xavantes no serían cazadores de cabezas, como los que había visto en el cine Pathé. Hablaba en su francés de colegiala, articulando las palabras como quien lee un dictado, y a Dubosc le hizo gracia. Dijo que ya había visto de todo al servicio de la Compañía, habló de ciclones en Polinesia y de la malaria que había contraído en Madagascar. Preguntó por la procedencia del cordero, magnífico, y sin esperar respuesta olfateó toques africanos en el sazónamiento, como en todo lo demás, aquí en Brasil. Llegados a este punto, mi madre replicó en un francés enérgico que la salsa estaba hecha con hierbas provenzales cultivadas en nuestro huerto por Auguste, el chófer francés. Y al saber que un compatriota suyo se convertía en chef las noches de cordero, Dubosc no dudó

en levantarse de la mesa para felicitarlo. Su voz retumbó en la cocina, sus carcajadas se fundieron con el fragor de un trueno. Hubo un relámpago, las luces de la casa empezaron a oscilar y mamá movía los labios como si rezara para sus adentros. Un rayo cayó en las cercanías y, como era habitual en días de tormenta, se fue la luz. La casa quedó sumida en el silencio, roto tan sólo por el péndulo del salón y la voz de mi madre, por fin audible. Como un español, decía mamá, este individuo habla francés como un español, no había aprobado el acento del extranjero. Vino el mayordomo con un candelabro de ocho velas, mamá se levantó, cogió el candelabro y le ofrecí mi brazo, pero ella rechazó el apoyo y salió caminando delante de mí. Fui alumbrando su camino por los salones, su sombra se fracturaba en los peldaños de la escalera, la seguí por el pasillo y la acomodé en su habitación. Al cerrar la puerta, me vi de pronto sin el candelabro y me detuve a la espera de algún relámpago para orientarme. Alcancé la escalera a tientas, y desde el vestíbulo me llegaba una claridad de vela y un repiqueteo insistente. Con un escalofrío pensé en mi padre, la percusión de la espátula en el estuche de ébano, pero era el mayordomo accionando el gancho del teléfono de pared. No hay línea, dijo, y cogí su candelabro, que tembló levemente en mi mano. La llama se apagó cerca de la puerta principal, que el viento debió de abrir. Llegué a ciegas al comedor y susurré Matilde, Matilde, no sé por qué hablaba tan bajo. También susurraban en la antecocina, donde, a la luz de velas metidas en el cuello de botellas, los empleados comían empanadillas con vino estropeado. De la cocina llegaban risas ahogadas, y creí oír a Matilde cuchicheando en francés: ca-zado-res de ca-be-zas. Allí la vi, sentada en el suelo con el viejo Auguste, compartiendo una bandeja de pastas al pie del fogón con la leña en brasas. Miré alrededor y, sin necesidad de que le preguntara nada, Matilde me dijo que Dubosc acababa de irse al encuentro de sus amigos franceses. Entonces volvió la electricidad y se oyó un largo oh, como cuando se interrumpe una buena película o un sueño colectivo.

No voy a mentir, hubo otras mujeres después de ella, me llevé a otras a casa. Y cuando la niñera Balbina oía nuestro alboroto se iba contigo a la playa, aunque fuera casi de noche, a veces bajo la lluvia. Yo bien que intenté buscar compañía en otros lugares, llegué incluso a visitar prostíbulos, pero fue en vano. Las chicas a las que conocía del piso de soltero también me recibieron en sus domicilios, y fracasé una y otra vez. Sin embargo, mi deseo por tu madre seguía vivo, su recuerdo me asaltaba en la cama, en el baño, en la escalera, la cocina hasta la evitaba. Entonces traté de atraer a las mujeres hacia el ámbito de mis deseos, pero nada es tan sencillo. No me atrevía a meter a putas en el lecho conyugal, y entre las damas disponibles no todas se avenían a ponerse las ropas de tu madre. Incluso las más desenvueltas, cuando andaban por la habitación vestidas de Matilde, por lo general revelaban su impostura, parecían ladronas. A las que al final se entendían conmigo las metía en un taxi cuanto antes, con la ilusión de que tu madre reaparecería sin previo aviso. Como estas pocas no solían atender a una segunda llamada, pronto me convertí en una especie de ermitaño. Me encerraba en la habitación, fumaba un cigarrillo tras otro, hallaba consuelo en hojear las revistas ilustradas por entonces en boga. Era capaz de vislumbrar a tu madre en cualquier foto de una silueta femenina tomada a media distancia, ora caminando por la avenida Central, ora tumbada en una playa del Nordeste, ora cabalgando en las pampas, y recostado en la cama me complacía examinando aquellas figuras. Con el fin de airear un poco mi vida, hasta pensé en llamar a los amigos los sábados para tomar un coñac, hablar de deporte, quién sabe si reunirlos para una partida de bridge, como solía hacer mi padre. Pero si ni siquiera en mis tiempos de estudiante había hecho amigos, difícil sería ahora, que vivía en una casa nada acogedora. Lo cierto es que, sin tu madre, el chalet antaño tan solariego se fue deteriorando. Y por más que se levantaran edificios a su alrededor, era la sombra de Matilde lo que yo veía siempre encima de él. A ti apenas te vi crecer, pues lo hacías en las sombras de la casa encantada. Ya entregado a las publicaciones en color, francesas, americanas, no acerté a acompañarte como en los primeros tiempos, justo después de que tu madre nos dejara. Por entonces, a menudo amanecía inquieto, iba a despertarte para comprobar lo que quedaba de Matilde en tu rostro. No eran locuras mías, Balbina también notaba que cada día perdías otro rasgo de tu madre, y a ese paso ya habías perdido todo el contorno original de la boca, además del negro de los ojos y la tez canela. Era como si, en el silencio de la noche, Matilde pasara a recoger

sus cosas en el rostro de la hija, en lugar de llevarse los vestidos del armario o los pendientes del cajón. Hasta mi madre, que no solía prestarte demasiada atención, se mostró impresionada al comprobar cómo te habías transfigurado. Esta niña está cada vez más guapa, dijo mamá con vanidad distraída, pues cada vez te parecías más a ella. Mientras tanto, pese al afecto que me unía a ti, no te sacaba de paseo por pudor, tenerte conmigo me parecía algo antinatural. Desde la niñera hasta el portuguesito de la tienda de comestibles, todos sabían que tu madre, trastornada, había partido sin dejar una nota ni hacer la maleta siquiera. Pero abandonar a una niña de pecho, tan pequeñita, una niña que se podía cargar bajo el brazo, eso no entraba en la cabeza de nadie, no tenía sentido, no podía ser. Tampoco una mujer renuncia tan fácilmente a su marido, lo cambia por otro, y a veces lo hace con prisas porque ya está a punto de echarse atrás. Igual que sufre a la hora de deshacerse de un vestido viejo cuando renueva el guardarropa. Ninguna madre abandonaría a su hijo, salvo que otro hijo la arrastrara por la cintura con la fuerza de un amante. Por eso, en un primer momento, llegué a pensar que tu madre estaba encinta cuando huyó. Sí, era posible que, de estar embarazada, Matilde no te hubiese llevado con ella por tener ya en el vientre al hijo del hombre que la apartó de mí. Lo que también explicaría su comportamiento de los últimos tiempos, cuando había empezado a rechazarme. Tu madre se enajenó de todo, de la noche a la mañana se le secaron los pechos, ¿nunca te he contado todo esto? Entonces perdóname, olvídalo, tendrías que habérmelo dicho, ven a darme un beso. Será que he estado delirando, y de buen grado volveré a hablar solamente de cosas que ya sepas. Si con la edad nos da por repetir episodios antiguos, palabra por palabra, no es por cansancio del alma, es por esmero. Es para sí mismo que el anciano repite siempre la misma historia, como si así sacara copias de la misma por si se extraviara. No sé si te he contado alguna vez cómo conocí a Matilde en la misa del séptimo día de mi padre, cuando pronunció Eulálio de aquella manera que ni siquiera actrices sensuales han logrado reproducir en mi cama. Creo que también te he contado cómo fui a espiarla al día siguiente, toda ufana a la salida del colegio, la más morenita de la clase. Empecé a buscarla todos los días, en el vestíbulo del colegio reuní una serie de recuerdos de ella para el resto de mi vida. De ahí mi sobresalto cuando entraste sin llamar en mi habitación enrarecida por el humo, blusa blanca y falda azul marino, no recordaba haberte visto antes con el uniforme del Sacré-Coeur. Saltaste sobre mi estómago y me abrazaste llorando porque en el colegio circulaba el rumor de que eras la hija de una pordiosera. No supe cómo reaccionar, yo estaba despatarrado en la cama y tú con los zapatos encima de mis revistas, en las que mujeres exóticas se hacían pasar por Matilde. Y sollozabas sin parar porque te habías convertido en motivo de burla, habían llegado a decirte que las hermanas de la caridad te habían encontrado en un cubo de la basura. Me recompuse, recogí las revistas, te dije: vamos, vamos, hija mía, vamos, vamos, no sabía qué más decir. Sentí remordimientos por no haber cumplido la voluntad de tu madre, que incluso había llamado a un estudio fotográfico de la ciudad para que posáramos para un álbum

familiar, nosotros tres. Matilde se quejaba con motivo, no teníamos ni el clásico retrato de boda, pero yo fui posponiendo lo del estudio, y luego todo se fue al garete. Vamos, vamos, hija mía, vamos, vamos, ahora pasaba los dedos por tus cabellos claros, y decididamente no había en ti nada que se pudiera señalar, caramba, esto es del rostro de tu madre. Vestidos enmohecidos en el armario o bisutería herrumbrosa en el cajón, que para bien o para mal me han quedado de recuerdo, para ti no eran ni siquiera vestigios suyos. Entonces di por sentado que la familia de Matilde seguramente guardaba al menos una fotografía suya de niña, quizá un recuerdo de la primera comunión, que pudieras enseñarles a tus compañeras. Al caer la tarde fui a casa de mamá, que había invitado a la madre de Matilde a tomar el té, y oí sus voces lastimeras en el jardín de invierno: Matilde, las andanzas de Matilde, las compañías de Matilde, el destino de Matilde... En cuanto entré, las dos disimularon, se pusieron a hablar de la inminente nueva guerra en Europa, de las hordas de refugiados que desembarcaban a diario en el país: en Copacabana, Maria Violeta, sólo se oye hablar alemán y polaco... es ese pueblo, Anna Theodora, son todos de ese pueblo... Aproveché la primera brecha en la conversación para solicitar a doña Anna Theodora algún recuerdo de su hija, una foto cualquiera sólo por unos días, pero ella bajó la vista y siguió dando cuenta del bizcocho. Y mamá hizo sonar la campanita y ordenó a Auguste que sacara mi automóvil porque ya me iba. Pues bien, a la mañana siguiente decidí llevarte al colegio, y supongo que lo recordarás porque te emocionaste muchísimo, nunca habías subido a mi coche. Eso sí, te empeñaste en que aparcara una manzana más allá, llegar al colegio en compañía de tu padre hubiese sido el fin el mundo. Te vi caminar con tu cartera, los pies un poco vueltos hacia dentro, mirando hacia atrás de vez en cuando, hasta mezclarte en la acera con las madres, niñeras, institutrices, chóferes y el sinfín de colegialas que se apeaban de los coches o saltaban del tranvía. Cuando cesó el movimiento, franquéé la verja del colegio y, por la fuerza de la costumbre, me detuve unos minutos en el vestíbulo, mi viejo puesto de observación. Retrocedí al pie de la escalera, retrocedí diez años para revivir el día en que vi a Matilde bajar por aquella barandilla, lo que le costó una semana de suspensión. Subí a dirección y me hice anunciar a la madre superiora como padre de Maria Eulália, alumna de tercer curso de primaria. Notre Mère se congratuló por recibirme en privado, ya que no había tenido el placer de vernos a mí ni a mi esposa en las reuniones de padres. Me excusé, pasaba buena parte del año viajando por negocios, y además era viudo, mi mujer, dicho sea de paso, también había estudiado en el Sacré-Coeur. Notre Mère se mostró consternada al saber que una ex alumna suya había fallecido a los diecisiete años durante un parto, de eclampsia. También se compadeció profundamente de mi hija, en la que, de hecho, ya había observado durante el recreo cierta timidez, por no decir un temperamento misántropo. Y convino conmigo en que sería reconfortante para una pequeña huérfana oír los recuerdos de quien había convivido con su madre bajo aquel mismo techo, quizá conocer su aula, garabatear en su pizarra, sentarse en su pupitre. Bajar por la barandilla de la escalera,

aventuré, y Notre Mère se rió, meneando la cabeza. Sólo que, Matilde, Matilde, francamente ella no recordaba ninguna Matilde. Matilde Vidal, insistí, y su secretaria, mère Duclerc, que parecía dormitar sobre el libro de rezos, se manifestó: ¿Vidal? *Bien sûr*, y pronunció de una tirada los nombres de las seis hermanas de Matilde: Anna Theresa, Anna Amelia, Anna Christina, Anna Leopoldina, Anna Isabel y Anna Regina. De Matilde tampoco se acordaba en un primer momento, pero enseguida se enderezó sobre el escritorio para consultar su fichero. En silencioso *tête-à-tête* con Notre Mère, intenté descifrar su media sonrisa congelada, sus ojos grises fijos en mi rostro, su plácido semblante y sus dedos nerviosos, adictos a las cuentas del rosario. Y no me cupo duda de que lo sabía todo, de mí, de mi hija abandonada y de la perdición de su madre. *Voilà*, dijo mère Duclerc, y me pasó una fotografía de la clase de *seconde* en 1927. En ella se veía a una decena de alumnas sentadas, con las manos cruzadas sobre el regazo, delante de otras tantas que permanecían de pie, con los brazos caídos en ademán rígido. Eran las compañeras de Matilde, reconocí sus rostros. Pero faltaba ella, tal vez aquel día estuviese aún suspendida.

Tengo hambre. Los enfermeros de este sitio son rencorosos, salvo esa chica, ahora mismo no recuerdo su nombre. En su ausencia, alguien tiene que ocuparse de mí. No necesito zalamerías, detesto las confianzas, exijo que se me atiendan de un modo neutro, profesional. Que alguien tenga la bondad de traerme mi guayaba, tengo hambre. He tirado el plato al suelo, no lo niego, y lo volveré a hacer siempre que el bistec tenga nervio. Eso por no decir que la comida olía a ajo, ya veréis cuando se entere mi madre. Ya veréis cuando me huelan, en cuanto vuelva de misa, sabrá enseguida que me han servido la comida del servicio. Porque cuando la niñera tiene el día libre siempre pasa lo mismo, nadie tiene paciencia conmigo. Pero tengo hambre y soy capaz de seguir dándome cabezazos contra la pared hasta que me sirvan el postre. Y cuando mi padre me pregunte qué es este chichón que tengo en la frente, le diré que en esta casa raro es el día que no me dan mamporros. Se lo diré en francés, para que todo el mundo se quede con cara de imbécil y nadie me replique. Papá no tolera que nadie le ponga la mano encima a su hijo, a excepción de mamá y él mismo. Y cuando me pega con el cinturón o con la palma de la mano, puede que me haga sangre o que hasta me rompa algún diente, pero la cabeza de los niños no se toca. Que sepáis que papá tiene un látigo guardado en la biblioteca, detrás de la enciclopedia Larousse. Un día me enseñó la pieza, una correa trenzada de piel de antílope, la flor de lis en el mango. Es un látigo en desuso, una reliquia familiar que heredó de su padre, mi abuelo Eulálio. Pero en cuanto vuelva de Europa, si se entera de que alguien ha golpeado en la cabeza a su hijo, se pondrá a repartir zurriagazos a diestro y siniestro. Os azotará a todos, seáis hombres o mujeres, os molerá a latigazos como hacía mi abuelo con el viejo Balbino. Balbino ya ni siquiera era esclavo suyo, pero dicen que cada día se quitaba la ropa y se abrazaba a un tronco de higuera por necesidad de recibir unos cuantos azotes. Y el abuelo le daba en toda la espalda, sin malicia en la mano, le daba más por el restallido que por el suplicio. Si hubiera querido hacerle daño, habría imitado a su padre, que cuando cogía a un negro intentando huir lo azotaba con gran estilo. El látigo apenas restallaba, era un silbido en el aire lo que se oía, mi bisabuelo Eulálio se limitaba a rayar las carnes del bellaco con la punta de la correa, pero el verdugón se le quedaba para siempre. Había heredado la destreza de su padre, que había llegado de ultramar con la flota de la corte portuguesa y cuando no estaba prestando oídos a la reina loca subía a cubierta para aleccionar a los marineros indolentes. Pero puede que eso se lo inventara mi

tatarabuelo Eulálio para hacerse merecedor del látigo que su padre, el célebre general Assumpção, había blandido en campaña junto a los castellanos contra la Francia de Robespierre. En resumidas cuentas, mi tatara-tatarabuelo el general era hijo de don Eulálio, próspero comerciante de la ciudad de Oporto, que compró el látigo en Florencia con el fin de fustigar jesuitas. Así que, pensándolo mejor, papá no gastaría su histórico látigo con una panda de brutos. Papá se limitará a ponerlos a todos de patitas en la calle, y ése será el peor castigo que os podría imponer, pues no encontraréis un trabajo mejor por mucho que busquéis. Y no lo digo sólo por el sueldo puntual, por la casa del servicio en la que os embriagáis y masturbáis, por las provisiones que devoráis y por el día de fiesta quincenal y el aguinaldo navideño. Lo digo también por el trato personal que os dispensa mamá, los pequeños hurtos que os perdona, las ropas que os regala aún en buen estado. Se empeña en que vayáis todos bien vestidos a misa, y a la cocinera, que era aficionada a la macumba, la hizo exorcizar en la iglesia de la Candelaria. Os vacunaron a todos, y mi niñera fue la única que no acudió al examen médico, le pareció una desfachatez. Pero le pediré a papá que no eche a mi niñera, porque me da lástima, esa negra nunca querrá a otro niño como me quiere a mí. Ni dejará que otro niño acaricie sus tetas gordas como me deja a mí, me da manotazos pero me deja. De nada sirvió que mamá contratara a una institutriz alemana cuando le pareció que yo ya era demasiado mayor para tener niñera. La Fräulein era de lo más remilgada, quería obligarme a hablar alemán y hacer gimnasia, pero no pudo conmigo, le dio un ataque de nervios y se volvió a Baviera. Además de la niñera, creo que le pediré a mi padre que salve a la lavandera, que siempre está riéndose y hablando por los codos. Cuando veo aquel canasto de ropa recién lavada, meo encima con ganas, y ella lo lava todo de nuevo sin protestar, lava cantando una polca, amasando la ropa en el lavadero. La lavandera era una mestiza a la que mamá había traído del campo, y hoy papá no confía a nadie más sus camisas de lino, que en los tiempos del puerto de Manaos mandaba planchar y almidonar en Europa. Mi padre es muy exigente para estas cosas, no en vano sus trajes, fracs y chaqués se envían a un príncipe ruso que se hizo famoso en Petrópolis como tintorero. Y el barbero italiano viene a casa todas las mañanas para afeitarlo y recortarle el bigote, nunca he visto a mi padre con un solo pelo fuera de sitio. Nunca una mancha, una arruga en la ropa, mi padre por las mañanas sale de la habitación tan aseado como entró por la noche, y de niño yo creía que dormía de pie, como los caballos. Me daba pánico convertirme en senador cuando fuera mayor, tener que dormir de pie y andar siempre como mi padre, erguido y grave. Por eso no olvido el día en que, cuando ya salía para ir a trabajar, se inclinó para besar a mi madre, sentada a la mesa, y vi cómo asomaba la punta del látigo por la abertura trasera de la chaqueta. Sensacional, fue como ver a papá disfrazado con una cola de cuero colgando de la chaqueta de *tweed*. Me reí con ganas y le pregunté adónde pensaba ir a jugar con aquella cola. ¿Qué dices, granuja?, replicó él, pero mamá ya se estiraba para espiarle la espalda. Entonces papá se sacó el látigo por la nuca, se dio unos

golpecitos con él en la palma de la mano, pensó un poco y dijo: con estos anarquistas nunca se sabe. Aquella noche, una ayudante suya llamó para decirle a mamá que no esperara al senador. Su excelencia estaría retenido hasta el alba en asamblea permanente, o en una reunión de carácter urgente en el Ministerio de Salud, o a puerta cerrada con el presidente Epitácio, pues el gobierno se disponía a hacer frente a una epidemia de gripe peor que la española. En cuanto colgó el auricular, mamá se puso frenética, empezó a rondar por la casa, subió y bajó la escalera unas cincuenta veces. Durante la cena, hacía sonar la campanilla por cualquier motivo, protestaba por todo, le dio un síncope al ver dos moscas apareándose en el mantel de encaje valenciano. Y cuando por fin parecía serenarse, yo tiré mi plato repleto de arroz, judías, calabaza y filete de hígado, lo volqué todo en la alfombra. Detestaba el hígado, y me dio igual que mamá me mandara a la habitación sin cenar. Cómo iba ella a sospechar que, en mis noches de castigo, la niñera me llevaba guayaba con requesón a la cama. Quiero mi guayaba ahora mismo, me muero de hambre.

De nada sirve que me atiborréis de medicinas, es una tontería seguir acostado en esta cama, sin mi mujer no sé dormir. No ha dicho adónde iba, y Matilde nunca ha sido de salir sola por las noches. No son horas de irse de compras, mucho menos a una consulta médica, incluso cuando iba a visitar a sus antiguas compañeras lo hacía de día para poder recibirme a mi vuelta del trabajo. De hecho, desde que nació la niña ya ni siquiera tiene tiempo para quedar con las amigas. Y dentro de poco la niña se despertará con hambre. Matilde no puede tardar. Es verdad que últimamente ya no le da el pecho, pero seguro que dentro de nada las veré de nuevo agarraditas la una a la otra, derrochando mimos y caricias. Acabo de acordarme de Eulalinha con un peto igual que el de su madre, era como una Matilde en miniatura. Matilde se reía a carcajada limpia con la niña en brazos, ni siquiera oyó los bocinazos que llegaban de fuera. Fue el día en que Dubosc apareció acompañado por una pareja a la que yo había conocido en la recepción del embajador, él era médico de la comunidad francesa. Los invité a entrar en el chalet, pues habían recorrido Copacabana de punta a punta sin encontrar casetas de baño. Matilde bajaba la escalera con la niña en brazos, y saludó a nuestros huéspedes asintiendo con la cabeza. Les indicó dónde estaba el cuarto de baño al saber que deseaban cambiarse de ropa, y me pidió que abriera el coche para que Balbina acomodara las cestas de Eulalinha. Cuando le comuniqué que ya no iríamos a la hacienda, se le llenaron los ojos de lágrimas, tal era la ilusión que le hacía su primera cabalgada tras el nacimiento de nuestra hija. Pero Matilde es de carácter alegre, y ya de camino a la playa se reía a carcajadas mientras mecía a la niña, que estrenaba un bañador igual que el suyo. Comprendió que no hubiese quedado bien dejar a los franceses solos en una playa inhóspita, y además tendríamos muchos otros fines de semana para disfrutar de la hacienda. En realidad no los tuvimos, pero yo no podía adivinar que Dubosc y sus amigos se harían asiduos del chalet. Y al final nos hemos resignado a esta convivencia, entre otras cosas porque, aunque nunca se lavan los pies cuando vuelven de la playa, su presencia no nos supone ningún trastorno. Sólo le dan trabajo a la cocinera, que tiene que hacer almuerzo para más comensales y abastecer nuestra sombrilla con batidas de limón cada hora. Así, Matilde juega a sus anchas con la niña y la niñera, mientras yo los entretengo exaltando el paisaje de Río de Janeiro, señalando inscripciones fenicias en las montañas, nombrando aves hermafroditas que habitan las islas oceánicas. También hablo de las invasiones francesas, del sueño de la

Francia antártica, hasta me he inventado un antepasado bretón, mano derecha del almirante Villegaignon. Pero el médico siempre me interrumpe para narrar sus incursiones en parajes que sólo él conoce, andurriales de esos en los que a los extranjeros les gusta perderse. Y dale que te pego con el paludismo, la esquistosomiasis, el mal de Chagas, la lepra, y entre unas endemias y otras me dedico a contemplar el fuerte de Copacabana, esperando a que aparezca un transatlántico por detrás de sus piedras. A mediodía, Matilde se lleva a Eulalinha a casa, donde le da el pecho y la acuna con la nana del coco que viene y te llevará. Vuelve para sentarse conmigo, me hace recostar la cabeza en su regazo y dice: abre la boca y cierra los ojos. Me llena la boca de arena y sale disparada para que la persiga mar adentro, luego me llama para cazar pulgas de mar o jugar a la *peteca*^[5]. Imagino que los franceses esperarían de un hombre de mi posición una esposa más circunspecta, con ciertos atributos intelectuales. Pero Matilde casi no participa en nuestras conversaciones, y encima suele traer a Eulalinha a la mesa del almuerzo, para mi incomodidad. También puede ser que yo la inhiba con mis carcajadas en las raras ocasiones en que se atreve a hablar francés. Me apresuro a corregir su pronunciación, me disculpo por sus errores gramaticales, con lo que no es raro que se reprima a media frase. Sé que en mi ausencia se las arregla, pues de lo contrario no habría pasado del primer curso en el colegio. Ni se entendería con la mujer del médico, que ha empezado a frecuentar la playa también entre semana, y le habla de sus peripecias con su marido por América Latina. Ella le ha pegado a Matilde la manía de contarme historias de los campesinos mexicanos, o de indios que van en cueros por las nieves de la Patagonia, mientras yo suspiro por ella en la cama. Todavía con el camisón puesto, me obliga a oír ciertas leyendas de los pueblos andinos, fascinada por sus rituales de fertilidad. Pienso que, si le interesa hasta una guerra civil en Nicaragua que la pareja presencié el año pasado, se quedaría boquiabierta con los relatos de Dubosc, que luchó como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Un día me contó que fue lugarteniente del ejército francés, llegó incluso a mencionar una herida de bala en los campos de Picardía, pero no quiso entrar en detalles. Seguramente se avergüenza de alguna cicatriz, de ahí que nunca se quite la camisa en la playa. Jamás lo he visto meterse en el agua. Tal vez con sus amigos y mi mujer se muestre más elocuente, puede incluso que les enseñe la medalla que dice haber ganado en la guerra, pero de eso Matilde nunca me ha hablado. De no ser por la secretaria de la Compañía, ni siquiera me habría enterado de que, además de la mujer del médico, en mi casa también Dubosc se presentaba sin previo aviso. Al pasar por el despacho, tras un día de tejemanejes en la aduana para liberar unos tubos de cañón, la oí bromear sobre el hecho de que monsieur Dubosc se hubiese adaptado ya al estilo de vida carioca, pues los viernes hacía novillos para ir a la playa. Por la noche, Matilde no mencionó el tema, sólo tenía ojos para su hija, que ya empezaba a erguir el cuello, y me enseñó cómo sostenía la cabecita. Yo miraba la arena en las juntas del parquet, y cuando le pregunté por Dubosc, Matilde confirmó que se había cambiado de ropa en

casa, pero que apenas lo había visto. No era la primera vez que ocurría, a veces hasta el médico se presentaba en casa; según ella, los franceses siempre se juntan, beben y ríen y parlotean entre sí, pero nunca se quedan a comer. Me extrañó que Dubosc no me mencionara aquellas visitas, pero ahora comprendía por qué había faltado a un reciente compromiso en el Ministerio de la Guerra. Mientras él se tomaba una copa tranquilamente en la playa, yo esperaba la audiencia con el ministro, y sólo al anochecer me atendió su edecán. En honor a la verdad, debo decir que no necesité al francés para acordar una exhibición de artillería en la que se mostrarían los nuevos tubos del cañón Schneider, y a la que el ministro habría de asistir al fin. Dubosc ya no daba crédito a tales promesas, pero de todos modos quedó en reunirse conmigo en Marambaia, pues iría en el coche del médico y su señora, que querían visitar la restinga. Debería haber propuesto que fuéramos los cuatro en mi coche, pues desde la playa de la Gávea la carretera sube internándose por un bosque espeso y puede convertirse en una ratonera. Sinuosa, estrecha, y para colmo mal señalizada, incluso quien la ha recorrido otras veces, como yo, duda en cada bifurcación. Aquel mismo día, tras bordear la montaña y bajar al nivel del mar, me hallé ante una pendiente que no recordaba. Era muy posible que me hubiese perdido, pues no iba demasiado atento desde el inicio del trayecto. Ya había salido de casa con Matilde en la cabeza, me devanaba los sesos pensando que me ocultaba algo. Quería hacerme creer que, en mi ausencia, Dubosc usaba el chalet de un modo puramente casto, como si se tratara de una caseta pública en un balneario francés. Pretendía convencerme de que ellos dos nunca se darían de bruces en una de tantas entradas y salidas, que sus miradas nunca se cruzarían en horas de baños de sol. Tumbada a su lado en la playa, se me antoja imposible que ella no sintiera curiosidad por un hombre tan experimentado, que no quisiera saber por cuántos continentes había pasado, cuántas lenguas hablaba, en cuántos combates había luchado, o incluso por qué no se quitaba jamás aquella camisa marrón. No, Matilde no se habría resistido a sacar algún tema de conversación, y al cabo de poco ya le estaría preguntando por su vida en Francia, si estaba casado, si su mujer era joven y hermosa, cuántos hijos tenían. Es posible que Dubosc tenga una hija de la edad de Matilde, y para él Matilde debe de ser una muchacha sin misterio alguno. Será una nativa no muy distinta de las que conoció en la Polinesia, con la sola ventaja de saber bailar el maxixe. Sin embargo, dudo que, mirando a Matilde tendida boca abajo en la arena, no haya entrevisto jamás la posibilidad de algún que otro encuentro furtivo en su habitación de hotel, tras meses pagando a mujeres desgastadas en burdeles de tres al cuarto. Y de pronto me pareció obvio que los franceses me habían tomado por imbécil, que jamás les había pasado por la cabeza aventurarse por su cuenta en aquella carretera empinada y llena de baches en que yo me había perdido. Con aquel calor que ellos calificaban de senegalés, ya estarían repantigados a la sombra del parasol de Matilde, con mi hija y la niñera. Pero Matilde no es demasiado aficionada a la sombra, cada dos por tres va a darse un chapuzón, y antes o después se va con un cubo a coger conchas para su

hija. En ese momento, es probable que Dubosc le dé alcance y, por pasar el rato, camine a su lado junto a la orilla. Aquí y allá se detendrán para coger una concha, agachándose ella, doblándose él, estirando su largo brazo. No se dirán nada, pero quizá Matilde descubra algún significado en el tintineo de las conchas, que ella deposita y él arroja al cubo. Cuando el cubo esté colmado, será como si todo estuviese dicho entre ambos, y seguirán caminando hasta el fuerte del extremo de la playa, donde Matilde querrá refrescarse el cuerpo. Hasta la veo depositando el cubo a los pies de Dubosc y entrando en el mar de aquel modo tan suyo, como si saltara a la comba. Saldrá del agua estirándose el pelo hacia atrás, y Dubosc no se dará cuenta de que una ola vuelca el cubo que ella había dejado a su cargo. Matilde verá las conchas esparcidas por el reflujo en la arena, pensará que allí puede estar dibujado su futuro, pero Dubosc las recogerá con su manaza y las arrojará al cubo a puñados, llenas de arena mojada, entonces ella las recogerá de nuevo y las lavará una a una. Matilde mirará dentro de cada concha, espíará el interior de esas casas abandonadas. Y Dubosc mirará al cielo, por la posición del sol calculará que a esa hora yo estaré llegando a Marambaia. A esa hora yo no tenía la menor idea de dónde me encontraba, en mi carretera ya no daba el sol, seguía inmerso en una sombra verde. Ya me había convencido de que avanzaba en la dirección equivocada, pero la carretera se había estrechado a tal punto que me resultaba imposible dar media vuelta. Pisaba el acelerador, la gasolina se me acababa, detestaba aquel bosque por haberme internado en él. Cuando se abrió un claro, avisté a lo lejos una montaña idéntica al Corcovado, y es que lo era realmente, se veían unas estructuras en la cumbre, donde se decía que iba a erigirse una estatua de Cristo. Había algunos coches aparcados en una plaza a mi derecha, era el mirador de Vista China, pero en lugar de volver atrás apagué el motor y dejé que el coche rodara cuesta abajo, hacia el centro de la ciudad, donde llenaría el depósito. Y dentro de poco Matilde y Dubosc volverán a la sombrilla, él cargando el cubo y ella con una expresión desconocida en su rostro. Al verla, Balbina apretará a Eulalinha contra el pecho y echará a correr hacia la casa, donde le dará la leche guardada en el biberón. El médico y su mujer también se retirarán apresurados, a fin de ofrecer a la nueva pareja una tarde a solas. Y Matilde se sentará pegada a Dubosc, porque la sombra del parasol es exigua en las horas centrales del día. Eran las doce en punto cuando detuve el coche en la acera de la playa, donde había poca gente, y me resultó fácil distinguir nuestra sombrilla. Era un círculo azul celeste, en la distancia parecía el vestido con vuelo de la mujer casada con quien mi padre había tenido su última aventura. Intenté correr hacia la sombrilla, pero corría como en sueños, casi sin moverme del sitio, porque los zapatos se me llenaban de arena. Me acercaba pesadamente al círculo azul celeste, y en su sombra circular percibí sombras en movimiento. Un poco más adelante distinguí a Balbina, que me miró asustada, y a Eulalinha, que rompió a llorar. Le pregunté por Matilde, Balbina me señaló el chalet, y ya desde la verja oí música. Pensé que se trataba de un maxixe, pero era la samba que a Matilde le había dado por poner a todas horas: júrame, júrame, júrame de

corazón. La puerta de casa estaba abierta de par en par, y en la sala me topé con Matilde en traje de baño, bailando con el negro Balbino. Sí, el negro Balbino, yo no daba crédito a mis ojos, pero era él. No reaccionaron al verme, siguieron bailando los dos, mirándome y sonriéndome como si tal cosa. Balbino vestía unos pantalones morados muy ceñidos, tenía el culo más grande que su hermana, y ver a mi mujer en brazos de aquel negro fue para mí la peor de las infamias. Él bailaba contoneando el culo, ella riendo sin parar, y el cantante con voz afeminada entonaba: y entonces te daré el beso puro en la catedral del amor. La escena se fue haciendo cada vez más insoportable, ninguno de los dos quería poner fin a aquel baile asqueroso, y entonces le di una patada al gramófono de Matilde. El disco salió volando y se hizo trizas contra el suelo, también volaron el plato y el brazo del gramófono. Matilde me miró atónita, Balbino echó a correr con pasitos cortos, el teléfono llevaba un rato sonando, y era Dubosc que me llamaba desde el cuartel de Marambaia. Me preguntó qué estaba haciendo todavía en casa, pues el ministro de la Guerra ya iba de camino a la restinga, posiblemente en compañía del presidente Washington Luís. Aquél fue mi récord en el trayecto Copacabana-Marambaia, una hora y media de carrera sin percances, pese a la lluvia que me sorprendió a medio camino. A mi llegada no encontré a nadie, las autoridades habían cancelado el compromiso a causa del mal tiempo. Volví de nuevo por el centro de la ciudad, donde compré un radiogramófono RCA Victor último modelo y dos álbumes con veinticuatro discos de samba. Matilde se quedó muda con el regalo, hizo las paces conmigo, era de carácter alegre. Pero días más tarde volvió la espalda al mundo, pasó a ocultar su cuerpo bajo los vestidos largos que mamá le había regalado tiempo atrás. Y hoy ha salido sin decir adónde iba, Matilde nunca ha sido de salir por la noche. Por eso no es de extrañar que salga como un loco detrás de ella, pero eso sólo ocurrirá dentro de un rato. Qué raro, esto de tener recuerdos de cosas que todavía no han pasado. Acabo de recordar que Matilde va a desaparecer para siempre.

Si supieras cómo me gustan tus llegadas, llegarías corriendo cada día. Eres la única mujer que aún me aprecia, como me faltes tú, me moriré de inanición. Sin ti, me enterrarían como a un indigente, mi pasado se apagaría, nadie dejaría constancia de mi saga. No es que te esté dando coba, sólo me faltaría eso, adular a las enfermeras, me limito a repetir lo que les dije a mis abogados. Acabo de darles instrucciones para que no te quedes desamparada en caso de que algo me ocurra. Los bienes que me quedan no se los dejaré a una hija que me hizo ingresar aquí a la fuerza, incluso paralizado estaría mucho mejor en casa. Mis dolores eran crónicos, ya preveía dónde y cuánto iban a dolerme. Pero aquí siento dolores que no son míos, debo de tener alguna infección hospitalaria. Y si antes me llevaban a hacer tomografías sin ton ni son, ahora que estoy necesitado no tengo quien me examine. Mis cuentas no deben de estar al día, oigo rumores de que me despacharán a un hospital público. Si eso ocurre voy a necesitar que me hagas un préstamo, pues sin duda conocerás algún sanatorio más serio, en Botafogo había uno de las carmelitas. En instituciones tradicionales mi nombre abre puertas, a diferencia de lo que ocurre en este tugurio, donde nos sacan el dinero sin investigar su origen. Porque mi tataranieta, sabrás, comercia con estupefacientes, creo que el otro día lo vi con aquella novia suya por televisión, los dos esposados en un aeropuerto, ocultando el rostro. Como lo metan entre rejas, entonces sí que Maria Eulália me dejará en la estacada. Lo hará porque no sabe que aún tengo recursos, si lo supiera ya se los habría fundido igual que se fundió la mansión, el chalet, todos los bienes inmuebles, hasta el sepulcro familiar vendió. Del chalet no quería desprenderme bajo ningún concepto, por más que supiera que la ausencia de mi mujer era definitiva. Pero en otro lugar quizá no volviera a oír sus suspiros, entre aquellas paredes todavía me visitaba en sueños. Me hacía el ofendido con las ofertas que recibía, ahuyentaba a los agentes inmobiliarios que venían a darme la lata, animados por mi hija. Maria Eulália no comprendía que ocupáramos un terreno tan valioso en Copacabana sin poder costearnos un coche, una cocinera, una niñera para Eulalinho. Aún siendo adolescente, consideraba muy pueblerino eso de tener una casa con patio, envidiaba a sus compañeras de pupitre que se mudaban a los edificios modernos del barrio, con fachadas de mármol *art déco*. Y además me parece muy macabro, decía ella, vivir en la misma casa en que murió mamá. A mí siempre me sobresaltaba oírla hablar así, aunque yo mismo hubiese inventado aquello de que su madre había muerto en

nuestro lecho al darle la vida. En un primer momento me pareció una buena historia, capaz de infundir ánimos a mi hija, al tiempo que proporcionaba a su madre una salida triunfal. Tarde o temprano tendría que desengañosarla, pero fui postergando el momento, y Maria Eulália no sólo creció aferrada a mi mentira piadosa, sino que la fue perfeccionando por su cuenta. Imagino a sus compañeras de clase, disimulando la risa mientras ella les hablaba de la desesperada intervención de las enfermeras, del obstetra mesándose los cabellos y de su madre debatiéndose entre convulsiones, soltando espumarajos y rogando a Dios que salvara al bebé. Hoy considero que la propia Maria Eulália nunca tuvo demasiada fe en lo que decía, hablar de su madre muerta era como un conjuro, como golpear tres veces la madera. Creo que cada día bajaba la escalera del colegio con piernas temblorosas, aterrada ante la posible aparición de una madre penitente. Ser recibida por su madre, llorando a moco tendido delante de todo el mundo, hubiese sido para ella una vejación peor que si fuera a recogerla algún pariente pobre en alpargatas. Mientras que, para sus compañeras del último curso, la salida de clase era una fiesta, desfilaban con tacones por el vestíbulo, delante de novios y pretendientes. Pero el más codiciado de éstos, por ser un hombre hecho y derecho, amigo de marqueses y socio de banqueros, se sintió inexplicablemente atraído por la muchacha que salía cabizbaja y se escabullía pegada a las paredes. Amerigo Palumba empezó a acompañar a Maria Eulália en su descapotable, citaba a poetas italianos, le regaló un libro titulado *Cuore*. Sin saber con qué palabras corresponder, un día ella le contó entre grandes aspavientos la única historia hermosa que conocía. Y tras narrar los instantes finales de la eclampsia, el rictus, los ojos desorbitados, recibió el consuelo de su primer beso en los labios. Qué hombre tan sensible, me dijo, tendrías que ver qué sensible es. Incluso después de casados, Palumba la cubría de caricias siempre que ella recordaba su historia, y no me extrañaría que Eulalinho se gestara en uno de aquellos arrumacos. Sin embargo, en cuanto vendieron la mansión, el italiano se evaporó con el botín, pero Maria Eulália se negó a creer que se había deshecho de ella de un modo tan vil. Prefería quedar como una esposa mentirosa, prefería pensar que él se había exiliado al perder la confianza en ella, que desde el principio lo había engatusado con enredos fantasiosos. Estaba segura de que había llegado a sus oídos el rumor, frecuente en sus tiempos de colegiala, según el cual su madre no había muerto de eclampsia ni mucho menos, sino que había huido de casa, abandonando a un marido pusilánime y a una niña de pecho. Vamos, vamos, hija mía, vamos, vamos, le decía yo con un cigarrillo entre los labios, buscando cerillas. Maria Eulália tampoco dudaba de que Amerigo Palumba se hubiese topado en la puerta de casa con la mismísima Matilde, sospechaba que su madre rondaba el palacete con vistas que tenían en Flamengo, igual que la habría espiado otrora a la salida de clase. Entonces tomé sus manos, la miré a los ojos y le confesé que Matilde nos había abandonado de veras cuando ella apenas gateaba, pero que había fallecido poco después en un accidente de coche en la antigua carretera Río-Petrópolis, y ya iba siendo hora de que dejáramos a su alma

descansar en paz. El día de ánimas llevé a Maria Eulália al cementerio de São João Batista, y depositamos claveles blancos en la sepultura en que estaban grabados con letras de bronce los nombres de mi padre, mi madre y Matilde Vidal d'Assumpção (1912-1929). Y no sé por qué no le dije la verdad antes, pues a partir de entonces mi hija se convirtió a todas luces en una mujer más abierta. Tuvo un parto sereno, amamantó a Eulalinho durante un año, me recordaba a Matilde con sus desvelos maternales. Más tarde entró en una fase de rara extraversión, se pasaba horas al teléfono, se maquillaba, acudía a la inauguración de exposiciones artísticas, conoció a una pintora con la que se quedaba charlando hasta las tantas en la sala de estar. Hojeaban libros de arte y, desde lo alto de la escalera, yo oía el rumor de las páginas y alguna que otra palabra susurrada por la pintora: expresionismo, Cézanne, Renacimiento... Y puede que oyera mal, pero me pareció captar también palabras musitadas por Maria Eulália: eclampsia, espasmos, salvar al bebé... Al principio, incluso me gustaba que la tal pintora se quedara a cenar con nosotros, pues eran las únicas ocasiones en que Maria Eulália preparaba algo que no fueran huevos fritos con arroz. Pero con el tiempo la chica se fue tomando demasiadas libertades, daba consejos sobre la decoración del chalet, del escritorio barroco que heredé de mi madre afirmó que era una burda falsificación. Ante el retrato al óleo de mi abuelo con su marco rococó tuvo un acceso de risa y dijo: esto es lo que los alemanes llaman arte *kitsch*. Empezó a pernoctar en casa y, no sé si a raíz de eso, Eulalinho se volvió de lo más irascible, se ponía a llorar y gritar a todas horas. Para no oírlo, la pintora ponía la radio de Matilde a todo volumen, yo ni siquiera sabía que aquel aparato todavía funcionara. Al final acabó mudándose a casa con sus pertenencias, sus pinturas y lienzos, convirtió la sala de estar en su taller, y yo me resignaba a todo con tal de no contrariar a Maria Eulália. Mi hija hasta tenía otro tono de cutis, los ojos más vivos, daba gusto verla así. Su felicidad hubiese sido completa de no ser por el chalet, que según la pintora emanaba malas vibraciones. Entonces me rendí, vendí la casa de mis sueños. La constructora nos pagó con dos pisos contiguos de tres habitaciones cada uno, en la octava planta de un edificio por detrás de nuestra propiedad. Conservé el mobiliario antiguo, además del retrato del abuelo, y, tras dudarle, me llevé también el armario con los vestidos de mi mujer y la mesilla de noche con sus joyas en el cajón. Las dos amigas decoraron su piso con sillones curvilíneos y mesas de patas estilizadas, Maria Eulália hasta compró una consola con un tocadiscos Telefunken, ella, que nunca había sido de escuchar música. Ahora escuchaba jazz mientras la pintora creaba *collages* sobre tela asfáltica, y Eulalinho, asmático y alérgico, se pasaba horas en mi piso. Llegó incluso a vivir una buena temporada conmigo, mientras mi hija acompañaba a la pintora y una marchante paulista a Estados Unidos, donde supuestamente había mercado para obras experimentales. Al cabo de unos meses Maria Eulália volvió sola, y yo trasladé al lavadero mis montañas de revistas ilustradas. De ese modo desocupé una habitación para ella, porque su piso había sido embargado por la Caja de Ahorros a fin de saldar deudas colosales. De la pintora

nada se dijo, mi hija enmudeció durante largo tiempo, pero yo fui aprendiendo a apreciar su compañía silenciosa. En silencio, yo la estudiaba, observaba su belleza anticuada, su palidez, sus ojeras perennes, su rostro alargado como el de mi madre. Y me preguntaba si no se habría atormentado desde niña con la suposición de que yo deseaba ver en ella una réplica de Matilde. Recuerdo su gesto estupefacto cuando, siendo ya una muchacha, la eché con malos modos de mi dormitorio por haberla sorprendido poniéndose un traje chaqueta naranja de su madre, que para colmo de males le sentaba fatal. Y los accesos de felicidad que tenía en los últimos tiempos quizá fuesen más bien exhibiciones torpes, como una lechuza que saliera a pleno sol sin comprender del todo qué se espera de ella. Quién sabe si Maria Eulália no se culpaba incluso por haber nacido mujer, creyendo que yo contaba con tener un heredero. Pero, aunque así fuera, ya me había recompensado con Eulalinho, que era como un hijo para mí. Por él, hasta rememoré antiguas nanas, no me avergonzaba canturrearlas a media voz cuando en mitad de la noche el chico se metía en mi cama, asustado por algo. Le enseñé a leer, le conseguí una beca en mi antiguo colegio de curas, donde mi nombre aún abría puertas. Me encariñé con el chico, que, pese al apellido Palumba y unas facciones un tanto rústicas, pertenecía sin ningún género de dudas a mi estirpe. Me acompañaba a las librerías de lance de la ciudad y me ayudaba a rebuscar fotografías de principios de siglo, cuando los Assumpção aún dirigían el cotarro en este país, tal como me encargué de explicarle. Fue él quien encontró una foto de 1905 en la que mi padre, por entonces un joven senador, aparecía con sombrero de copa en una comitiva del presidente Rodrigues Alves. Yo lo acompañaba al Senado cuando todavía llevaba pantalones cortos, hice que lo fotografieran en la tribuna desde la que su bisabuelo había pronunciado tantos discursos. El chico no soltaba los libros de historia, su madre se henchía de orgullo con las notas del boletín. Versado en política desde temprana edad, llegó al instituto en condiciones de discutir en pie de igualdad con sus profesores la delicada situación del país. Y un buen día vino a comunicarme que se había hecho comunista. Sea, me dije. Si viene el comunismo, Eulálio d'Assumpção Palumba llegará probablemente a algún buró político, a un consejo de ministros o incluso al comité central del partido. Pero en lugar del comunismo lo que vino fue la revuelta militar de 1964, y entonces traté de recordarle nuestros antiguos vínculos familiares con las Fuerzas Armadas, hasta le enseñé el látigo que había pertenecido a nuestro antepasado portugués, el célebre general Assumpção. Sin embargo, en sus años mozos, Eulálio todavía era vulnerable a la influencia de gente insensata, quizá incluso de ciertos curas rojos. O eso, o se le subió a la cabeza la sangre caliente de calabrés, yo sólo sé que se empeñó en convertirse en un héroe de la resistencia. Se trajo una multicopista a casa, imprimía panfletos, en vano intenté explicarle que el heroísmo es una vulgaridad. Una noche cargó sus trastos en mochilas y mi hija se desesperó, dijo que se había pasado a la clandestinidad. Poco después, siete agentes de policía irrumpieron en nuestro piso, lo pusieron todo patas arriba, zarandearon a Maria Eulália, preguntaron

por un tal Pablo, y yo les dije que tenía que haber un error, que el chico era un Assumpção de pura cepa. Incluso les señalé el retrato de mi abuelo en su marco dorado, pero un bárbaro me propinó una bofetada en la oreja y espetó que me metiera a mi abuelo por el culo. Aquel ignorante esparció por el suelo mi colección de fotos, y de nada hubiese servido protestar cuando me confiscó el látigo florentino. Mucho tiempo después, nos llamaron para que pasáramos a recoger a un niño en el hospital militar, era el hijo de Eulálio y una compinche suya que había parido en la cárcel. A este Eulalinho lo crié como si fuera hijo mío, le enseñé a leer, lo matriculé en el colegio de curas donde mi nombre abría puertas, hice que lo fotografiaran con pantalones cortos en el Senado. Desde el primer momento se reveló como un alumno aplicado, interesado en la historia de Brasil, discutía con sus profesores en pie de igualdad, y un buen día se hizo comunista. Dice mi hija que lo mataron en la cárcel, pero eso no lo sabemos a ciencia cierta, sólo sé que me llamaron para que fuera a recoger a su hijo en el hospital militar. A este Eulalinho lo crié como si fuera hijo mío, le enseñé a abrir las puertas, hice que lo fotografiaran con pantalón corto en compañía de curas rojos, pero esta medicina tiene un gusto raro. No me gusta tu cara, no reconozco tu sonrisa cáustica. Siento un ardor en el esófago, me has hecho beber sosa y ahora estoy a las puertas de la muerte. Muévete, no te quedes ahí viéndome agonizar, por lo menos dame mi morfina.

Me hiciste caer, pero yo me levanté, me heriste, pero yo te perdoné, me gusta oír a la lavandera allá abajo cantando esta canción. Hoy ha venido a verme papá, que nunca aparece por mi habitación. Ha pasado por aquí para recomendarme que no me levantara de la cama, pues de lo contrario las paperas me bajarían a los huevos, la bolsa se haría enorme y el pajarito se volvería del revés. Por eso no muevo la cabeza para mirarte, pero con el rabillo del ojo te veo en bata y zapatillas, dando capirotaos en el aire. Es el termómetro lo que sacudes antes de colocármelo en la axila, para luego sentarte en mi cama y posar el dorso de la mano en mi cuello y frente. Si por mí fuera, me pondría enfermo más a menudo, volvería a tener paperas, y varicela y sarampión y apendicitis. Y mi habitación tendría constantemente esta luz débil de lámpara de mesa, con las ventanas cerradas incluso de día. Y cuando me cantarás una nana podría vislumbrar una lágrima titilando en cada uno de tus ojos, el mismo par de lágrimas que cuando tocas el piano, y no diré nada más para no agobiarte con sentimentalismos. Salvo por la música, siempre muestras esa nobleza de contener los sentimientos, que a buen seguro te duelen, como debe de doler la leche retenida en las mamas. También has dicho ya que no te gusta la gente que besa en el rostro a quien apenas conoce, que da palmaditas en la espalda, que toca a los demás mientras habla. Y comprendí en la fiesta de papá que sólo sonreías por educación a aquella mujer que se hacía pasar por amiga tuya, hablándote al oído y gesticulando y riendo más de la cuenta. Ni lo recordarás, era una chica pecosa y de pelo castaño, te abordó cuando los camareros servían los *petits-fours*. Luego se despidió dándote dos besos y se dirigió a un tipo apuesto, parecido a Rodolfo Valentino, que estaba en un sillón bebiendo whisky. Pero cuando el tipo se levantó me sorprendió su escasa estatura, me recordó a aquellas caricaturas de la revista *Fon-Fon*, el tronco desproporcionado respecto a las cortas piernas. Los dos salieron juntos, y entonces caí en la cuenta de que era la misma pareja de la sala de música, los había visto poco antes con mi padre. Sólo que de pronto alguien ha abierto la persiana, y con el sol en la cara ya no veo nada, ha desaparecido mi madre, que estaba aquí hace un momento. Si alguien la ve, que por favor le pida que venga otra vez a hablar conmigo, es importante. Repito: si alguien me está escuchando, que vaya en mi lugar cuanto antes a la habitación de mi madre, que tengo paperas y no puedo moverme. Y si está en la silla de ruedas, con cara de loca y hablando francés, no hagáis caso, abrid sin temor el cajón central del escritorio de jacarandá. Buscad

bien, que en el fondo encontraréis una foto del tamaño de un folio, fechada al dorso en 1920. Pero no dejéis de traerme también la lupa, que está en un cajón más pequeño, porque necesito aclarar una duda. Casi puedo jurar que aquel Rodolfo Valentino aparece en la escalinata del palacio Guanabara, coincidiendo con la visita de una comitiva de diputados al rey Alberto de Bélgica, que allí se alojaba. La foto es una de las preferidas de mamá, en ella se ve a mi padre al lado de la reina Isabel de los belgas, un peldaño por debajo de su esposo el rey. La cabeza del padre de Matilde también aparece un poco más atrás, y encaramado en el último escalón, si no me equivoco, está el bajito de pelo engominado. Necesito esa foto desesperadamente para enseñarle ese tipo a papá, en caso de que vuelva a pasarse por aquí. En una conversación de hombre a hombre, podría convencerlo para que no se liara con la mujer de Rodolfo Valentino. Intentaría disuadirlo de comprar aquel vestido azul celeste, pero papá ni siquiera me dejaría acabar la frase, claro está. No me des la murga, Lilico, me diría, vete a freír espárragos, y acabaría muriendo como estaba predestinado a morir, en el piso de soltero con seis balas en el pecho. Y aunque me hubiese prestado oídos, quizá habría caído de todos modos en la emboscada. Porque quizá intuía que los tiempos estaban a punto de cambiar, y mi padre jamás hubiese aceptado permanecer en un tiempo que no fuera el suyo. Su fortuna en el extranjero estaba a punto de evaporarse, y no alcanzo a imaginarlo sin sus viajes anuales a Europa, su camarote, sus hoteles, restaurantes y mujeres de primera clase. En la política, la urbanidad daría paso a la ostentación y el derroche, y tampoco veo a mi padre pidiendo votos en una plaza pública, subido a un estrado, estrechando la mano del populacho, sonriendo a la cámara con la ropa manchada de grasa. Ni siquiera Le Creusot gozaba ya del prestigio de los primeros años, cuando se instaló aquí la misión militar francesa. Ahora sufríamos ataques frecuentes de la prensa, y encima teníamos que aguantar a Dubosc, resoplando y diciendo *merde alors* en cada frase que le traducía. Hasta *O Paiz* se burlaba de nosotros en sus editoriales, las viñetas humorísticas ridiculizaban nuestras piezas de artillería, presentadas como despojos de la Primera Guerra Mundial. Y cada día que pasaba perdíamos más terreno ante la competencia, que no vacilaba en seducir a ciertos periodistas con los que hasta hacía poco intercambiábamos favores. Todo ello acababa contaminando el ambiente en el despacho, la secretaria me sopló que Dubosc llegó a pedirle una relación de mis interlocutores telefónicos. Sin duda temía que me cambiara de chaqueta, quizá incluso vendiendo información confidencial. Dubosc no me conocía, tenía derecho a dudar de mi integridad. Y lo contrario también era cierto, ni siquiera sé quién era su padre, ignoro el linaje de los Dubosc. Pero mientras la Compañía era para mí poco menos que un legado paterno, nada lo retenía a él, salvo vínculos mercantiles, y no habría dudado en aceptar ofertas más ventajosas. De hecho, si antes iba a la playa de forma esporádica, o salía a cazar capibaras algún que otro día laborable, ahora se escabullía misteriosamente todo el santo día. Sólo podía estar conchabado con nuestros rivales. Y un viernes que se marchó del trabajo antes del mediodía,

deseándonos un buen fin de semana, perdí la paciencia, le dije a mi secretaria que se tomara el resto del día libre y también di por terminada mi jornada. Luego me arrepentí de aquel arrebato, entre otras cosas porque no tenía qué hacer con mi tarde libre. Me tomé un café en una pastelería, encendí un puro para observar a los transeúntes, incluso vi pasar a dos antiguas compañeras de pupitre de Matilde a las que conocía de vista. Me pareció que también ellas me habían visto e hice ademán de levantarme, pero apretaron el paso y se metieron en una galería. Deambulé un poco más por la avenida Central antes de coger el coche, y todavía me detuve en una floristería de camino a casa. No sé si Matilde habría bajado al salón, en caso de que yo hubiese invitado a sus amigas a casa. Pero lo dudo, ya no contestaba cuando llamaba a su puerta. Es posible que llegase a desairar incluso a la mujer del médico, que nunca más vino a bañarse con ella en el mar. Matilde vivía cada vez más recluida en aquella habitación lateral del chalet, que en realidad era un trastero con bártulos varios y un viejo diván, donde tal vez se pasara horas tumbada, catatónica. No tenía horarios para comer, ella misma se calentaba su plato y comía en la cocina sin hablar con nadie. Al principio de la crisis todavía miraba a la niña, pero luego ni eso, creo que le dolió sorprender a Eulalinha prendida del pecho de la nodriza. Cuando la leche se corta así de golpe, decía ésta, es que la madre ha perdido a un ser querido o ha sufrido un gran desengaño amoroso. Cuando se refería al ser querido miraba hacia arriba, y lo del desengaño amoroso lo decía mirándome a mí, como si yo fuera un mal esposo. Precisamente yo, que echaba tanto de menos a Matilde como mi hija, y ni siquiera tenía otros pechos en los que buscar consuelo. Hacía de todo para traerla de vuelta a la vida, ahora mismo acabo de comprarle un ramo de calas con la esperanza de alegrar la sala de estar. A Matilde le encantaban las hojas de las calas, tan rojas, le recordaban corazones de materia plástica. Recorrí la casa en busca de un jarrón para las flores, no tenía quien me ayudara. En la cocina había cazuelas frías de arroz y alubias, era evidente que la cocinera se había ido a pelar la pava a la tienda de comestibles, y la niñera estaría en los columpios con Eulalinha en la plaza. Encontré el jarrón entre telarañas en la despensa, los muebles estaban cubiertos de polvo, toda la casa pedía a gritos el cuidado de su ama. Y mientras colocaba las calas en el salón me sorprendió oír a Matilde llorando bajito. Desahogarse de vez en cuando podía sentarle bien. Ya subía para ofrecerle mi apoyo cuando, a media escalera, me detuve para reparar mejor en sus gemidos. No me rebajaré hasta el punto de divulgar aquí las intimidades de Matilde, me limitaré a decir que cada mujer tiene una voz secreta, con su melodía característica, que sólo conoce quien se la lleva a la cama. Fue ésa la voz que oí entonces, o creí oír. Hacía semanas que no me acostaba con Matilde, y me llené de regocijo al imaginar que en aquel momento ella se acariciaba pensando en mí, del mismo modo que yo la deseaba en pensamientos toda la noche en mi habitación. Llegué a lo alto de la escalera con pasos ligeros, de ningún modo interrumpiría a Matilde, quería acecharla hasta el final. Pero hete aquí que, de pronto, me subió a la cabeza una pasión violenta, sentí que toda mi piel se tensaba. En un

instante, me asaltó la idea de que había un hombre con Matilde, y no tardé en oír jadeos masculinos mezclados con sus gemidos. Mis ojos parecían haberse llenado de sangre, las tablillas del parquet parecían huellas de un hombre grande, unos pies sucios de arena que avanzaban hacia Matilde. Veía huellas por todo el suelo, antiguas y recientes, derechas e izquierdas, yendo y viniendo, también de lado, era un rompecabezas de huellas yuxtapuestas. Pensé que me abalanzaría profiriendo gritos, que echaría a patadas al canalla y abofetearía a mi mujer hasta desfigurarle el rostro. Pero no, enseguida me vi siguiendo a hurtadillas los lánguidos lamentos de Matilde, ahora necesitaba espiarla con más ansiedad incluso que antes. Dejé atrás las habitaciones vacías, oía sollozos y agua corriendo en el cuarto de baño. Sorprenderla traicionándome en nuestro propio lecho, no sé por qué, me suponía una humillación menor que verla entregándose de pie a un hombre empapado. Llegué sin aliento a la puerta entornada del cuarto de baño, y lo que vi fue a Matilde apoyada en el lavamanos, como si vomitara. Por un segundo se me ocurrió que podía estar embarazada, luego vi su hombro derecho desnudo, se había bajado un lado del vestido. Corrí a abrazarla, avergonzado de mis malos pensamientos, pero ella se compuso el vestido bruscamente y me esquivó, dejando el grifo abierto. Y vi gotas de leche en los bordes del lavabo, el aire olía a leche, el vestido de tu madre estaba manchado de leche, ¿nunca te lo he contado? Pues no me hagas caso, no todo lo que digo es verdadero, ya sabes que a veces se me va la cabeza. De buen grado volveré a hablarte exclusivamente de los buenos momentos que viví con Matilde, y por favor corrígeme si me equivoco en esto o lo otro. A los viejos nos da por repetir anécdotas antiguas, pero nunca con la misma precisión, porque cada recuerdo es ya un remedo del recuerdo anterior. Un día comprendí que empezaba a olvidar la propia fisonomía de Matilde, y fue como si volviera a abandonarme. Era una agonía, cuanto más tiraba de la memoria, más se desdibujaba su imagen. No me quedaban de ella más que colores, algún que otro destello, un recuerdo fluido, mi pensamiento en Matilde tenía formas vagas, era pensar en un país y no en una ciudad. Era pensar en el tono de su piel, intentar aplicarlo a otras mujeres, pero con el tiempo también he ido olvidando mis deseos, me he cansado de las revistas ilustradas, he perdido la noción del cuerpo femenino. Ya no recibía a tu madre en sueños, ya no rodaba mientras dormía para despertarme en el lado derecho de la cama, donde el colchón permaneció cóncavo tras su partida. Y cuando nos mudamos a las afueras, pude compartir contigo mi cama de matrimonio sin arriesgarme a llamar a Matilde, Matilde, Matilde, o pronunciar palabras inconvenientes a media noche. Incluso viviendo en una casa de una sola estancia, en un barrio de gente corriente, en la calle más ruidosa de una ciudad dormitorio, incluso viviendo en las condiciones de un intocable, en ningún momento perdí la compostura. Usaba pijamas sedosos con el monograma de mi padre y no olvidaba el batín de terciopelo para salir al porche que daba al patio, donde me aseaba en un lavabo con paredes de mortero y suelo de cemento. Mis baños eran trabajosos, pues a modo de ducha había un tubo caprichoso, que tan pronto dejaba caer el agua

con cuentagotas como la soltaba a chorro sobre la letrina. Y en tales circunstancias tuve precisamente una tardía y quizá última visión de Matilde, a modo de la fugaz mejoría que precede a la muerte. Debajo de un hilillo de agua, me transportaba a nuestro baño del chalet, soñaba con su copiosa ducha. Delante de una pared sin enyesar, soñaba con azulejos decorados con caballitos de mar, con los sanitarios ingleses de nuestro antiguo baño, cuando sin esfuerzo alguno recordé a Matilde de la cabeza a los pies. Se me apareció con su cuerpo de diecisiete años bajo el chorro de agua caliente, alisándose el pelo hacia atrás y cerrando los ojos con fuerza para que no le entrara jabón. La recordé envuelta en vapor, abriendo los ojos negros para mí, recordé su sonrisa dibujada en los labios, su modo de encogerse de hombros y llamarme con el dedo índice, y llegué a creer que me llamaba hacia el otro mundo. Recordé el movimiento de su cuerpo al apoyarse contra los caballitos de mar de la pared, el sutil balanceo de sus caderas, y de pronto me sentí dotado de una fuerza que hacía años que no tenía. Me miré asombrado, en mi cuerpo de anciano había un deseo de Matilde similar al de nuestro primer encuentro, creo que nunca te he contado cómo la conocí en la misa de papá. Estando allí a mi lado, habrás notado mi desasosiego, no dudo incluso de que posaras los ojos por un momento en mi entrepierna y los apartaras de inmediato, incrédula. Y pese a estar rodeada por una multitud, pues hasta el vicepresidente de la República había ido a darte el pésame, por fuerza tuviste que prestar atención a tu futura nuera. Era la más morenita de la cola, y vestida de congregante mariana estaba de lo más provocativa, casi obscena, encerrada en aquel hábito. Porque con sus ojos nada más, aquellos ojos medio árabes, Matilde insinuaba hasta el último movimiento de su cuerpo, el sutil balanceo de sus caderas, y tuve que salir corriendo hacia casa, necesitaba una ducha fresca. Y bajo la ducha observé mi cuerpo agitado, pero ahora mismo me falla la cabeza, ya no sé de qué baño estoy hablando. Son tantos mis recuerdos, y los recuerdos de recuerdos de recuerdos, que ya no sé en qué estrato de la memoria estaba ahora mismo. No sé si era muy joven o muy mayor, sólo sé que me miraba casi con temor, sin comprender la intensidad de aquel deseo mío. Y tuve la absurda sensación de que, en mi mano, sostenía el rabo tieso de mi padre, pero qué triste que lo dejen a uno así, hablándoles a las paredes, ardiendo de paperas. Te has olvidado de mi beso, no me has bajado la fiebre, te has ido sin cantarme una nana.

No os lo vais a creer, nadie me da la edad que tengo, pero esa ancianita de ahí no es mi madre, sino mi hija. Ha venido a cerciorarse de que estoy bien de salud, para tramitar mi traslado sin más dilación. Cuando mañana mi cama aparezca vacía, muchos de los que aquí están se santiguarán, pensando lo peor. Pero no sufráis por mí, pues estaré comiendo uvas en Copacabana, en un salón con vistas a la playa. Seguramente en una silla de ruedas, pero de las motorizadas, para poder salir a dar un paseo por mi cuenta siempre que me dé la gana. Me resistía un poco a la idea de vivir en un edificio de apartamentos, me parecía promiscuo. Pero al final me he rendido a sus comodidades, y no dudéis en venir a verme un día de éstos, os dejaré mi tarjeta de visita. El edificio tiene su encanto, con un vestíbulo de estilo *art déco*, vecinos discretos, porteros aseados. Se trata, en definitiva, de un ambiente selecto, y era de esperar que me causara cierta aprensión meterme en el ascensor junto a un grandullón con cara de norteño, nariz chata, piel gruesa. Le señalé el ascensor del servicio, pero me dio la espalda y apretó el botón de mi octava planta. Maria Eulália, allá arriba, se rió con ganas del incidente, según ella yo era la única persona de Río de Janeiro que no conocía a Xerxes. Hasta mi nieto tenía un cromó del veterano medio centro del Fluminense Football Club, y al decir esto acabo de recordar que ya no vivo en Copacabana desde hace mucho tiempo. A fin de concederle más intimidad a mi hija, cambiamos el piso por dos apartamentos más pequeños en Tijuca, con ventanas que dan al estadio de Maracaná. Más cerca del trabajo, dijo Xerxes, que en realidad llevaba un tiempo apartado del fútbol debido a una lesión en la rodilla. Lo cierto es que me pareció un poco sobrado de peso, tenía el rostro hinchado, pero aseguraba que se moría de ganas de volver a los entrenamientos. Se consideraba víctima de una injusticia, aseguraba que en 1950 Brasil habría ganado la Copa del Mundo si el técnico de la selección no hubiese puesto a un inútil en su lugar. En 1954 tuvo problemas disciplinarios, pero para la Copa del 58 estaba seguro de que lo convocarían, le prometió a mi nieto que traería un trofeo de Suecia. Mientras tanto, salía con mi hija cada noche, ella con los labios pintados de rojo y él siempre de punta en blanco, todas las semanas Maria Eulália le compraba una corbata, unos mocasines, un traje de gabardina. Y para mí era una novedad salir a tomar la fresca por las calles de la Zona Norte, a veces alargaba mis caminatas hasta el centro de la ciudad. También paseaba por la Quinta da Boa Vista, aunque me apenara la decadencia del antiguo Palacio Imperial, que mi abuelo tanto había frecuentado en los

tiempos de don Pedro II. Al anochecer, volvía por calles mal alumbradas, donde no corría el peligro de toparme con ningún conocido. En Copacabana ya me torcían el gesto por dar cobijo a un futbolista mulato, y además me llegaban repetidas quejas de la comunidad de vecinos por los griteríos nocturnos en mi piso. Porque Xerxes, cuando bebía, solía pegarle a mi hija, pero en los barrios más populares las escenas de este tipo son el pan nuestro de cada día, no escandalizan a nadie. En esas noches turbulentas, Eulálio se venía a dormir conmigo, y la verdad es que ya había dispuesto la otra habitación para él, pues era demasiado mayor para dormir en mi cama. No alcancé a prever que Maria Eulália también acabaría uniéndose a nosotros, después de que Xerxes estuviera a punto de rajarle la garganta con una navaja. Aquel macarra siguió viviendo puerta con puerta con nosotros, invitaba a sus amigos a noches de aguardiente, boleros y mamporros en el piso de Maria Eulália. Y cuando vio llegar al agente judicial con la orden de desahucio, reaccionó a tiros. Sólo consintió en entregar las llaves a cambio de la mitad del valor del inmueble, que mi hija vendió para tapan un agujero en su cuenta corriente. Estos sucesos, por dolorosos que resultaran, sirvieron para unir a la familia, saltaba a la vista que Eulálio estaba muy a gusto con su madre allí quietecita, en una cama junto a la suya. Y ella, como es natural, se iba encariñando cada vez más con el chico, sólo de sentir su presencia noche tras noche, absorbo en la lectura a la luz de la linterna sobre la mesilla. Pero no lo interrumpía con monsergas maternas, no lo importunaba con besos y achuchones, ni con miradas aprensivas, tengo la impresión de que Maria Eulália quería a su hijo con el olfato. Y perdió el juicio cuando éste desapareció de la faz de la Tierra. Eulálio se cambió de nombre, dicen que era un temerario, partió decidido a medirse con las Fuerzas Armadas. Maria Eulália no volvió a dormir bien, salía todas las mañanas en busca de malas noticias y sólo volvía entrada la noche con rumores terroríficos. Una vez, a las tantas de la madrugada, oí un alboroto al otro lado de la puerta y a punto estuve de llamar a la policía, creyendo que Xerxes había vuelto, con nostalgia de pegar a mi hija. Pero era la policía, veinte agentes que irrumpieron en el piso, lo revolviaron todo, zarandearon a Maria Eulália y me dijeron todo tipo de groserías. Y la pobre, que ya no ganaba para sustos, se quedó de una pieza el día que el teléfono sonó para mí, nadie me llamaba jamás. Un tal coronel Althier preguntaba si yo era realmente yo, Assumpção; me trataba con cierta camaradería. ¿Coronel Adieu?, pregunté, la línea estaba fatal, plagada de interferencias. ¡Althier!, ¡coronel Althier!, dijo el hombre, que quería confirmar mi parentesco con un individuo llamado Eulálio d'Assumpção Palumba. Es mi nieto, le dije, es mi único nieto, y el coronel me felicitó, tenía una buena nueva. Buena nueva, repetí, y Maria Eulália empezó a temblar de la cabeza a los pies, pues resucitaba la esperanza de volver a ver a su Eulálio. Entretanto, el coronel me daba la enhorabuena por el hijo de Eulálio, que acababa de nacer en el hospital militar, cincuenta centímetros, tres kilos y medio. El bebé se confiaría a los familiares más cercanos, toda vez que, por desgracia, la madre, conocida tan sólo por nombres ficticios, había fallecido durante el parto. Para mí, el

nacimiento de aquel niño era sin duda una noticia auspiciosa, por más que un bisnieto siempre nos parezca un ser familiar y al tiempo tan extraño, como el río de nuestra ciudad varias leguas más allá. Pero Maria Eulália era la abuela, y todos sabemos cómo son las abuelas, parecen madres aleladas. Pues Maria Eulália no era así. Quizá porque la noticia la pilló a contrapié, la tomó como una desfachatez, aquel niño era para ella un ardid. En su cabeza, le entregaban un niño a modo de trueque, como un soborno para reparar la desaparición del otro. Maria Eulália no quería ni acompañarme al hospital, si por ella fuera, el bebé se habría quedado allí. Pero yo le hice ver que podríamos llegar hasta Eulálio con la mediación de aquel coronel gentil, hasta entonces seguro que las autoridades no tenían ni idea de que se estaban metiendo con una familia tan importante. Una vez confirmadas las sospechas de que el chico estaba detenido en algún sótano, quizá sufriendo penalidades, era evidente que pronto lo liberarían. También nos comunicarían cualquier accidente que le hubiese ocurrido, como se temía, pero así, a bote pronto, el coronel no disponía de informaciones precisas. Quedó en llamarnos, sin convencer a Maria Eulália, que pasó la cuna del nieto a mi habitación y ni siquiera se dignaba alimentarlo. Me tocaba a mí mezclar la leche en polvo del biberón, que le provocaba cólicos, diarrea, el bebé se deshidratava, me gasté un dineral en el pediatra. Pero nada conmovía a su abuela, ni siquiera el parecido del niño con su padre, ni siquiera la idéntica nariz tosca de los Palumba, que para ella no era más que otro engaño. Pensé que se alegraría al saber que había registrado al niño como Eulálio d'Assumpção Palumba Júnior, en homenaje a su padre. Pero sólo se refería a su nieto como el niño este: qué pesado está el niño este, el niño este no para de dar por culo, mi hija perdió buena parte de sus modales cuando empezó a juntarse con gente de mala sangre. Un día llegó a casa en compañía de una mujer con sandalias, pelo canoso y desgredado. Entraron las dos en mi habitación sin pedirme permiso, abrieron el armario, sacaron de las perchas los vestidos de Matilde, uno a uno. De puta madre, decía la vieja, de puta madre, y por la voz reconocí a la amiga de mi hija, una pintora que ahora se dedicaba al teatro. Tenía intención de montar una pieza libertaria, pero ambientada en los años veinte a fin de burlar la censura entonces vigente, y se le ocurrió que aquellos vestidos podían irle de maravilla. Pero hasta ahí podíamos llegar. Le dije a la pintora que se fuera con viento fresco y me mostré inflexible con Maria Eulália, exponer los trajes de mi mujer en el escenario de un teatro hubiese sido mancillar su recuerdo. Maria Eulália se empecinó, sostenía que el patrimonio de su madre era tan suyo como mío. Y guardar en casa los vestidos de una esquizofrénica sólo sirve para atraer desgracias, añadió. Es lo de siempre, oír campanas y no saber dónde. Alguien le fue a Maria Eulália con el cuento de que su madre había pasado sus últimos días en un manicomio. Entonces le cogí las manos, la miré a los ojos y le revelé que, tras abandonarnos, Matilde se recluyó en secreto en un sanatorio del interior del estado, donde más tarde moriría de tuberculosis. Había ingresado bajo una identidad falsa para evitar que a ella, Maria Eulália, algún inspector sanitario la encerrara en un preventorio infantil, donde por

entonces aislaban a los hijos de los típicos. Por cierto, podríamos ir a visitar su tumba en el cementerio de São João Batista, pero Maria Eulália estaba a punto de marcharse a su primer ensayo, se le había metido en la cabeza que quería ser actriz. Y la pintora ya subía para ayudarla a cargar los vestidos de Matilde, llevándose de paso el retrato de mi abuelo, por considerar que le daría un toque burlesco a la escenografía. Maria Eulália comenzó a dedicar días enteros a los ensayos teatrales, por la noche se encerraba con la pintora en su habitación para repasar los diálogos. Si tenía o no alguna dote artística no sabría decirlo, y es evidente que jamás se ha oído hablar de ningún Assumpção en el mundo del espectáculo. Pero, en fin, me alegré por ella, ya era hora de que mi hija saliera un poco de su luto, no podía seguir sin ocupación ni metas en la vida a sus cuarenta y tantos años. Impostaba la voz y hacía gargarismos, y se puso nerviosísima cuando la pintora decidió estrenar el espectáculo en Chile, donde el público estaba más politizado. En Santiago se celebraba un festival de teatro de protesta, y Maria Eulália empeñó los ahorros que le quedaban para financiar los pasajes de la *troupe*. Pero en el último momento ocupó su lugar una actriz profesional, y ésa fue su gran suerte, porque al cabo de nada se armó la marimorena en aquel país. Y al saber que varios políticos, proletarios, estudiantes y hasta artistas de teatro habían sido encarcelados, temí por los vestidos de Matilde, presentí que nunca los volvería a ver. Desgracias, rezongaba Maria Eulália, los vestidos de la loca atraen desgracias. Mi hija se acostumbró a hablar sola en los tiempos en que memorizaba sus monólogos teatrales. Y su nieto siempre pensaba que le hablaba a él, y le balbuceaba a modo de respuesta, y la seguía allá adonde fuera. El pequeño hacía de todo para llamar su atención, pero ella no se dejó impresionar ni siquiera cuando empezó a ennegrecer. De la noche a la mañana, su pelo se encrespó, la nariz de patata se volvió más ancha aún, y cuanto más oscurecía su piel, más me turbaba la sensación de haber visto aquella cara en algún sitio. Era curioso porque, dejando a un lado al negro Balbino y a algún que otro criado, apenas había negros entre mis conocidos, y nunca había llegado a ver a la madre del niño, la de los nombres ficticios. Y el tono de piel del niño provenía de ella, lógicamente, no podía esperar de un nieto comunista que se juntara con una chica de buena cuna. Vamos, vamos, papá, dijo Maria Eulália, está claro que el niño este ha salido a mi madre mulata. No sé quién abastecía a mi hija de tantas maledicencias, Matilde tenía la piel de color canela, pero nunca había sido mulata. A lo sumo tendría ascendencia morisca, por vía de sus antepasados ibéricos, quizá algo de lejana sangre indígena. De Matilde, el niño sólo había heredado el gusto por la música vulgar, oír la radio del vecino y empezar a contonearse era todo uno. Era un niño listo, le conseguí una beca en mi antiguo colegio de curas. Sin embargo, el día que lo llevé a matricularse, un murmullo recorrió la secretaría, y un cura algo afeminado vino a disculparse, no quedaba ni una plaza libre para Eulalinho. Lo matriculé en una escuela pública, donde tendría que convivir con gente de otros estratos sociales, pero me empeñé en que no perdiera de vista sus raíces. Le enseñaba las fotos del escritorio, su tatarabuelo con los reyes de

Bélgica, el padre de éste caminando marcha atrás en Londres, pero él no quería saber nada de antiguallas. Me acompañaba a las librerías de lance por complacerme, pero se quedaba esperándome fuera con las manos en los bolsillos. Ni siquiera le había empezado a despuntar el bigote cuando noté que se dedicaba a espiar a las mujeres en la avenida. Y se me puso piel de gallina porque de pronto, en un gesto casual, encarnó a mi padre. Miraba a las mujeres tal como hacía él, no de un modo disimulado ni lascivo, ni mucho menos suplicante, sino con ademán solícito, como quien atiende a una llamada. Por eso caía en gracia a las mujeres, y, andando el tiempo, empezaron a buscarlo en casa; fue de tanto dormir en el diván de la sala que Maria Eulália se quedó gibosa. Al son de sambas, rumbas y rock and roll, Eulálio se entretenía en la habitación con dependientas del barrio, cajeras de supermercado, hasta estuvo saliendo con una oriental, camarera en un *sushi bar*. También se traía a casa colegialas; un día lo vi entrar con una chica muy blanquita, perfumada, que caminaba con cierta gracia. Aquella vez pegué la oreja a un vaso contra mi pared, sentía curiosidad por oír sus gemidos, quería saber qué melodía tenían. Por debajo de una batucada distinguí su cantinela triste, aguda, que de pronto dio paso a gritos guturales, ¡fóllame, negrazo!, ¡encúlame, negrazo!, y yo no me tengo por un hombre melindroso, ni mucho menos. Pero tan pronto me crucé con ella, me vi obligado a decirle: el negrazo es descendiente de don Eulálio Penalva d'Assumpção, consejero del marqués de Pombal. Luego me censuré a mí mismo por la intromisión, entre otras cosas porque, si tuviera que juzgar a las mujeres por lo que dicen en la cama, Matilde tampoco era ninguna santa. Y no todos los días se presentaban en mi casa jovencitas a la altura de mi bisnieto. La muchacha vivía en la playa de Copacabana con la abuela, que no tardó en manifestar su deseo de invitarme a tomar el té. Y apenas pude dar crédito a mis ojos cuando leí en la tarjeta de visita, bajo el nombre de Anna R. S. V. P. de Albuquerque, las viejas señas de mi chalet. Desde la ventana de mi edificio vecino había asistido a la demolición del chalet, vi con pudor mi habitación de matrimonio destejada, vi desmoronarse nuestro techo, nuestras paredes reducidas a polvo y los cimientos rotos a golpe de pico. En su lugar, levantaron un edificio modernista, y me pareció un detalle por parte del arquitecto la construcción sobre pilotes, pues de lo contrario mis recuerdos habrían quedado enterrados para siempre. Mientras viví allí al lado, solía pasear por el pasaje abierto del edificio, saludaba a los conserjes, a veces les recomendaba que barrieran las hojas o cepillaran las columnas. Pero ahora había rejas en la acera, interfono y un portero petulante me preguntó quién buscaba a madame Albuquerque. Cuando pasé delante de él, el cabeza-chata^[6] me miró de arriba abajo, puede que nunca hubiese visto a un señor con chaleco y chaqueta de *tweed*. Y, cuando la tuve frente a mí, algún prodigio debió de obrarse para que lograra reconocer, a través de una cascada de arrugas, las facciones de Anna Regina, la hermana pequeña de Matilde. Le pregunté por la salud de sus padres, fallecidos hacía más de treinta años, y me abstuve de mencionar a sus hermanas mayores. Me limité a señalarle que su sillón, en diagonal respecto a la ventana, estaba en la mismísima

posición de la mecedora en que Matilde se balanceaba con su hija, sólo que once pisos más arriba. Pero mi cuñada no estaba para charlas, y mientras una criada servía el té, me ordenó en francés que apartara a Eulálio de su nieta. Me preguntó si prefería azúcar o edulcorante, y dijo que sería superfino explicarme por qué. Cuando llegué a casa, advertí a Eulálio de los riesgos de una unión consanguínea, aunque la muchacha fuera una prima en grado lejano. Pero él no entendía de qué le estaba hablando, el matrimonio nunca se le había pasado por la cabeza. Y ya estaba liado con otras, desde muchachas semivirgenes hasta mujeres que entraban en casa volviendo el rostro, quizá comprometidas. Hasta que una noche cogí el teléfono al primer timbrazo, seguía esperando la llamada del coronel Althier. Pero un comisario de policía me preguntó si allí vivía Eulálio d'Assumpção Palumba Júnior. Corrí hasta el motel Tenderly, donde mi bisnieto yacía desnudo de bruces sobre una alfombra de olor nauseabundo. Según el comisario, los empleados del motel sospecharon un secuestro cuando vieron llegar a una cuarentona de buen ver en un coche de lujo y, en el asiento del acompañante, un joven de aspecto humilde. Dudaban si llamar o no a la policía cuando oyeron seis disparos, y no tuvieron tiempo de anotar la matrícula del coche, que arrancó a toda velocidad. Se apresuraron a socorrer a la señora, y cuál no sería su sorpresa al toparse con el cuerpo del presunto delincuente. Pero el comisario no tenía por qué sujetarme el brazo, no iba a tocar al muchacho, sólo quería limpiar con mi pañuelo la sangre de sus carnosos labios. Al pie de la cama estaba su ropa, que los peritos ya habían revisado en busca de drogas, sin haber recogido más que calderilla, unas llaves, una agenda de teléfonos y el carnet de identidad. Maria Eulália prefirió no acompañarme al cementerio de São João Batista. Los sepultureros estaban de mal humor, y cuando el ataúd cayó pesadamente en el fondo de la fosa, creí oír en aquel golpe sordo el final del linaje Assumpção. Por mí ya estaba bien, ya era suficiente.

Pero te has perdido lances fundamentales de mi vida. Negligente como eres, cuando compiles mis memorias quedará todo deshilvanado, sin pies ni cabeza. Parecerá cosa de locos si te cuento que irrumpí en el Palace Hotel de madrugada, aporreé la puerta del francés y con voz alterada grité: ¡policía! El muy canalla vino a abrirme sin camisa, sudado, castañeteando los dientes, como si sufriera una crisis de malaria. Y en el fondo de la habitación, bañada por la luz roja de una lámpara de mesa, vi a mi mujer tumbada y con las piernas cruzadas, su vestido naranja echado sobre una silla. Vi a Matilde con las mejillas sonrosadas en la cama de Dubosc, desnuda, estática, tan exactamente como la había imaginado que tal vez la estuviese imaginando aún. Porque debí de llegar al hotel con una idea fija, y entré en la habitación de un modo tan precipitado que no tuve tiempo de amoldarla a la realidad. En realidad era azulada, la luz de la lámpara, y en el respaldo de la silla había una camisa marrón. Pero sólo podía ser de Matilde aquella silueta de mujer toda encogida en un rincón de la cama, cubriéndose el cuerpo con la sábana, tapándose tontamente la mitad de la cara con ella. Mujerzuela, pensé, puta, zorra, pero lo pensé sin demasiada fuerza, me resultaba difícil insultar a mi mujer sin herirme más aún a mí mismo. Mi único consuelo consistía en pensar que Matilde no era más que una niña, que ahora estiraba la sábana para ocultar los ojos, dejando a la vista sus pies menudos. Una niña de Copacabana que ni siquiera había visto un transatlántico de cerca, y encima yo, cretino de mí, la instigaba señalando el océano: ¡allá va el *Arlanza!*, ¡el *Cap Polonio!*, ¡el *Lutétia!* Y a primera hora de la mañana siguiente pretendía embarcar en el *Lutétia* del brazo del francés, que a sus ojos era un caballero notable, un ciudadano del mundo. Casi podía verla, embobada por viajar en camarote matrimonial, en la condición adulterada de madame Dubosc, con asiento permanente a la mesa del capitán. Su amante la exhibiría por los salones de París, tal como siglos atrás unos indios tupinambás en la corte francesa, seduciría a la metrópolis con su maxixe, su francés esdrújulo y su belleza mestiza. Y venga *bateaux-mouches*, torre Eiffel, Mona Lisa, unos copos de nieve, en poco tiempo creería haberlo visto prácticamente todo en la vida. Entonces el invierno se alargaría, los días se harían cortos, y Matilde, espíritu simple, en los Jardines de Luxemburgo se dedicaría a soñar con el parque infantil de Copacabana. En vez de disfrutar de un teatro o de un café-concert, se recogería cada noche preocupada por su hija, que a la hora de Río estaría con la niñera en la playa, o yendo en charrete por la plaza, o

mamando de los pechos de la nodriza. Y entonces, instintivamente, su leche se haría aún más abundante, y más doloroso le resultaría extraerla de los pezones, agrietados por el frío. Y al verter la leche en el lavamanos, Matilde ya podría deshacerse en lágrimas, que dudo que el francés moviera un solo dedo para consolarla. Pasado el arrebato de los primeros días, Dubosc se revelaría sin duda un amante avaro, de los que regulan las caricias y la calefacción, y que incluso en la cama la trataría de usted. Pero para él tampoco sería fácil convivir con una mujer que silbaba para llamar a los camareros, se colaba en el metro y se empeñaba en bañarse cada día. Elegido por la Compañía para una nueva misión en algún país de idioma complejo y costumbres extrañas, de mujeres enigmáticas, Dubosc comprendería que había llegado el momento de repatriar a la brasileña. Y a Matilde no le importaría volver en tercera clase de su aventura inofensiva, confiando en el pronto perdón de su marido. Nada más llegar pondría orden en la casa, encabezaría una limpieza general, reprimiría los chismorreos en la cocina y despacharía a la nodriza. Eulalinda no le haría ascos a su pecho, glotona como era, mamaría como si su madre simplemente hubiese vuelto a cambiar de olor. Y mientras le diera el pecho, Matilde se reiría al imaginarme con nostalgia de pasar la lengua por sus pezones húmedos. Pero confieso que aborrecí la leche desde que la vi salpicando los bordes del lavamanos, sus vestigios amarillentos cuajando sobre la porcelana blanca, su olor agriándose. Cavilé un rato sobre aquel misterio, y cuando fui a pedirle explicaciones a Matilde, no la encontré en su habitación. Quise creer que había salido corriendo detrás de su hija para apurar aquella toma inesperada, Matilde era muy capaz de dar el pecho en mitad de la plaza. Pero no estaba en la plaza ni en ningún otro sitio, y me adentré en la noche a solas con mis elucubraciones. Porque Matilde nunca había sido de salir sola por la noche, y dentro de poco la niña se despertaría con hambre. Y para mí era inconcebible que su madre le escatimara la leche sobrante, que la tirara por el lavamanos. Ni siquiera sé dónde cabía tanta leche, sus pechos no eran tan grandes. Pero aun estando cubiertos, bastaba un vistazo para adivinar su vigor, bien que lo sabía Dubosc. En la playa no apartaba los ojos del busto de mi mujer, ni se privaba de seguirla siempre que entraba en casa con la niña. Una urgencia urinaria, reponer la copa, cualquier pretexto le servía para contemplar los redondos senos de Matilde, que amamantaba sin ceremonias en medio del salón. Apuesto a que todo empezó así, Dubosc embelesado con la sorprendente blancura de los senos de Matilde, brotando de un cuello tan moreno. Luego vendrían sus visitas al chalet a mis espaldas, cuando la abordaría con alabanzas y osadías. No le daría tregua, consideraría una pataleta infantil el hecho de que le ocultara el par de joyas que ya había apreciado en otras circunstancias. Para poner fin a su empecinamiento, supongo que un día Matilde habría accedido al fin a abrirse la blusa en un rincón del salón. Y ya está, tampoco le costó tanto satisfacer a aquel francés desvergonzado, con edad para ser su padre, que por unos segundos contempló en exclusiva sus senos inmaculados, redondos y lozanos. Matilde se enorgullecía de ellos, y no vería mayor inconveniente en enseñárselos alguna que otra

vez más, ni habría podido evitar que ocasionalmente él se los rozara, para confirmar su consistencia. Y cuando quiso darse cuenta, el corazón le palpitaba de miedo, apretada contra la pared debajo de la escalera mientras notaba sus besos alrededor de los senos, intentando preservar la honra de sus pezones erectos. Pero una vez los cedió, ya no tuvo modo de rechazar las invitaciones a visitas íntimas en el Palace Hotel. Dubosc había estado en Oriente, había frecuentado burdeles en Birmania y Siam, sin duda acariciaba sus senos con artes que yo ignoraba. Así envició a mi mujer, que ya no necesitaba invitaciones para escapar de casa precipitadamente, en busca de más y más citas vespertinas. Y es posible que al volver se sintiera indigna de su hija, no iba a darle un pecho todo lamido. O quizá estuviera ya preñada del francés y reservara desde entonces el pecho para los labios de su hijo. Y aquellos vestidos tenebrosos que mi madre le había regalado, que le cubrían los brazos y le llegaban hasta las pantorrillas, los usaba en casa para mantenerse inmaculada de mí, puesto que ahora debía fidelidad a un amante posesivo. Y el personal del hotel ni siquiera osó detenerme, era evidente que hubiese arrollado a cualquiera que lo intentara. Tal era mi ímpetu al llegar que hubiese derribado la puerta del francés de una patada. Hasta la puerta de la caja fuerte hubiese derribado, igual que un alcohólico es capaz de abrir una botella con los dientes, igual que un alcohólico desea el alcohol con rabia, así había llegado yo. Aporreé la puerta, grité que era de la policía y el bellaco me recibió tembloroso. Aparté su corpachón con una sola mano. Vi a Matilde al fondo de la habitación, tapándose la cabeza con la sábana, como si yo no conociera la planta percutida de sus pies playeros. Como si no supiera de la partida del *Lutétia* en la mañana de aquel sábado, y de sus planes para embarcar del brazo del francés, un caballero notable, un ciudadano del mundo. Entonces avancé hacia mi mujer, decidido a arrastrarla por los pelos de vuelta a casa, desnuda como estaba, para humillarla delante de los porteros del hotel y los borrachos de la avenida. Arranqué de un manotazo la sábana con que se cubría y me topé con la mujer del médico. Estaba seguro de que desenmascararía a Matilde, pero con repulsa observé las carnes blandas de la mujer del médico. Ella se llevó las manos a la cara, lloriqueando, y el francés me llamó salvaje, psicópata y *détraqué*. Estuve a punto de darle una respuesta desabrida, pero ni eso se merecía, era un hombre que no podía medirse conmigo. Un fanfarrón, un canalla, un hombre al que Matilde jamás se entregaría. Un individuo que abusaba de una mujer de pechos marchitos por el placer de herir a su mejor amigo. Matilde tenía que saberlo, la despertaría para contarle lo que había presenciado, pero a mi regreso aún no estaba en casa. Por tanto me recosté en el sofá, cerré los ojos y permanecí escuchando el mar, como hacía todas las noches hasta quedarme dormido. Como hicimos Matilde y yo al alba de nuestra primera noche, yo nunca había dormido delante de la playa. Y a partir de entonces relacioné una cosa con la otra, la respiración de Matilde llamaba a las olas, que le contestaban lamiendo la orilla. Pasar una noche sin Matilde me parecía tan improbable como que el oleaje cesara por completo sin más. Pero de pronto oí un golpe fuerte, como si el mar

llamara a mi puerta, y cuando abrí los ojos estaba amaneciendo. Salí a la calle y ya no existía la playa, las aguas cubrían la arena y las olas rompían contra la acera, levantando enormes abanicos de espuma. Tal era el estruendo que producían que tardé en darme cuenta de que un coche cubierto de barro se detenía ante la verja tocando el claxon. Era el médico, lo hice pasar a regañadientes, porque no eran horas de visitar a nadie, y de problemas ya andaba bien servido. Y para colmo me pidió una copa, tenía los ojos inyectados en sangre, estaba visiblemente desvelado. Debía de andar circulando por la ciudad, fuera de sí, sólo me faltaba que creyera que su mujer estaba conmigo. Pero no, venía a despedirse y agradecerme la hospitalidad, pues embarcaría en el *Lutétia* aquella misma mañana. Empezaría viaje rumbo a Constantinopla, de donde llegaban noticias de una epidemia de fiebre tifoidea. Además, Eva se muere de ganas de conocer Oriente Medio, dijo. Eva se enamoró de Venezuela, Eva adoró Guatemala, Eva se entusiasmó con Paraguay, siempre decía que, si por ella fuera, habrían fijado residencia en cualquiera de aquellos agujeros. Tomó un trago de coñac y dijo: Eva echará mucho de menos Brasil. Se disculpó por haberse presentado así, con tantas prisas, pero ciertos imprevistos habían precipitado su partida, y aquella noche se había visto retenido en carreteras precarias en el interior del estado. Dubosc iba a recibir un Citroën inmundo y sin amortiguadores, dijo con una sonrisa torcida, pero por los míseros cincuenta mil reis que había desembolsado no podía quejarse. El médico consultaba el reloj, decía que ya era la hora, hacía como que se iba pero no se iba, parecía dar vueltas en torno a algún asunto embarazoso. Creo que sabía de sobra con quién se acostaba su mujer, tal como lo había sabido en Panamá, en la Guayana Francesa y no sé dónde más, tal como lo sabría en Turquía y allá adonde fuera. Peregrinaba por el mundo como quien arrastra a una esposa con una dolencia incurable, pero yo nada tenía que ver con su vida. Lo último que habría deseado era que me hubiese elegido como confidente, que se dedicara a revelarme sus miserias mirándome a los ojos, es algo que no soporto. Pero en el instante en que Eulalinha rompió a berrear allá arriba, apuró la copa de coñac, me miró a los ojos y dijo estar seguro de que Matilde se recuperaría sin mayores secuelas. Venía de ingresarla en un sanatorio situado en una zona montañosa de clima seco, donde colegas suyos le prestarían una atención especial, apartada de los enfermos de clase baja. Dijo que se había resistido hasta el último momento a aceptar el tratamiento, pero seguro que ya has oído esta historia antes. Con la edad, nos da por repetir viejos recuerdos, y los que menos nos gusta remover son los que persisten en la mente con mayor nitidez. Ahora necesito mis analgésicos, el dolor en el pecho ha vuelto a agravarse, siento que de esta noche no paso. Si hay algún cura por aquí cerca, mándamelo para que me confiese, pues vivo en pecado desde el día en que conocí a mi mujer. No sé si te he contado alguna vez cómo pecaba de pensamiento hasta en la iglesia, en los tiempos en que aún iba a misa, pero estoy bautizado y tengo derecho a la extremaunción. Hasta estoy tentado de creer en la vida eterna, y tengo fe en que Matilde me estará esperando, pese a que en catequesis nunca me quedó claro

lo de la resurrección de la carne. Porque yo era un muchacho apuesto, y no me parece justo pasar a la eternidad así de decrepito, junto a una Matilde adolescente. Lo que no sé es cómo estaba ella cuando murió, pues no quería que la vieran, no admitía visitas. Según el médico, Matilde le hizo jurar sobre la Biblia que no me revelaría su paradero, pero este episodio ni siquiera tiene por qué constar en mis memorias, ya que se trata de hechos inciertos, que no presencié. Al recibir la noticia me quedé consternado, pasé varios días en estado de postración, lloré mucho, tuve fiebre, sudores nocturnos, accesos de tos, horrorizado, me convencí de tener también el pulmón repleto de bacilos. Sin embargo, más tarde empecé a dudar del relato del médico, pues no recordaba haber oído toser a Matilde, y la lavandera me habría alertado si hubiese echado sangre por la boca. Aquel médico no me merecía demasiada confianza, no porque fuera judío, sino porque era pusilánime, su mujer lo habría inducido fácilmente a contarme cualquier patraña. Eva había sido una compañía perniciosa para Matilde, desde el principio le había llenado la cabeza de fantasías. Sin duda le había hablado de sus años mozos en el París de la *belle époque*, con un marido complaciente y sin niños que la incordiaran. A sus cuarenta años bien vividos, es posible que, a falta de una hija, se hubiese visto reflejada en mi mujer, no se me escapó el modo en que la miraba en la playa, el esplendor de su cuerpo al salir del agua. Eva se hubiese prestado alegremente a encubrir una aventura de Matilde, y la sospecha me hizo saltar de la cama. Antes que imaginarme a Matilde encerrada en un sanatorio, prefería mil veces vagar por la ciudad adivinando su silueta en cada ventana de rascacielos. Algún día habría de toparme con ella, aunque pasaran años, aunque se estuviera besando con otro. Y si algún día encontraba a Matilde con otro, más que a ella lo miraría a él, necesitaba saber cómo era ese hombre para dotar de sustancia a mis celos. Pensaba en ese hombre a todas horas, muchas noches llegué incluso a soñar con él, pero al despertar no lograba darle forma humana. Ni odio podía sentir hacia un individuo que no me ultrajó, no entró en mi casa, no se fumó mis puros, no forzó a mi mujer. Y poco a poco me dispuse a aceptarlo, procuré imaginarlo como un alma delicada, como alguien que cuidaría de Matilde en mi ausencia. Imaginaba a un hombre que se dirigiera a ella solamente con palabras que yo nunca había usado, que tuviese el cuidado de tocar su piel allí donde yo jamás la tocaba. Un hombre que se acostara con ella sin ocupar mi lugar, un hombre que se conformara con ser lo que yo no era. De tal modo que Matilde pensara en mí siempre que mirara alrededor de él, y en sueños nos viera a los dos a la vez, sin comprender quién era la sombra de quién. Y al despertar quizá sólo recordara vagamente haber soñado con el dibujo de las olas en blanco y negro en los mosaicos de las aceras de Copacabana. Las aceras por la que antaño ella avanzaba brincando como si jugara a rayuela, porque no podía pisar sino las piedras blancas. Y por las que ahora yo caminaba trastabillando, cruzando los pies, pues sólo con que uno de ellos rozara las negras, caería en el infierno. Creo que el infierno era la enfermedad de Matilde.

Paciencia. El día menos pensado tenía que tocarme a mí, era inevitable. Hagan ustedes el favor de ser prudentes al trasladarme, pues tengo una fractura de fémur de calcificación precaria. De nada sirve amenazar a mis compañeros de enfermería, nadie aquí va a interceder en mi favor. Mi padre está muerto, pero mi madre tiene dinero en el banco y patrimonio familiar. Su teléfono me lo sé de memoria, es el número de mi infancia, díganse lo a la telefonista: SUL 1403. Sin embargo, hará falta que alguien de la banda hable francés, en portugués mamá se negará a atenderlos. También tengo una hija, mi heredera universal, ya ha puesto a su nombre todos mis bienes, para ir adelantando el inventario. Pero Maria Eulália no soltará ni un céntimo por mí, ni que ustedes le manden mi oreja por correo. Entre otras cosas porque ya no tiene de dónde sacar dinero, puesto que hace poco transmitió su herencia a mi tataranieta. A él quizá lo conozcan ustedes, Eulálio d'Assumpção Palumba Neto, pinta de galán, pelo claro ondulado, a Maria Eulália sus ojos azules le recuerdan a los de mi abuelo en un retrato al óleo que se perdió quién sabe dónde. Aquí, entre nosotros, tengo mis dudas respecto a la ascendencia del chico, que se supone es hijo póstumo de mi bisnieto Eulálio. No se lo van ustedes a creer, pero mi bisnieto era tan negro como el mandamás de su cuadrilla. Tuvo una aventura pasajera con la madre del niño, una chica muy refinada por la que no pondría yo la mano en el fuego. Por si acaso, criamos al chico, que nos entregaron a domicilio recién nacido, lo trajo el chófer particular de madame Anna Regina de Souza Vidal Pires de Albuquerque. Esta cuñada mía es viuda del propietario de un ingenio azucarero, ex gobernador de Pernambuco, y vive en Copacabana frente al mar, en un piso repleto de obras de arte, santos barrocos, oratorios chapados en oro. Tengo su tarjeta de visita guardada en algún sitio, pero me cuesta creer que acceda a pagar el rescate por las buenas. Tarjetas de crédito no tengo, ni talonario, pero estoy a punto de recibir un dineral por la expropiación de mi hacienda al pie de la montaña. Podremos llegar a un acuerdo económico razonable, quizá *fifty-fifty*, en cuanto la burocracia suelte la asignación. Entretanto no me importa permanecer confinado, mientras disponga de una habitación con cuarto de baño, además de una provisión de cigarrillos. Mi alimentación es frugal, y cualquier cautiverio es capaz de ofrecer mejor comida que este hospital. No trataré de ponerme en contacto con la policía, no pediré socorro, y es evidente que no estoy en condiciones de intentar darme a la fuga. Sin embargo, les advierto que si alguien se atreve a ponerme un dedo encima se las tendrá que ver con

mi tataranieto Eulálio. Por mucho menos, siendo niño pegó fuego a la escuela, y tras pasar una temporada en un reformatorio se volvió más irascible aún. Pero nunca dejó de ser el niño bonito de su bisabuela, que se pasaba los días peinando sus greñas, temerosa de que llegara a tener pelo de negro. Y se encogió de hombros cuando le comuniqué que el muy bellaco se dedicaba a robarme, diciendo que en el futuro me vería compensado con creces. No sé qué porvenir le veía Eulália, pues ya era un zagalón tan alto como yo y ni la primaria había terminado. Pero ella argumentaba que el muchachote necesitaba dinero para invertir en su aspecto personal, pues sólo así lo aceptarían en los círculos de jóvenes bien nacidos. Viéndome ya en la penuria, corté todos los gastos superfluos de la casa, no soltaba la cartera ni para dormir. No obstante, el chico seguía comprándose chaquetas de piel, zapatillas fluorescentes, aparecía siempre con el último modelo de teléfono móvil. Intrigado, se me ocurrió mirar en la mesilla de noche de Matilde y, como era de esperar, sus joyas habían desaparecido. Me indigné, y mi hija todavía tuvo la desfachatez de decirme que los brillantes de su madre no eran sino abalorios sin valor. Y creo que es propio de gentuza guardar en un cajón la quincallería de una suicida, dijo Maria Eulália. No sé de dónde sacaría semejante blasfemia, quizá hubiese hurgado en las cartas que el médico me escribió desde el extranjero. En una de ellas, si mal no recuerdo, mencionaba de hecho que Matilde había llegado a pensar en una solución extrema al enterarse de la gravedad de su dolencia. Pero aquella noche se ahogó porque el tiempo enloqueció, la marea subió en un segundo y las olas gigantes hubieran engullido a cualquiera que estuviese en la playa. Fue lo que le dije a Maria Eulália, y buscando sus ojos le hablé de mis días de vigilia a la orilla del mar, de mis sobresaltos entrada la noche con cada ola que rompía. Y le confesé que, antes que ver el cuerpo de Matilde arrastrado hasta la orilla quién sabe con qué mutilaciones, preferí que permaneciera atrapada para siempre en el fondo del océano. Y simbólicamente hice grabar su nombre en el sepulcro que mi madre había mandado levantar para mi padre, según el proyecto de un escultor funerario genovés. Allí habría de recibir sepultura mamá, así como su bisnieto, y yo mismo tenía un nicho reservado para cuando Dios me llamara. Pero la última vez que fui al cementerio de São João Batista, en lugar del sepulcro de los Assumpção encontré una mamarrachada de color lila habitada por un difunto con nombre de turco. Fue una crueldad de mi hija, si hubiese vendido nuestro piso en lugar del sepulcro me habría sentido menos desahuciado. Y no sé cuántas veces os he pedido ya que me dejéis despacio en la camilla, tengo la espalda llena de forúnculos. El doctor aquel de la tomografía, que me parece un muchacho con cierto nivel, me acomodará después del chequeo en una habitación individual, porque yo a este cuchitril no vuelvo. Mis compañeros se mofan de mis buenos modales, mi lenguaje cuidado los ofende, noto una fuerte animadversión en el ambiente. Por no mencionar que cada día llega otro desgraciado al que han dado la baja, y el recinto carece de ventilación y empieza a oler mal. Ya veréis cuando se entere mi tataranieto de cómo me tratan aquí, por

mucho menos prendió fuego a una discoteca en Ipanema. Entonces ya no vivía con nosotros, había alquilado un piso cerca de sus amigos ricachones, a los que prestaba ciertos servicios. Hasta salía en las fotos con esa pandilla juerguista en unas revistas que mi hija recortaba y amontonaba sobre el escritorio, por encima de mis recuerdos familiares. Y precisamente estaba yo poniendo orden en los papeles el día que Eulálio entró en casa con una amiguita llamada Kim. Con minifalda y el ombligo al aire, un aro perforándole el ombligo, era una morena extrovertida, enseguida vino a darme dos besos y me tuteaba. Se sentó en el brazo de mi silla y se divirtió con mis fotografías, a la altura de la rabadilla tenía un Jesucristo tatuado en letras góticas. Pensó que se trataba de un congreso de magos, al ver a mi padre con sombrero de copa en compañía de ministros y embajadores en la Exposición del Centenario de la Independencia. Entonces le expliqué que papá había sido el político más influyente de la Primera República, le conté que el rey Alberto solía venir desde Bélgica para pedirle consejo, hasta le señalé en una foto a la reina Isabel de los belgas como si fuera mi madre. Y cuando en un arrebato le dije que el Palacio Imperial era la residencia de verano de mi familia, soltó un silbido y dijo: ¡caray! Yo estaba inspirado, y más le hubiese dicho si Eulálio no le hubiese metido prisa, sólo había venido a recoger de mi armario unas bufandas, guantes, mi cárdigan de cachemira y un abrigo Príncipe de Gales de mi padre. Se iba a Europa en viaje de negocios, y yo me preguntaba en qué lengua se haría entender, si ni el portugués hablaba como Dios manda. Pero la joven Kim tenía nociones de inglés, y en su compañía Eulálio viajó sucesivamente a París, Madrid, Ámsterdam, sus negocios le valían buenas comisiones. Siempre traía un recuerdo para la bisabuela, se mostraba afectuoso con ella, la llevó a pasear en su nuevo todoterreno japonés. Y ella me miraba victoriosa porque el muchachote parecía de veras haber sentado cabeza, planeaba casarse con Kim en cuanto ahorrara dinero suficiente para comprarse un piso en la playa de la Barra. Kim le había echado el ojo a un ático dúplex que permitiría reunir bajo el mismo techo a toda la familia, consideraba absurdo que yo viviera con mi hija en un edificio tan cutre, en un barrio sin clase. No podía creer que no tuviéramos siquiera un seguro médico, hizo que Eulálio pagara al contado las cuotas de todo un año del seguro más caro del mercado, dada la edad prolecta de los beneficiarios. Eulálio se empeñó en enseñarme el recibo y el folleto publicitario, contaríamos con tratamientos vip en hospitales de primera, aunque sólo fuera para asegurarnos una muerte digna. Maria Eulália andaba realmente muy débil, con un tono de piel extraño, la columna cada vez más torcida. Y acaso presintiendo que su hora no tardaría en llegar, preparó la donación de nuestro piso a su bisnieto. Fue por entonces cuando Eulálio decidió pedir un préstamo y montar su propio negocio, valiéndose de sus contactos con proveedores en Brasil y clientes en el extranjero. A mí todo aquello me parecía un poco turbio, pero según Maria Eulália el chaval no hacía sino seguir los pasos de mi padre, que en los buenos tiempos había ganado millones de libras con la exportación de café. Y en vísperas de su siguiente viaje, Eulálio me trajo por sorpresa una caja de

puros habanos, como si hubiese adivinado que El Rey del Mundo era la marca del senador Assumpção. Iba a preguntarle por la joven Kim cuando las luces se apagaron y la susodicha apareció con una tarta en las manos, sus ojos negros relucientes, su rostro iluminado por tres velitas que formaban un 100. Yo ni siquiera sabía que era mi cumpleaños, pero ella me estampó dos besos en las mejillas y me regaló un Château Margaux 1989, año de su nacimiento. Eulálio estaba parlanchín, me felicitó por los cien años de una vida de aventuras, aseguró a la joven Kim que me había acostado con las mejores mujeres de mi época. Vamos, vamos, decía yo, vamos, vamos. Que sí, que se las llevaba a todas al huerto, decía él, a las miss Brasil, a las tías buenas de Hollywood, se pasó por la piedra a todas las beldades, vampiresas y señoras de buen ver de la alta sociedad. A lo mejor hasta lo sigue haciendo, dijo la joven Kim guiñándome un ojo, y yo, vamos, vamos. Por no hablar de la cocaína, dijo Eulálio, que la gente con clase de antes compraba en la farmacia, nada que ver con ese polvo de yeso que la peña se mete por ahí. Llegados a este punto, me hizo sentar con él a la mesa, sacó un estuche del bolsillo de la chaqueta y me quedé boquiabierto, no había vuelto a ver el estuche de ébano de mi padre. Con la miniespátula de mi padre, removiò y separó el polvo en cuatro gruesas rayas, me pasó la cánula de plata y dijo: dale con ganas, abuelo. Y vaya si lo hice, de una sentada, fue mucho más fácil aspirar la coca que soplar las velas del pastel. Para ya, papá, dijo mi hija, que te va a dar algo, pero de eso nada, cambié de orificio nasal y esnifé la segunda raya al instante. Las hubiese esnifado todas si la joven Kim no me hubiese arrebatado la cánula de los dedos. Se inclinó por encima de mí para alcanzar el estuche, y por debajo del Jesucristo tatuado vi la raya de su hermoso culo. Y por el escote de su camiseta alcancé a ver su seno derecho hasta el pezón marrón; ella, que era trigueña, tenía un pecho blanco como la cocaína. Y en el instante en que su novio atacó la última raya, ella se recogió el pelo para enseñarme un tatuaje en la nuca, el nombre Eulálio dentro de un corazón atravesado por una flecha. Sonreía, me guiñaba un ojo, tenía que estar de broma, yo no podía creer que aquel tatuaje fuese para mí. No sé si molesto por algo, de pronto, Eulálio dio un golpe en la mesa y se levantó para marcharse. Protesté, la joven Kim ni siquiera había probado la tarta todavía, pero entonces se hizo la santa, se despidió de mí con un beso en la frente. Eulálio consoló a su bisabuela, que suspiraba llena de malos presentimientos, y partió sin hacer caso a mi petición de salir a dar una vuelta en su todoterreno. Hacía tiempo que no salía de casa, y tan pronto como la vieja se recogió en su habitación, decidí salir a tomar el aire, buscar un bar abierto con gente interesante. Al toparme con la calle desierta, me dirigí hacia las luces de una plaza, pero tras recorrer manzana y media me sentí un poco cansado. Seguí hasta la esquina, donde se había detenido un coche patrulla con dos policías dentro, durmiendo en los asientos reclinados. ¡Eh!, grité, golpeando el chasis, y el del volante se despertó del susto, apuntándome con un arma. Ambos se miraron cuando exigí subirme al coche, necesitaba descansar las piernas antes de reanudar la marcha. Instalado en el asiento trasero, los desafié a adivinar mi edad, y

me miraron con escepticismo cuando les anuncié mi centenario. Cien años, insistí, y derrochando salud, pese a mi corazón momentáneamente acelerado, y les hablé de mi amor incestuoso hacia una joven nacida en 1989. Puesto que el tema no parecía dar mucho de sí, les pregunté si eran felices entre nosotros o si pretendían volver a África. Opiné que servir en la policía suponía un gran progreso para los negros, que ayer mismo, como quien dice, sólo podían trabajar para el gobierno barriendo calles. Luego les pregunté si por casualidad sabían el precio de la cocaína en Río, y a ser posible también en el extranjero, pero seguían soñolientos. Entonces les pedí prestado un móvil, para intercambiar ideas con algún conocido, pero el del volante encendió el motor y me preguntó dónde vivía. El coche avanzó en contra dirección hasta la puerta de mi casa allí cerca, y no quisieron subir para llevarse un poco de tarta. Hice que me acompañaran hasta el ascensor y, una vez arriba, avancé a trompicones hasta mi cama, donde pasé horas hablando a solas, con los ojos como platos y las piernas dormidas. En los días siguientes no tuve ánimos para levantarme, ni siquiera podía retener en el estómago los huevos fritos que mi hija me servía. Estuve fuera de combate durante más de un mes, adelgacé bastante, tardé en poder sostenerme en pie, pero a Maria Eulália le parecía una tontería llamar a un médico. Ella estaba cada vez más nerviosa, arrastraba los pies de acá para allá, se estremecía cada vez que sonaba el teléfono, y cuando no se equivocaban eran vendedores de seguros médicos. Un día llamaron a la puerta y tomé por otro mercader a un tipo trajeado pero sin corbata, camisa cerrada hasta el cuello y una cartera negra en la mano. Se presentó como pastor Adelton, había ido a conocer el inmueble que Eulálio le había cedido como aval de un crédito no liquidado. Haga el favor de largarse ahora mismo, dijo Maria Eulália, pero el pastor sacó la escritura de la cartera y se paseó por el piso con aires de señor, examinándolo hasta el último detalle. Largo de aquí, bramaba Maria Eulália mientras yo hurgaba en el escritorio en busca del teléfono de mis abogados. Finalmente, el pastor Adelton se compadeció de nuestra situación, declarándose un hombre de Dios, no un usurero. Y esperando que Dios quisiera que el hermano Eulálio no tardara en reaparecer sano y próspero, nos ofreció un techo provisional. Se trataba de una casita de una sola estancia, pegada a su iglesia en los alrededores de la ciudad, una vivienda sin duda modesta pero decente. Así a ojo, calculó que habría espacio para mi cama de matrimonio, y quizá también para el escritorio barroco que me negaba a dejar atrás. Él mismo se encargó de la mudanza pesada, y hasta fletó una furgoneta para que nos llevara con nuestras maletas y hatos de ropa. Maria Eulália no daba el brazo a torcer, entró en la furgoneta a la fuerza y se pasó todo el viaje enfurruñada. Intenté distraerla señalando las montañas en el horizonte, el mismo paisaje que cuando salíamos de la ciudad para cabalgar en la hacienda estando ella en el vientre de su madre. La diferencia era que a nuestro alrededor la ciudad ya no tenía fin, se sucedían casuchas de ladrillo desnudo y sin tejado donde antaño se alzaban clubes de campo y apacibles fincas. Perpleja, Maria Eulália miraba a aquellos hombres en pantalón corto a pie de carretera, las adolescentes embarazadas

enseñando la panza, los chiquillos que cruzaban la carretera corriendo detrás de una pelota. Son los pobres, le expliqué, pero en opinión de mi hija podían al menos molestarse en encalar sus casas, plantar unas orquídeas. Las orquídeas tal vez no prosperaran en aquella tierra dura, y el calor dentro de la furgoneta empeoró cuando abrí la ventanilla. Salimos de la autopista por una carretera polvorienta, y el conductor preguntó por la iglesia del pastor Adelton a un travesti que nos mandó seguir adelante hasta la curva de la rivera. La rivera, un río casi estancado de lo fangoso que era, cuando se movía, daba la sensación de arrastrar consigo las márgenes inmundas. Era un río podrido, y sin embargo le veía alguna gracia allí donde se formaba el meandro, en la forma peculiar de éste, creo que el meandro es el gesto de un río. Y así lo reconocí, igual que a veces se reconoce en un anciano un ademán infantil, sólo que más lento. Aquél era el riachuelo de mi hacienda al pie de la montaña. Y junto a la orilla un mango me resultó tan familiar que por poco no oí al negro Balbino allá arriba: ¿Lalá, vas a querer un mango, Lalá? Más adelante, una casa amarilla, con el letrero Iglesia del Tercer Templo en la fachada, se erguía probablemente sobre los escombros de la capilla que el cardenal arzobispo bendijo allá por mil ochocientos y pico. Y al entrar en la casita aladaña a la iglesia, me produjo cierto consuelo saber que bajo mis pies estaba el cementerio donde descansaba mi abuelo. Si me tocaba vivir allí hasta el último de mis días, de buen grado le haría compañía, pues ya le tenía afecto a aquella tierra, y hasta a los miasmas de la rivera traté de acostumbrarme. Lo más duro era despertarme cada mañana con el altavoz de la iglesia, sus oraciones y cánticos. Pero no sería yo quien protestara, si ni siquiera Maria Eulália lo hacía, sino que en poco tiempo ella misma empezó a frecuentar los tres oficios diarios. Justamente a ella, que nunca había soportado la música, un día la oí canturreando en el cuarto de baño con un hilo de voz: Dios es poder, Dios es poder. También me di cuenta de que había empezado a maquillarse discretamente, un pintalabios rosado y un toque de colorete, para los oficios nocturnos en que el pastor Adelton en persona venía a predicar. Y fue una de aquellas noches cuando me acordé del vino de la joven Kim, la botella envuelta en mi ropa dentro de la maleta. A falta de sacacorchos, empujé el corcho hacia dentro con un destornillador. El vino me salpicó la cara, y menos mal que mamá no estaba allí para verme bebiendo un burdeos en un vaso de mermelada. Pese a estar algo tibio, era un vino de aroma afrutado, digno de ser saboreado con sumo deleite, pero tenía que consumirlo antes de que se acabara el oficio, pues a Maria Eulália le había dado por aborrecer el alcohol. Como el tabaco tampoco se admitía en casa, me puse el batín de terciopelo y salí al huerto para fumarme mi Rey del Mundo, que era un puro a la altura del Château Margaux. Hacía una noche bochornosa y por el altavoz el pastor Adelton hablaba del infierno, pero aunque sudaba bastante me complacía en caminar en círculos, sin más cuidado que el de no tropezar con un chucho que me acompañaba correteando delante de mí. Cada vez que me detenía para beber un trago, se ponía a escarbar en la tierra, un poco más y exhumaría los huesos de mi abuelo, y

de propina los de su esclavo Balbino. Y cuando arrojé la colilla del puro, casi salió disparado tras ella, pero presintiendo que me iba al aseo, se sentó dentro a esperarme. La oscuridad del cubículo me ahorraba el disgusto de ver mi cuerpo desnudo; me balanceé buscando el hilo de agua que caía del tubo sin dirección fija. Ligeramente aturdido, el sabor del vino todavía vivo en la boca, consideré que me había excedido al imaginar un romance con la joven Kim. Estaba claro que ya no era hombre para una chica como aquélla, ni siquiera osaría desnudarme en su presencia. Y seguro que ella dormiría desnuda con las luces encendidas, iría en cueros por la casa todo el día sólo para humillarme. Se daría duchas interminables, mostrándome con desprecio sus senos altos, su hermoso trasero, los más íntimos tatuajes que tuviese. Y al imaginarla bañándose para mí, no se me ocurría en aquel momento mejor escenario que el amplio y cristalino baño de mi chalet en Copacabana. Les aseguro que he conocido el vasto mundo, he visto paisajes sublimes, obras maestras, catedrales, pero al fin y al cabo mis ojos no guardan recuerdo más vívido que el de unos caballitos de mar en los azulejos de mi baño. Y al recordarlo, pensando en la joven Kim, recuperé por casualidad la imagen de mi mujer, pues en aquel instante se proyectaba en los azulejos la sombra de Matilde enjabonándose el pelo. Y poco a poco su semblante fue recomponiéndose en mi memoria, como en un espejo que se desempañara. Al poco me maravillaría contemplando a Matilde en su plenitud, sus senos blancos, sus pelitos negros, sus muslos de piel perfectamente morena, sin mancha alguna. Hasta había olvidado que sus ojos eran así, medio rasgados, y por un instante pensé en esas musulmanas que se martirizan con tal de volverse más bellas y deseables para sus maridos en el más allá. Clava en mí tus flechas, Señor, cantaban los fieles, caiga sobre mí tu mano. El perro gañía a mis pies mientras yo recordaba a Matilde atrayéndome hacia la pared alicatada, caminando hacia atrás con sus caderas en suave balanceo. Y entonces reviví una sensación de la niñez, una de las primeras veces que me fijé en las mujeres, en su forma de andar, en el movimiento de sus faldas, los volúmenes y huecos de sus vestidos. De niño no comprendía lo que le pasaba a mi cuerpo en tales momentos, me daba vergüenza sentir aquello, era como si el cuerpo de otro niño estuviese creciendo en mi propio cuerpo. Del mismo modo, aquel día tardé en comprenderme a mí mismo, en creer que mi deseo pudiera renacer a aquellas alturas de la vida, tan fuerte como en los días en que Matilde me miraba como si yo fuera el hombre más grande del mundo. Pero sí, era otra vez el rey del mundo, era casi mi padre, y me arrojé contra la argamasa de la pared como si Matilde estuviese allí para acogerme. Me abracé a la pared áspera, me froté contra ella, con gusto me desollé en ella, y me acordé de Matilde temblando de la cabeza a los pies, llegué incluso a oír su voz un poquitín ronca: que voy, Eulálio. Entonces resbalé en el cemento y antes de estrellarme oí un crujido, sentí el dolor de un hueso rompiéndose con su médula, tendido en el suelo, vi mi pierna derecha retorcida. Hiere mi carne, Señor, cantaban los fieles, y yo no tenía más que un perro para oír mis lamentos. Pero en vez de ladrar para avisar a algún vecino, al muy idiota le dio por lamerme la cara.

Inerte, ya no sentía dolor alguno, creo incluso que me dormí en aquel suelo encharcado, y me llevé un buen susto cuando mi hija empujó la puerta del aseo. La ambulancia sólo llegó con el alba, de noche nadie se aventura por aquellos andurriales.

Tenía intención de pedir su mano cuando saliera de aquí, pero ella ya no me quiere. Pasa de largo por delante de mi camilla, no atiende a mis ruegos, se habrá hartado de oírme confundir su nombre. Quizá no crea que vaya a volver a mi casa, oigo rumores de que estoy en lista de espera para una plaza en un hospital público. O a lo mejor ya se ha encaprichado de otro, algún canalla que la engatusa inventando memorias más fabulosas que las mías. El resultado son estas noches en blanco, no tengo quien me dé somníferos, analgésicos, cortisona. Al principio me enfadé con los camilleros por dejarme tirado en el pasillo, seguro de que volvían a estar en huelga. Pero a medida que iban pasando los días me convencí de que en medio de este tráfico no estoy peor que en la enfermería, donde la televisión no hacía más que emitir fútbol a todas horas, no podía concentrarme en mis cosas. Y el ambiente iba de mal en peor a medida que recibíamos los excedentes de urgencias, pacientes con el rostro destrozado, quemaduras, una pierna amputada, una bala en la cabeza. Por lo general eran jóvenes, y maleducados, en cuanto abría la boca ya estaban protestando: ¡joder, abuelo, cuenta otra cosa! Pero si con la edad nos da por repetir ciertas historias no es por demencia senil, sino porque algunas historias no paran de ocurrir en nosotros hasta el final de la vida. Estando aquí, por lo menos recibo alguna atención, no hay transeúnte que no aminore el paso para observarme, como harían con un accidente a pie de carretera. Y muchos se detienen a escuchar mis palabras, aunque no alcancen a comprender el sentido de las mismas, aunque el enfisema me ahogue y, más que hablar, jadee. Los domingos, en el pico del horario de visitas, es habitual que vengan familias enteras a presenciar mis estertores, o quizá la postrera sentencia de un moribundo. A menudo he invocado a la muerte, pero en el preciso instante en que la veo de cerca, confío en que mantenga la guadaña en alto hasta que haya dado por concluido el relato de mi existencia. Entonces empiezo a recapitular los orígenes más remotos de mi familia, y allá por mil cuatrocientos y pico hay constancia de un tal doctor Eulálio Ximenez d'Assumpção, alquimista y médico particular de don Manuel I. Voy subiendo sin prisa hasta el umbral del siglo xx, pero antes de entrar en mi vida propiamente dicha, me empeño en remontarme hasta mis antepasados por parte de madre, con cazadores de indios en una de las ramas paulistas, y en otra guerreros escoceses del clan McKenzie. Hasta hace poco, deletreaba estos nombres a una enfermera que me dejó después de exprimirme las memorias hasta el tuétano. Pero eso es lo que ella se cree, sepan ustedes que, sólo de

mi mujer, aún tengo en la cabeza un baúl repleto de reminiscencias inéditas. No sé si les he contado alguna vez cómo conocí a Matilde en la misa por mi padre, quizá valiera la pena grabar mis declaraciones. Si no fuera por los temblores y calambres que tengo en las manos, rellenaría de mi puño y letra, con caligrafía menuda, un cuaderno por cada día vivido junto a mi mujer. Tras su partida, en cambio, mis días serían de inmenso papel para poca tinta, vastos y carentes de acontecimientos. Hasta la mañana en que recibí una carta en un sobre timbrado del hotel Divan de Constantinopla, remitida por el doctor Blaubaum. Eva se había enamorado de Constantinopla, etcétera, etcétera, el tifus se propagaba por Anatolia, etcétera, etcétera, y sólo en las últimas líneas se refería a Matilde: pese a las noticias desalentadoras que le habían llegado, no perdía la esperanza de verla plenamente recuperada, gracias a la diligencia de sus colegas y a la misericordia de Dios, etcétera, etcétera. En un impulso, cogí el coche y subí a la montaña, llamé a la puerta de un sinfín de sanatorios, asilos, colonias agrícolas, hasta a un hospicio fui a parar. Pero aunque hubiese investigado en todos los hospitales del interior del estado, me habría sido imposible localizar a una paciente anónima, de la que ni siquiera tenía una fotografía. Mientras bajaba hacia Río, se fue apoderando de mí la ira hacia aquel forastero que se erigía en guardián de mi mujer cuando ni de la suya era capaz de cuidar. Fue más o menos eso lo que le dije en un telegrama que me fue devuelto, el destinatario ya no se hospedaba en el hotel Divan. Suponiendo que quizá se hubiese cansado de su vida errante, aproveché mi último viaje a París para ir a su encuentro, en el ayuntamiento, en la gendarmería, en la compañía de teléfonos. Pero al parecer el doctor Blaubaum había dejado de residir en la ciudad, donde creo que Eva ya le había dado suficientes dolores de cabeza desde los años de la *belle époque*. Y cuando volví al país, si bien no encontré a Matilde esperándome con los brazos abiertos, tampoco había cartas alarmantes sobre mi mesilla de noche. *No news, good news*, pensé de camino a casa de mi madre, donde le daría cuenta de nuestras dificultades económicas. Mi madre recibía al párroco de Candelaria para tomar el té, oí sus voces en el jardín de invierno: de pobres, decía mi madre, cogió una enfermedad de pobres. No sé si ya entonces mamá empezaba a mezclar las palabras, pero el cura la corrigió en el acto: de pobres no, Maria Violeta, su perdición fue la enfermedad de la lujuria. Era evidente que por la ciudad circulaban habladurías recientes sobre Matilde. Al poco de haberme abandonado, solían cuchichear a mis espaldas en la tienda de comestibles, en el café, en el barbero, sé que especulaban sobre los posibles amantes de mi mujer. Sin embargo, ahora guardaban un profundo silencio a mi llegada, como si me hubiesen promovido a una categoría respetable de marido engañado. O temible, a juzgar por las dos ex compañeras de clase de Matilde que, en su afán por evitarme, cruzaron la avenida Nossa Senhora de Copacabana y subieron a un tranvía en marcha. Yo sólo quería invitarlas a pasar un momento por casa, con la esperanza de que Matilde se animara a salir de la habitación en que se había recluido. Pero ahora ya estoy liándome, para entonces Matilde ya no estaba en casa, la casa sin ella se

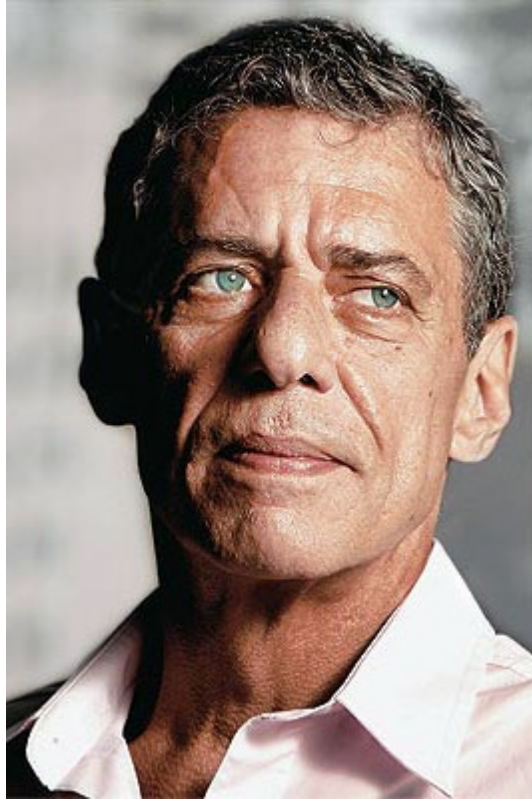
convirtió en una leonera, las criadas se dieron a la fuga en mi ausencia. Sólo quedaba Balbina, la niñera, que desistió de salir con Eulalinha porque en la plaza, en la playa, allá adonde fuera, le decían que la niña debería estar enclaustrada con su madre o recogida en un preventorio. Yo también prefería no seguir dando la cara en la calle, vivía encerrado conmigo mismo, reservándome para la gran revancha. Porque cuando Matilde volviera a nuestro chalet, el barrio entero iba a oír los maxixes y sambas de su gramófono. Ella misma se llevaría a la niña a la plaza, la amamantaría sentada en el columpio, con el pecho fuera les daría los buenos días a las niñeras y las mamás, se reiría por cualquier tontería. En la playa de Copacabana caminaría a mi lado para que todos la vieran en traje de baño, adúltera tal vez, pero sana y dueña de un cuerpo magistral. Por eso la esperaba cada noche asomado a la ventana de la habitación, y Matilde no venía, no venía, Matilde jamás había faltado a nuestras citas furtivas. Y ya en el límite de mi esperanza, hete aquí que ella pisaba el césped del jardín de puntillas, y yo bajaba con el corazón desbocado para abrirle la puerta de atrás. Y ella se apoyaba en la pared de la cocina, mirándome con los ojos negros muy abiertos, pero a lo mejor esta escena pasaba cuando ni siquiera nos habíamos casado aún, y no en el tiempo de las cosas que estaba narrando. No es culpa mía si los hechos a veces me vienen a la memoria fuera del orden en que se produjeron. Es como si, tomando el ejemplo de la correspondencia del doctor Blaubaum, algunos recuerdos todavía me llegaran en barco y otros ya por correo aéreo. Y fue en un papel aéreo, fino como papel de arroz, que me llegó un día una carta de Senegal. Eva se estaba adaptando a África tras el intenso frío de Indochina, etcétera, etcétera, y aunque provechosa, la temporada en Indochina quedaría para siempre empañada por la noticia de la trágica desaparición de Matilde, trágica desaparición de Matilde, trágica desaparición, siempre empañada por la noticia de la trágica desaparición de Matilde. El médico se disculpaba por el tono de su carta anterior, escrita en un momento de exaltación y bajo el influjo de intensas emociones, y decía que no se cansaba de rezar por la trágica desaparición de Matilde, desaparición, no se cansaba de rezar por la memoria de Matilde, muy afectuosamente, Daniel Blaubaum. La tal carta anterior llegó de Indochina mucho después que la carta africana en que se anunciaba la trágica desaparición de Matilde, yo ya creía que había desaparecido en el mar, la carta, ya no creía en la existencia de esa carta cuando llegó. Era una carta gruesa, en un sobre con el membrete del Hôtel Caravelle de Saigón y un sello con la imagen de un junco chino en el mar. Observé el sello, la embarcación con su gran vela de bambú, el matasellos fechado en 29-12-29, di la vuelta al sobre, estaba sellado con un lacre granate, confirmé el remitente, D. B. Sopesé la carta, calculé que allí dentro habría por lo menos ocho folios escritos por delante y por detrás con la mala letra del médico. Volví a examinar el sello de color calabaza, valorado en dos piastras, debía de ser un sello barato, raspé con la uña el borde del lacre granate, era como rascar la costra de una herida. Miré el sobre a contraluz, absolutamente opaco, y parecerá una cobardía que jamás haya abierto aquella carta. A lo mejor tendría que haberme

informado del padecimiento de mi mujer, desde el principio, saber qué mal vio el médico en ella que yo jamás vi en la intimidad, saber si la auscultó todavía en casa, si le pidió que se desnudara, si confirmó sus sospechas, si le comunicó el diagnóstico sin rodeos o camuflado con la jerga de la medicina, con términos científicos en francés, y si aun así ella lo comprendió todo al momento, si lloró, si le preguntó si iba a morir joven, si iba a morir fea, si preguntó a Dios qué sería de su hija, si tuvo una palabra amable para mí. Otro en mi lugar tal vez habría cogido el coche al terminar de leerla, llevándola en el bolsillo, pues tenía la dirección del sanatorio en las montañas, y al llegar allí habría ido a conocer su habitación y su lecho, a recoger su ropa, sus zapatos, a dar las gracias a las personas que la habían asistido, a indagar sobre sus últimos días, qué desesperación se había apoderado de ella, qué aspecto tenía, qué peso, en qué tumba a ras de tierra estaba sepultada. Sin embargo, al dejar la carta intacta en su sobre lacrado, creo haber cumplido la voluntad de Matilde, que quiso salir de mi vida como desaparecen los gatos, con pudor de morirse a la vista del amo. Y por eso mismo, en su ausencia, he perpetuado su nombre en el sepulcro de estilo ecléctico que mamá había mandado construir para mi padre. Sólo años más tarde volvería a tocar aquella carta, rápidamente, al trasladar toda la correspondencia del médico a un cajón cerrado con llave del escritorio que heredé de mi madre. Había cerca de una docena de cartas procedentes de distintos países, no todas abiertas, algunas a medio leer, además de tarjetas navideñas que solían llegarme poco antes del carnaval. Y después de una tarjeta postal de Argelia, que recibí en 1940, con un año de retraso, nunca más volví a recibir una sola línea del doctor Blaubaum. Mejor así, pues había estallado otra Gran Guerra, nuestro gobierno dudaba si tomar partido, y mi correspondencia con un hebreo podría haber sido malinterpretada. Sobre todo entonces, ya que aspiraba a un cargo de responsabilidad en la función pública, pues la mesada de mamá no acompañaba la inflación, hasta me había visto obligado a vender el coche. Estaba pensando en ir a ver al padre de Matilde, que, según me había dicho mi madre, había logrado colarse incluso en el círculo más cercano al presidente Getúlio Vargas. Mis divergencias políticas con mi suegro habían prescrito, a mi modo de ver, toda vez que con el nuevo régimen el Congreso había sido clausurado y nuestros partidos ya ni siquiera existían. Y como prueba de que tampoco le guardaba rencor por antiguas rencillas familiares, pasé por la escuela de Eulalinha en taxi de camino al palacio del Catete, con la intención de presentársela al abuelo con el uniforme que le recordaría a su difunta hija. No era la primera vez que entraba en aquel palacio, cuando todavía era un adolescente había estado allí con mi padre, había pasado horas jugando en los jardines con los hijos del presidente Artur Bernardes. Por eso solté una carcajada cuando un funcionario con cara de rústico me informó que, sin cita previa, el doctor Vidal no me recibiría. Arrojé sobre la mesa mi tarjeta de visita, repetí mi nombre sílaba a sílaba, a lo que él contestó: vaya una mierda, mientras mi hija se quejaba de no haber almorzado aún, y en medio de todo aquel guirigay oí un vozarrón: buenas tardes, Lilico. Y me ericé todo, porque el apodo

cariñoso que mi padre me había dado sonaba a escarnio en labios de cualquier otro. Pero era el padre de Matilde quien me saludaba con la mano, avanzaba rodeado por unos tipos cargados de papeles. Me alegro de verte, dijo sin detenerse, y ya de espaldas añadió: recuerdos a doña Maria Hortensia, equivocándose con el nombre de mi madre. Lo seguí por el salón arrastrando a Eulalinha, que había decidido no dar un paso más, doctor Vidal, doctor Vidal, al pie de una escalinata se volvió al fin para atenderme. Entonces le anuncié que estaba dispuesto a replantearme su antigua proposición, pero antes de que yo terminara la frase, señaló a Eulalinha: ¿es hija tuya? Es su nieta, señor, Maria Eulália Vidal d'Assumpção es hija de Matilde. Pero qué ricura de niña, dijo el doctor Vidal, y le ofreció una bolsita de azúcar cande que llevaba en el bolsillo. Sólo que Matilde Matilde, dijo entonces, y vi en él el mismo gesto ausente que había visto en la madre superiora, como de quien busca unas gafas que ha olvidado sobre su propia cabeza. Ah, sí, Matilde, una mulatita a la que criamos como si fuera de la familia, dicho lo cual, el doctor Vidal dio media vuelta para subir la escalera, y uno de sus lameculos me cerró el paso. Menos mal que Eulalinha estaba entretenida con el azúcar cande, bastante tenía ya con oír en la escuela que su madre era una pordiosera, aún hoy le duele no haber conocido a Matilde. Aunque no me fíe mucho de esas novedades, a veces pienso que mi hija podría probar a hacer un tratamiento de psicoanálisis. Quién sabe si de ese modo me mantendría a salvo de las vejaciones que me inflige últimamente, cuando se va de la lengua en los cultos evangélicos, dando testimonio de las tribulaciones que pasó hasta el día en que encontró a Dios. Y sus tribulaciones siempre proceden de su madre, que según ella era vanidosa como Salomé y dejó de amamantarla para no estropear sus redondos senos. Maria Eulália chochea, se olvida de cosas que dijo la víspera, la víspera declaraba desde aquel mismo púlpito que su madre había muerto durante el parto como Raquel, mujer de Jacob. En cambio, su memoria remota parece prodigiosa, el otro día dijo recordar al hombre que, a medianoche, venía a disputarse con ella el pecho de Matilde. Recuerda el aliento a alcohol y el acento del hombre, un extranjero que murió con su madre cuando el coche en que viajaban ambos volcó en la antigua carretera de Río a Petrópolis. Con idéntica convicción, proclama que su madre, posesa, se arrojó desde un puente, o un transatlántico, o que se ahogó en el naufragio de una balsa, abrazada a un pescador. Y por culpa de esa madre, disoluta como la mujer del profeta Oseas, sostiene mi hija que creció sin amigas, víctima de bromas telefónicas, y peor que ser llamada hija de puta era el sambenito de tener el mal de Lázaro. Jura ante la asamblea que, de niña, iba con un cascabel colgado al cuello, y que todo el mundo se apartaba de ella en la calle porque su madre se había ahorcado en una leprosería. Y yo me veo obligado a oír semejantes barbaridades por el altavoz, Maria Eulália expone a su madre al juicio de esa chusma de la iglesia. Dicho sea sin intención de ofender a los más humildes, sé que muchos de vosotros sois creyentes, y nada tengo contra vuestra fe. Quizá sea incluso un avance para los negros, que hasta ayer mismo, como quien dice, sacrificaban animales en el

candomblé, que ahora vayan de punta en blanco con la Biblia bajo el brazo. Tampoco tengo nada contra la raza negra, que sepáis que mi abuelo era un prócer abolicionista, de no haber sido por él puede que siguierais recibiendo palos sin contemplaciones. Con la posible excepción de esa pálida señora, a la que conozco de algo, justamente estaba pensando en ti, hija mía. Ven aquí, dame un beso, estás cada día más encorvada, ten cuidado, no vayas a dejar caer al niño. Si dices que este Eulalinho es hijo del muchachote, no seré yo quien lo ponga en duda, pero siento que dentro de poco las facciones de un Assumpção serán como las de una especie extinguida. Habrá salido a la familia de la madre, cuya ascendencia ignoro, a saber qué apellido tenía la muchacha. Eso si la madre es la chica de los tatuajes, porque el muchachote era muy mujeriego, pudo haberle hecho un hijo hasta a una mujer casada, o a la japonesa aquella que se pasaba la vida en nuestro piso. Con la nieta blanquita de la hermana de Matilde sé que tuvo un niño, pero no es éste, te estarás confundiendo con el bebé que nació en el hospital militar. Ése ya es mayor, parece que ha dejado preñada a una tipa de nombre ficticio, pero si te soy sincero ya he perdido la cuenta de toda la prole que ha dado en nacer de unos años a esta parte. En cambio, soy capaz de recordar cada pelo de la cabeza de mi madre, a la que hacía siglos que no veía. Creo que ha venido a bajarme la fiebre, ojalá me cante una nana, no la he reconocido antes por culpa del niño, nunca había visto a mi madre con un niño en brazos. No es de extrañar, ya que soy hijo único, mamá sólo me cogía a mí en brazos, y aun así, sólo de vez en cuando. A la que montaba un berrinche, me pasaba a la institutriz, que me pasaba a la niñera, que me pasaba a la nodriza para que me diera el pecho. Con esfuerzo, puedo incluso recordarme agarrado a ella, en los espejos venecianos de la mansión, pero no alcanzo a imaginar qué haría mamá conmigo en un ambiente pestilente como éste. Sin embargo, ahora que lo pienso, tengo la vaga sensación de haberla acompañado siendo tan sólo un bebé a despedirme de un anciano, si no me equivoco era el padre de mi tatarabuelo, que agonizaba en un hospital de campaña. El célebre general Assumpção debía de tener unos doscientos años, parecía más viejo que Matusalén, en el siglo anterior había desafiado a Robespierre y ahora yacía en una simple parihuela. Ya no hablaba de modo coherente, se presentaba como camarero de don Alfonso VI y creía hallarse en el palacio de Sintra, allá por mil seiscientos y pico. Me apenó que no lo velara nadie más que mi madre y yo, me extrañó que no hubiesen comparecido autoridades, mariscales, ni siquiera un representante de la casa real. Sólo veía extraños a su alrededor, unos individuos de aspecto tosco que se reían del viejo. Y se arracimó más gente en torno a él cuando abrió mucho los ojos, se puso morado y perdió la voz, quería hablar y nada salía. Entonces se abrió paso una enfermera joven, que se inclinó sobre mi tataratatarabuelo, tomó sus manos, le susurró algo al oído y logró así apaciguarlo. Luego pasó los dedos levemente sobre sus párpados y cubrió con una sábana su otrora hermoso rostro.

•



FRANCISCO BUARQUE DE HOLLANDA (Río de Janeiro, 1944), conocido como CHICO BUARQUE. Poeta, músico, dramaturgo y novelista brasileño. Hijo del historiador y ensayista Sérgio Buarque de Hollanda, creció rodeado de las grandes figuras de la literatura brasileña y extranjera que frecuentaban su casa. Estudió arquitectura, pero a partir de 1965 se dedicó a la música, convirtiéndose en uno de los mayores iconos culturales de Brasil a nivel mundial. Buarque ha demostrado también un notable talento para la poesía, el teatro y, especialmente, la novela, que ha cultivado con creciente éxito. Han sido traducidas al español *Estorbo* (1991), *Budapest* (2003) y *Leche derramada* (2009). Estas dos últimas obtuvieron el prestigioso Premio Jabutí, consagrándolo como uno de los escritores más leídos y valorados en el panorama de las letras portuguesas contemporáneas.

Notas

[1] Bebida preparada con aguardiente de caña, azúcar y zumo de fruta. (*N. de la T.*) <<

[2] Forma apocopada de *está bom* (literalmente, «está bien»), locución muy habitual en Brasil cuyo significado corresponde aproximadamente al «vale» en España. (N. de la T.) <<

[3] Nombre por el que se conocía a mediados del siglo xx un accidentado y peligroso circuito de carreras automovilísticas que tenía por escenario ciertas calles de Río de Janeiro. (*N. de la T.*) <<

[4] Gaucho o *gaúcho*: habitante de Río Grande del Sur. Los hechos relatados pertenecen a la Revolución de 1930, movimiento que, liderado por los estados de Minas Gerais y Río Grande del Sur, derrocó a Washington Luís y nombró presidente a Getúlio Vargas el 3 de noviembre de 1930. Esta fecha marca el fin de la denominada *República Velha*. (N. del E. digital) <<

[5] Juego popular brasileño de origen indígena, también conocido como *indiacá*, consistente en golpear con las manos un volante adornado con plumas de colores.
(N. de la T.) <<

[6] *Cabeça-chata*, apelativo con que se designa a los habitantes del norte de Brasil.
(N. de la T.) <<